

En el que se cuenta cómo las carabelas fueron pasando entre islas que no han existido nunca, cómo Colón se mostró desorientado al enterarse de que su mapa y el Océano no estaban de acuerdo, y cómo se vió próximo á morir en una terrible sulevación de sus marineros, inventada muchos años después.

A los cuatro días de navegación una noticia circuló por la nao capitana.

—A la *Pinta* se le ha desencasado el gobernario.

Esto quería decir que el timón de dicha carabela se había saltado de sus hebillas ó pernos, siendo grave dicha avería, por impedirle que navegase con una dirección fija.

Por ser la más velera y gobernarla tan experto capitán como Martín Alonso, iba la *Pinta* á la descubierta, muy avanzada sobre los otros buques de la flotilla, viéndose éstos imposibilitados de prestarle auxilio á causa de que el mar se mostraba muy agitado.

Inmediatamente Colón, que era de suyo receloso, dispuesto siempre á ver en torno de su persona confabulaciones y asechanzas, encontró un motivo criminal á dicha avería, haciendo responsables de ella á los propietarios del buque, Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, que iban en él cual simples tripulantes. Como había discutido con los dos cuando se veía abandonado en Palos, antes de la llegada de Pinzón, supuso inmediatamente, viendo á la *Pinta* desde lejos y sin ningún informe directo, que ambos paleños habían desbaratado el timón de su carabela, para que de este modo no continuase el viaje, volviendo al puerto de su procedencia.

Juan de la Cosa, al oír tales suposiciones de su jefe, las contradijo con su buen sentido. Era absurdo suponer que estos dos hombres conocedores del mar, para impedir que su carabela siguiese adelante, la privasen de su timón precisamente en el momento que el Océano era más bravo y la navegación más penosa. Corrían el peligro de naufragar, perdiéndose la embarcación y ellos igualmente. Además, con un capitán como Martín Alonso, experto y enérgico, no podían usarse tales estratagemas sin que él las viese y las castigase.

Colón acogió con mal humor las observaciones de Juan de la Cosa, pues no toleraba cerca de él otros subordinados que los que recibiesen como verdades indiscutibles todas sus palabras; pero finalmente acabó por decir:

—Pierdo alguna de la mucha pena que tengo por no poder socorrer á la *Pinta* al pensar que Martín Alonso es persona esforzada y de buen ingenio, que sabrá salir de esta gran turbación.

Efectivamente, el capitán de la *Pinta* adobó como pudo su gobernario, y toda la flotilla siguió adelante. Al día siguiente le tornó á saltar el timón, y otra vez remedió dicha avería grave con sus habilidades de marreante, acostumbrado á improvisar remedios en los malos episodios de su vida oceánica.

Una semana después de haber salido de Palos estaban en las islas Canarias, algunas de las cuales habían sido ya colonizadas por los españoles, mientras otras se mantenían independientes, combatiendo sus naturales á los que pretendían someterlos.

La *Pinta* hacía mucha agua, y hubo que ponerla «á monte» en la Gran Canaria, ó sea en seco, para carenar sus costados.

Quiso buscar Colón un barco nuevo para sustituir á la *Pinta*, creyendo que ésta ya no podría navegar. Pinzón opinaba lo contrario, dedicándose á la reparación de su carabela, seguro de que bien adobada sería el mejor barco de los tres. Los episodios futuros del viaje dieron razón á Martín Alonso, más ducho en las cosas de la navegación que su asociado y jefe. Al mismo tiempo que reparaba el casco de la *Pinta*, la hizo redonda, porque

hasta entonces era latina, ó lo que es lo mismo, puso velas cuadradas en el trinquete y el palo mayor, dejándole únicamente á la mesana su vela latina ó triangular.

Todos estos trabajos duraron veintiocho días, del 9 de Agosto al 6 de Septiembre. Mientras se reparaba la *Pinta*, las otras dos naves estuvieron en la Gomera, pasando por cerca de Tenerife, llamada todavía entonces la isla del Infierno, por su célebre volcán.

Estaba en aquel momento en erupción, y algunos de la nao *Santa María*, que no habían visto nunca volcanes, se mostraron alterados de ánimo á causa de los torrentes de fuego que arrojaba el altísimo pico. Otros marineros, que al navegar por el Mediterráneo conocieron las erupciones del Vesubio y el Stromboli y habían visitado el archipiélago canario en viajes anteriores, se burlaban de las preocupaciones supersticiosas de estos novatos.

En la isla Gomera, gobernada por doña Inés Peraza en nombre de su pequeño hijo Guillén Peraza, primer conde de la Gomera, hablaron Colón y muchos de los suyos con ciertos colonos españoles, los cuales juraban por su honor que todos los años veían al Oeste, en determinadas épocas, varias cumbres de islas misteriosas. Igual afirmación hacían los habitantes de la isla de Hierro. Colón recordaba que los portugueses de la isla de la Madera y el archipiélago de las Azores veían también islas, y hasta habían pedido una carabela al rey de Portugal para ir al encuentro de ellas.

Tales declaraciones de los isleños canarios infundieron nuevo entusiasmo á las gentes de la expedición. No tardarían en encontrar tierras marchando hacia el Oeste. Las islas avanzadas del Asia del Gran Kan estaban cerca. Tal vez bastase una docena de singladuras para verse entre su enjambre, anunciador de la tierra firme.

Como la *Pinta* ya estaba con el casco adobado y las velas nuevas, Colón dió la orden de partir el 6 de Septiembre. Ya habían tomado agua, leña y carnaje, todo lo necesario para su navegación por las soledades del Océano. Además, los habitantes de la Gomera habían dicho que tres carabelas portuguesas navegaban cerca para estorbar dicho viaje.

Estuvo en calma la flotilla dos días, pero el sábado 8 de Septiembre empezó á ventear un Nordeste manso, y tomó el rumbo hacia el Poniente, dejando atrás la isla de Hierro. El 9 de Septiembre, un domingo, perdían de vista las últimas cumbres del archipiélago canario este centenar de hombres que se lanzaban ciegamente á la aventura, guiados por unos veinte, los únicos que tenían una noción aproximada del lugar donde estaban y adonde podían llegar.

Empezaba la navegación á través del misterio. El mar no podía estar más tranquilo, ni el viento ser más favorable. Marchaban á razón de dos leguas y media por hora, diez millas de las de entonces, velocidad que ha sido la de los buques de vapor tipo corriente hasta hace pocos años.

Se propuso Colón desde el principio del viaje contar menos leguas de las que realmente navegaba, porque de este modo «si el viaje fuese luengo no se espantase ni desmayase la gente». Esta precaución, de la que se vanaglorió luego en su Diario, pudo servirle para la marinería de su nao, y no ciertamente para toda ella, pues Juan de la Cosa, experto navegante, estaba acostumbrado á calcular la marcha de las naves mandadas por él. En cuanto á los Pinzones, capitanes de las dos carabelas que marchaban aparte, hacían ellos mismos el cálculo de las singladuras, y no eran fáciles de engañar con estas malicias inútiles, como si fuesen niños. Lo más probable es que Colón estuviese de acuerdo con Martín Alonso para mantener este cálculo falso y que las tripulaciones llevasen con mayor paciencia una navegación tan larga.

Dos días después de haber perdido de vista la isla de Hierro encontraron un mástil de nao, pero no pudieron tomarlo. El jueves 13 de Septiembre advirtieron por primera vez el fenómeno de la variación magnética de las agujas. Iban siempre hacia el Oeste, luchando contra las corrientes, y al anocheecer de dicho día notaron que las agujas nordesteaban, fenómeno que se repitió hasta el día 17.

Es natural que esta variación magnética impresionase á los marineros, como todos los fenómenos de la Naturaleza cuando se observan por primera vez y no se encuen-

tra para ellos una interpretación satisfactoria. Colón, siempre imaginativo, inventó inmediatamente una explicación, afirmando que era la estrella polar la que hacía dicho movimiento y no las agujas. Y como los hombres lo que necesitan es que les expliquen la razón de las cosas incomprensibles, sea como sea—ventaja que llevan las religiones al basarlo todo en la fe, sobre la ciencia, que necesita dar pruebas razonables de todas sus afirmaciones—, la alarma no tardó en amortiguarse.

Otras razones de desavenencia é inquietud existían á bordo de la nao capitana, siendo la principal de ellas el mal carácter de Colón. Su tenacidad y su entusiasmo para llevar adelante una empresa sólo eran comparables á su falta absoluta de dotes de gobierno para dirigir á los hombres.

Pocos días después de la salida de las Canarias se había hecho antipático á los más expertos marineros encargados del manejo del timón. Los reñía, afirmando que gobernaban mal. Casi todo su viaje fué siguiendo el paralelo 28, el mismo de la isla de Hierro. Los timoneros, según él, no sabían mantener el rumbo, desviándose hacia el Sudoeste. Semanas después, al no encontrar las islas pintadas en su mapa, reconocía la existencia de una corriente que los había arrastrado al Sudoeste, sacándolos de su ruta. Todo esto creaba una desavenencia continua entre el jefe de la expedición y los tripulantes de la *Santa María*. En las dos carabelas de los Pinzones la gente iba contenta, sin que nada alterase la disciplina.

Aparte de esto, la navegación no podía ser más feliz; siempre viento favorable, siempre mar llana y tranquila. Los timoratos llegaban á considerar excesivo este tiempo continuamente favorable, como si fuese una dulce asechanza, encubridora de peligros. En los tres buques la gente pasaba el día mirando aquel mar eternamente azul, bajo un cielo radiante, sin más que algunas nubes que servían para cortar la monotonía del horizonte, deslizándose sus sombras por la luminosa superficie del Océano. Poseídos todos del afán adivinatorio de los agoreros, examinaban las aguas, los vientos ó el revoloteo de algún punto obscuro en la atmósfera.

Vigilaba Colón el gobierno de sus timoneros para que siguiesen siempre al Oeste, sin apartarse del grado 28, para lo cual había procurado iniciar su verdadero viaje de descubierta partiendo de la isla de Hierro. Sin duda poseía en secreto informaciones anteriores y misteriosas de otros navegantes que le aconsejaban seguir continuamente esta dirección.

El viernes 14 de Septiembre los de la carabela *Niña* vieron volar un garjao y un rabo de junco, pájaros que nunca se apartan de tierra más allá de veinticinco leguas. En la noche siguiente todos vieron caer del cielo, á cuatro ó cinco leguas de la flotilla, un bólido maravilloso en forma de ramo de fuego.

La tierra estaba cerca. Colón era el que se mostraba más seguro de ello. Tenía en su camarote una carta que marcaba islas en este lugar del Océano.

Lloviznaba; otra señal de tierra próxima. Hallaban aires temperantísimos, «y era placer grande—escribía Colón en su Diario—el gusto de las mañanas, pues no faltaba sino oír ruiseñores». Estaban en Septiembre, y «era el tiempo como de Abril en Andalucía».

Aquí empezaron á ver grandes manchas de hierba tan verde, que bien podía afirmarse que se había despegado de tierra poco antes. Colón así lo creía, pero añadiendo:

—Sé que hay aquí algún isleo, pero la tierra firme la coloco más adelante.

Un gran engaño oceánico contribuía á estas falsas ilusiones, é indudablemente había desorientado también á otros navegantes oscuros, predecesores de Colón, que tal vez le habían comunicado sus informes.

Aún no estaba la flotilla á cuatrocientas leguas de las Canarias y su jefe creía navegar ya entre islas. No era absurda, sin embargo, tal suposición, pues se aproximaban á unas rompientes que sólo fueron descubiertas trescientos diez años después, en 1802.

En la mañana del 17 las señales de tierra próxima fueron aún más visibles. Las hierbas parecían de río, y en ellas hallaron un cangrejo vivo, que guardó Colón. Hasta bebió éste agua del mar, lo mismo que los marineros, encontrando que era menos salada que en las in-

mediaciones de las Canarias, tal era su optimismo en aquellos momentos y la propensión á admirarlo todo. Con un entusiasmo de poeta, hacía notar don Cristóbal que los aires eran cada vez más suaves.

Las tres tripulaciones se mostraban alegres, y los navíos forzaban velas, queriendo cada uno de ellos ser el primero en ver tierra; pero la *Pinta* marchaba siempre delante.

—Espero—decía Colón—que aquel alto Dios, en cuyas manos están todas las victorias, muy pronto nos dará tierra.

En aquella mañana volvieron á ver el ave blanca llamada rabo de junco, la cual no suele dormir en el mar. Los de la *Niña* mataron una toñina, y Martín Alonso, deseoso de ver cuanto antes aquella tierra que adivinaban en torno á ellos, no quiso refrenar su marcha para mantenerse en comunicación con el resto de la flotilla, y en la mañana del 18 largó todo su velamen, después de anunciárselo á Colón desde su carabela, para hacer el descubrimiento antes de que cerrase la noche.

Los signos de tierras próximas fueron multiplicándose para ilusión de los navegantes. Volaban muchas aves hacia Poniente, adelantándose á las proas de los tres buques. Había gran cerrazón al Norte, señal de tierra. Las islas estaban, según Colón, á babor y á estribor, pero no quería barloventear para verlas. Representaba perder el tiempo, y á ellos lo que les convenía era seguir adelante directamente hacia las Indias.

—Entre islas andamos—afirmaba—, pero placiendo á Dios, á la vuelta se verá todo.

En realidad, todos estos signos engañosos no eran mas que la vecindad de las rompientes, á veinte leguas de distancia.

Ya estaban á cuatrocientas leguas de las islas Canarias, y las señales de tierra próxima, hierbas flotantes, vuelos de aves y cerrazón del horizonte, las acogía Colón como demostraciones indiscutibles de la existencia de las primeras islas de Asia que figuraban pintadas en su mapa á tal distancia. Catorce días antes había abandonado las Canarias; con diez singladuras más llegaría á las Indias, ó sea á las tierras del Gran Kan. Era lo

que él había calculado siempre: bastaban veinticuatro días para llegar de España al Asia navegando por Occidente.

El miércoles 19 se convenció aún más de que iba por medio de islas, situadas á la banda del Norte y del Sur. Un alcatraz vino hasta su nao. Lloviznaba sin viento. La realidad era que estaba ahora á diez leguas nada más de las rompientes.

Al amanecer el jueves 20, vieron otra vez mucha hierba en el mar. Este fué el día de mayor ilusión y engañosa esperanza. «Tomaron los marineros un pájaro en la mano—escribía Colón—lo mismo que un garjao. Era pájaro de río y no de mar; los pies tenía como gaviota. Vinieron al navío en amaneciendo dos ó tres pajaritos de tierra cantando, y después, antes del sol salido, desaparecieron.» Luego vieron un alcatraz. Venía del Oesnorueste é iba al Sudeste, «que era señal que dejaban las islas al Oesnorueste, porque estas aves duermen en tierra y por la mañana van á la mar á buscar su vida y no se alejan veinte leguas».

Colón, sincero poeta, ferviente admirador de la Naturaleza, iba anotando en su Diario de navegación todos los signos de tierra que salían á su encuentro.

«La mar—anotaba en los días sucesivos—es llana como un río y se cuaja de hierbas. Los aires son los mejores del mundo.»

Estaban sólo á cuatro leguas de las rompientes.

Vieron una ballena, «que es señal que estamos cerca de tierra, porque siempre andan cerca», y era muy fundado el juicio de Colón, pues estaban navegando ya al Norte de las dichas rompientes, separados de ellas sólo por una corta distancia.

Dejaron de ver paulatinamente dichos signos de tierra. Las islas ilusorias iban quedando á sus espaldas. La navegación continuó plácida, siempre con viento favorable y mar tranquila.

Esto último hizo pensar á los marineros de la *Santa María*, poco confiados en su jefe, que al ser los vientos siempre favorables en el viaje de ida, se mostrarían contrarios á la vuelta, resultando imposible el regreso á España. Pero apenas empezaron dichas murmuraciones

sopló un viento de proa el día 22, incidente que fué muy del agrado de Colón.

Era natural la inquietud de los tripulantes de la nao capitana. Llevaban catorce días sin ver mas que cielo y mar, y este mar se mostraba constantemente llano y tranquilo, como si fuese un lago falaz que atraía á los buques para sumirlos en su misterio, no dejándoles después salida para volverse. Al ventear de proa y hacerse la mar alta, Colón recordó en su Diario á los judíos cuando salieron de Egipto y hablaban contra Moisés, que los libraba de su cautiverio.

Todos los días, al salir y al ponerse el sol, las dos carabelas se aproximaban á la *Santa María* y pasaban cerca de su popa, conversando los capitanes de ellas con don Cristóbal por si era necesario cambiar el rumbo.

El 25 hablaron el capitán general y Martín Alonso de buque á buque. Tres días antes, desde la *Santa María* le habían arrojado al capitán de la *Pinta* con una cuerdecita la carta de navegar guardada hasta entonces por Colón como un misterio. Los dos navegantes convinieron en que habían llegado al paraje de las islas que se marcaban más grandes en dicho mapa, á pesar de lo cual no las veían por ninguna parte. Eran islas extensas que forzosamente debían encontrar ante sus proas, tendidas de Norte á Sur, más importantes que aquellas pequeñas tierras entre las cuales habían pasado sin verlas (ilusión creada por las rompientes invisibles). Esperaban encontrar allí, á poco más de cuatrocientas leguas de las Canarias, la Antilia, que figuraba en unos mapas con dicho nombre y en otros con el de isla de las Siete Ciudades.

Pinzón devolvió el mapa valiéndose de la cuerdecita, y don Cristóbal se puso á «cartear» en él con Juan de la Cosa y los marineros de más experiencia. Todos los directores de la flotilla parecían desconcertados al ver la extensión del mar, con el horizonte siempre límpido, sin la más leve señal de tierra.

Martín Alonso, que iba delante, examinaba desde lo más alto de la popa de su carabela la llanura azul, en la que se reflejaban las luces engañosas del ocaso. Era la

hora de los mirajes y de las apariciones fantásticas para las imaginaciones obsesionadas.

De pronto sonó un trueno en la calma del crepúsculo. La *Pinta* había disparado una de sus bombardas. Pinzón el mayor dió voces pidiendo albricias á su asociado y jefe. «¡Tierra!»

Cayó de rodillas el capitán general en el alcázar de la *Santa María*, dando gracias á Dios lo mismo que todos sus allegados, mientras Martín Alonso y los tripulantes de la *Pinta* entonaban el *Gloria in excelsis Deo*, invocación repetida por las gentes de los otros dos buques. Algunos hombres de la *Niña* subieron á las vergas para ver mejor la tierra.

Se apartaron las tres naves de la ruta seguida hasta entonces, enfilando sus proas hacia el punto del horizonte donde Martín Alonso había visto tierra, á una distancia de veinticinco leguas. Navegaron durante la noche prudentemente, y al apuntar el día, todos los de la flotilla, y especialmente Colón, que era el más convencido de que la tierra estaba inmediata, reconocieron que dicho descubrimiento había sido una ilusión; el primero de los muchos engaños de este viaje.

Entretanto, el mar parecía siempre un río y los aires dulces y suavísimos. La pequeña armada se hallaba precisamente en mitad de su camino, pues no iba á encontrar tierra hasta el 12 de Octubre, diez y seis días después.

La segunda mitad de toda navegación de alta mar es la más pesada, á causa de su monotonía, aun en los modernos buques de vapor, no obstante sus comodidades. El tiempo es más largo, los días parecen haber aumentado sus horas, los minutos se prolongan extraordinariamente. Además, la gran alegría experimentada por todos al creer la tierra próxima hizo más penosos los días siguientes, aumentando la impaciencia y la desconfianza de los ignorantes.

Continuaba el tiempo en bonanza, pero ni las hierbas flotadoras, ni las aves, ni los grandes peces, conseguían interesar á ciertos marineros de la *Santa María*. Era ya un espectáculo ordinario. Anunciaban la tierra, según el capitán general, pero la tierra no aparecía.

El lunes 1.º de Octubre llevaban navegadas ya setecientas siete leguas, más de lo que había supuesto siempre Colón en sus cálculos para encontrar la isla de Cipango. Valiéndose de su engaño en la cuenta de las millas, declaraba haber hecho unas cien leguas menos, pero esto sólo podía engañar á los grumetes y á los que navegaban por primera vez. Los marineros avezados á largos viajes, aunque éstos no hubiesen sido á través del Océano, sabían apreciar á su modo la marcha de una nave, y más en el presente caso, por haber sido el viento favorable y continuo.

Transcurrieron seis días más, monótonos, sin ningún incidente. Los de la *Santa María* murmuraban en sus corrillos de proa y del combés. Aunque el jefe se mantenía horas y horas en lo alto de la popa, examinando el horizonte y fingiendo una serenidad absoluta, la gente de abajo presentía obscuramente la zozobra que empezaba á apoderarse del ánimo del capitán general al darse cuenta de que la realidad del Océano no respondía á las indicaciones de su carta de navegar.

Martín Alonso, que iba siempre delante, dijo en el anochecer del 6 de Octubre que sería oportuno navegar á la parte del Sudoeste, en vista del vuelo de las aves y de la dirección de las hierbas flotantes, pues así empezaban á reaparecer estos signos de tierra. Siguiendo dicho rumbo tal vez encontrarían á Cipango. Colón contestó que era preferible seguir la misma dirección de siempre, yendo á dar en derechura con la tierra firme del Gran Kan, ó sea la moderna China. Después de esto, tiempo les quedaba para volver á Cipango (el Japón), así como á las otras islas que habían dejado á sus espaldas una semana antes. ¡Y estaban los tres buques en medio del Océano, lejos aún del continente que había de llamarse América, á seis días de navegación de la primera isla que descubrieron!

El 7 de Octubre izó la *Niña* bandera en su palo mayor y disparó una bombarda en señal de que veía tierra. También á Vicente Yañez, el Pinzón menor, le engañaron las nubes asomando falazmente en el horizonte y su propio deseo de ver tierra. ¡Segunda decepción! Transcurrieron unas horas y no se confirmó el descubrimiento.

Este falso aviso, al desmoralizar más á la gente de la *Santa María*, sirvió para que Colón se decidiese á seguir los consejos de Martín Alonso. Consideraba conveniente tocar tierra cuanto antes, fuese donde fuese, para que los de su nao recobrasen la confianza. Era mejor ir á Cí-pango, dejando para más adelante la visita al Imperio del Gran Kan. Martín Alonso quería ir al Sudoeste, porque tal era la dirección que seguían los pájaros marinos. Se acordaba sin duda de los portugueses, que en las navegaciones por las costas de Africa habían descubierto todas sus islas guiándose por el vuelo de las aves.

El día 9 navegaron ya hacia el Sudoeste, y durante toda la noche «oyeron pasar pájaros». Los proeles de la *Santa María* ya hablaban en voz alta contra este viaje, que les parecía á ciegas. Dudaban del jefe extranjero, por creerle un aficionado á la navegación sin las condiciones de otros capitanes á los que habían seguido en anteriores navegaciones.

Fernando Cuevas llevaba oídas en los corrillos de la marinería muchas murmuraciones, pero todas en voz baja. Eran las críticas populacheras de los subordinados cuando dudan de su jefe; fanfarronadas que nadie era capaz de poner en acción, ni aun los mismos que las lanzaban, á pesar de ser muchos de ellos hombres con el cuchillo siempre al cinto, acostumbrados á las peleas al bajar á tierra, sin afecto alguno á un capitán que sólo habían conocido el primer día de la navegación y que se mostraba siempre injusto, atribuyendo sus propios errores á sus subordinados y riñéndolos con crudeza.

Algunos bravucones llegaron á hablar de matarle y echarlo al agua, volviéndose luego á las islas que habían dejado atrás; pero inmediatamente se veían obligados á callar ante las objeciones de sus compañeros. La *Santa María* no iba sola. Olvidaban á los Pinzones, especialmente á Martín Alonso, hombre jovial con su gente, pero de mal genio si notaba en ella el menor signo de indisciplina. El y sus hermanos acudirían á castigarlos apenas notasen rebeldía en las gentes de la nao capitana. Y no ocurrió más en realidad que estas murmuraciones en la *Santa María*, cuya tripulación era muy heterogénea, yendo además en ella todos los agregados, que navega-

ban por primera vez. En los otros dos buques, mandados por los Pinzones, la gente marinera, toda de Palos y de Moguer, se mantenía tranquila, sin desconfiar de la pericia de sus capitanes.

Y esto fué lo que sirvió muchos años después para que los panegiristas de Colón, necesitados de convertirlo en una especie de Cristo perseguido ó de cordero entre lobos, inventasen una terrible conspiración y un ruidoso motín en el cual los marineros amenazaron de muerte á su jefe con las armas en la mano, y éste les pidió un plazo de tres días, lo mismo que un personaje de ópera, para descubrir tierra, realizando su promesa dentro de las setenta y dos horas, como un maquinista de tren que llega puntualmente.

Los de la *Santa María* no hicieron mas que quejarse, y aun tales quejas no pasaron de ser murmuraciones de proa, «protestas de fogón», según el lenguaje marítimo, pues los corrillos más atrevidos en sus palabras se reunían con preferencia junto al fogón, donde hervían las ollas.

Entraba por mucho en el general descontento el carácter enojadizo de Colón. Todos lo habían respetado al principio como hombre de saber y de influencia, en vista de los títulos que le otorgaron los reyes. Además, era de mucha elocuencia en su palabra y no menos autoridad en su persona. Pero pronto se dieron cuenta los tripulantes más viejos de que era capitán poco experto en la práctica naval y de genio enojadísimo, injusto y egoísta, incapaz de la fraternidad marinera que se establece entre los jefes y sus hombres más humildes al correr todos una suerte común. Antes de llegar á las Canarias ya habían empezado las divergencias entre este extranjero y su marinería, acostumbrada á un trato tal vez más enérgico en determinadas ocasiones, pero generalmente más paternal y franco.

Este mismo carácter violento, que le hacía tratar con dureza á la gente, le impulsó el día 10 á pedir auxilio á los otros capitanes apenas notó que las «conversaciones del fogón» eran más hostiles y los marineros subían el tono de sus voces.

Sonó el trueno de una de las bombardas de popa en

la *Santa María*, y la *Pinta*, que iba siempre á la descubierta, detuvo su marcha, aguardando Martín Alonso á que se aproximase la nao capitana. La *Niña*, que iba al mismo nivel de la *Santa María*, se colocó á un lado de su popa.

Quedaron en comunicación las tres naves, y Colón gritó desde su alcázar:

—Capitanes, mi gente muestra mucha queja; ¿qué os parece que fagamos?

Vicente Yáñez Pinzón, que años adelante había de realizar tan importantes descubrimientos, contestó con un optimismo hiperbólico de marinero andaluz:

—¿Qué faremos?... Andemos hasta dos mil leguas, y si no fallamos lo que vamos á buscar, de allí podremos dar vuelta.

Martín Alonso, que parecía enojado por la consulta, dijo con energía:

—¡Cómo, señor! ¿Agora casi partimos de la villa de Palos, y ya vuesa merced se va enojando?... Avante, señor, que Dios nos dará victoria que descubramos tierra, pues nunca Dios querrá que con tal vergüenza volvamos.

Y esforzando la voz para que le oyese bien la gente de proa de la *Santa María*, añadió con su jactancia de antiguo corsario en la guerra contra Portugal:

—Señor, ahorque vuesa merced á media docena de esos descontentos ó échelos á la mar, y si no se atreve, yo y mis hermanos barloventaremos sobre ellos y lo faremos así.

—¡Bienaventurados seáis!—respondió Colón—. Con estos hidalgos tengámonos bien y andemos otros ocho días, y si en ellos no fallamos tierra, daremos otra orden sobre lo que hay que facer de tamaña navegación.

Martín Alonso siguió hablando:

—Acuérdese, señor, que en casa de Pero Vázquez prometí por la corona real que yo ni ninguno de mis parientes no habíamos de volver fasta descubrir tierra, en tanto la gente fuese sana y hobiese mantenimiento. Pues, agora, ¿qué nos falta? La gente va sana, y la nao y las carabelas llevan fartos mantenimientos. ¿Por qué nos habemos de volver?... Quien se quiera volver, vuélvase.

Yo adelante quiero pasar, que tengo que descubrir tierra ó morir en esta demanda.

Después de este diálogo de popa á popa, se restablecieron la disciplina y el respeto á bordo de la nao capitana.

Otra vez se colocó la *Pinta* á la cabeza de la flotilla explorando el horizonte. La *Santa María* navegaba muy atrás, manteniéndose la *Niña* á cierta distancia de uno de sus costados.

Fernando Cuevas, por sus gustos de mancebo aficionado al peligro y propenso á las libertades de la revuelta, había presenciado esta sorda agitación, sintiendo á la vez en su interior dos deseos opuestos. Le inspiraba fervor su amo don Cristóbal. Presentía en él algo extraordinario que lo colocaba por encima de los otros hombres. Hacía memoria además del respeto casi religioso que infundía á Lucero. Y al mismo tiempo, por una de esas inconsecuencias de la lógica juvenil, oía con agrado á los marineros bravucones que hablaban de sublevarse y matar á los que opusieran resistencia.

Una revolución á bordo era para él casi una fiesta. Podría subir al alcázar de popa empuñando una de aquellas fisgas, tridentes agudos con que los marineros capturaban los grandes peces clavándolos en sus dientes. El clavaría sobre las tablas de la popa al maestresala y al antiguo repostero real, los únicos hombres odiados por él á bordo de esta nao.

Luego que se restableció el orden en la *Santa María* volvió su gente á contemplar el Océano con nuevo interés, como si lo considerase más hermoso y tranquilizador. Vieron volar un rabihorcado pájaro, llamado así por tener la cola partida y que persigue á los alcatraces para mantenerse con lo que estas aves estercolizan.

El mar estaba tan llano, que muchos marineros se lanzaban al agua en las horas de calma, nadando con gran placer en torno á las naves, como ya lo habían hecho varias veces en el viaje. Vinieron hasta los buques muchos dorados, «que son pescado muy bueno casi como salmón, aunque no colorado, sino blanco». Volaban en torno á la flotilla numerosas pardelas, gaviotas llamadas así á causa de su color.

Al cerrar la noche, después de haber cantado los marineros la Salve á continuación de la cena, Fernando Cuevas entró á velar la ampolleta. La gente de proa no mostraba deseos de dormir. Empezaba á sentirse envuelta en la voluptuosidad de las noches del trópico. Las estrellas eran las mismas que habían contemplado en el cielo de su país, pero les parecían más brillantes y más próximas. Flotaban en el aire sutiles perfumes venidos de muy lejos. Todos comparaban estos aires dulces con los de Abril en Sevilla, por lo odoríferos y agradables. El mar, casi inmóvil, reflejaba la luz de las estrellas como largos cirios blancos, y también le encontraban semejanza con la tranquila corriente del Guadalquivir.

Mientras los dos pajes vigilaban el paso de la arena en la ampolleta, ponían oído atento á las guitarras tañidas en el obscuro castillo de proa.

Los músicos de la tripulación necesitaban unir el sonido de las cuerdas de sus instrumentos á la melodía silenciosa de la noche que penetraba en ellos por los ojos. Entonaban con cierta sordina canciones andaluzas, y en torno al grupo de guitarristas varias docenas de hombres, todavía enfurruñados y atemorizados á un mismo tiempo por las amenazas del capitán de la *Pinta*, escuchaban esta música tendidos en el suelo, con la mandíbula apoyada en ambas manos ó sentados en los rollos de cables y en las anclas, como fieras sometidas á la órfica influencia de la música.

Cerca de la medianoche, cuando Fernando iba á terminar su vela, fueron callando las guitarras. Los proeles se habían ido á dormir en sus ranchos. Poco después el paje empezó á oír en el mismo lugar de la nao otra musiquilla más tenue y dulce, no rasgueada á plena mano, sino pellizcada en las cuerdas, con vibraciones semejantes á las del cristal.

Conocía el joven esta música por haberla oído algunas veces al ir hasta lo más avanzado de la proa. Era el irlandés, haciendo sonar su arpa. No unía su voz á este acompañamiento de cuerdas melodiosas. Se limitaba á hacer vibrar dicho instrumento, sacando de él acordes y caprichosas escalas, mientras sus ojos permanecían

fijos en una estrella, siempre la misma, que había visto sin duda en otras noches de su juventud, allá en su patria, la isla eternamente verde.

Al terminar su vela dejó Fernando, como otras veces, que su compañero se marchase al rancho de proa, y él permaneció cerca del alcázar, acabando por deslizarse en aquella antecámara que precedía á la habitación de don Cristóbal.

El paje del Almirante seguía durmiendo todas las noches en unos almadragues puestos en el suelo. Fernando necesitaba ver á la joven antes de marcharse á su dormitorio, bajo de techo, oliendo á brea y á otros hedores de procedencia humana. La hermosura balsámica de aquella noche y la musiquilla vagorosa del arpa oculta en la sombra le hacían desear esta aproximación con Lucero. Verla, sentirla en sus brazos, un beso nada más, luego huir. ¿Quién podría sorprenderles á esta hora?

Avanzó cautelosamente en la antecámara, guiado por la respiración del falso paje, como en la noche que la había encontrado fría, lo mismo que una moribunda, á causa del mareo. Ahora se estremeció al sentir en sus manos el calor de sus hombros y de su cuello. Ahogó con sus besos la exclamación de ella al ser despertada bruscamente.

—Soy yo, Lucero. ¡No grites!—musitaba el paje en voz muy queda, volviendo á besarla.

Y así estuvieron largo tiempo, pues ella, al sentirse tranquilizada, besó también á Fernando, único medio de convencerlo de que se marchase cuanto antes. Podían sorprenderlos.

En otro camarote próximo estaban aposentados el alguacil de la flota, el veedor de los reyes, el escribano. El señor Pero Gutiérrez, por ser amigo del Almirante, ocupaba él solo una cámara más pequeña.

Lucero, con el pretexto de acudir más pronto á un llamamiento de su señor, dormía vestida, con calzas y jubón, despojándose únicamente del sayo, el birrete y los zapatos.

—Uno más y me voy—susurraba en sus oídos la voz de Fernando.

Y nunca llegaba el beso último, pues todos los suyos iban repitiéndose indefinidamente.

La luz azulada de la noche fué deslizándose hasta el rincón en que estaban, á causa de una desviación momentánea del rumbo del buque, obra de las inclinaciones acompasadas del velamen á una banda y á otra. Los dos jóvenes, en apariencia de igual sexo, siguieron acariciándose bajo este resplandor compuesto de fosforescencias del Océano y reflejos de luz estelar.

De pronto se sintió el llamado Andújar cogido de los pelos por una mano dura que lo levantó hasta ponerlo sobre sus propios pies. Luego, esta misma mano empezó á abofetearle mientras otra le daba puñetazos que hacían resonar su pecho.

Vió delante de él al señor Pero Gutiérrez, pero no con el traje ostentoso que solía usar, sino ligero de ropa, como un hombre que estaba en su cama momentos antes, siendo despertado por un ruido insólito.

Mientras le aporreaba el antiguo repostero profería amenazas, anunciando su propósito de hablar al hidalgo Arana, alguacil de la flota, y hasta al mismo Almirante, sobre la abominación nefanda que acababa de ver. Pero todo esto lo decía en voz muy baja, como si no quisiera que los demás se enterasen de su descubrimiento. Para terminar el castigo lo empujó fuera de la antecámara, haciéndolo rodar por la escalera del alcázar de popa, hasta que cayó de bruces sobre el entarimado del combés.

Dicha agresión había sido tan repentina y rápida, que cuando el mancebo salió de su sorpresa y quiso defenderse ya estaba tendido en la parte central de la nao.

Se levantó del suelo y quedó un momento como abortado de que esto hubiese podido ocurrir. ¡Pegarle á él este hombre odiado!... Se llevó instintivamente su diestra á la cintura, no encontrando en ella mas que los manojos de cable destrenzado que debían guardar previsivamente los pajes para ofrecerlos á la marinería en caso de necesidad. Todos los proeles llevaban cuchillo, menos los pajes de escoba.

Corrió luego hacia un sitio de la cubierta donde estaban guardadas varias herramientas grandes: cucharones para distribuir la brea caliente cuando el calafate

adobaba la nave y varias figas empleadas en la pesca. Tomando uno de estos tridentes, quiso volver al alcázar de popa, pero sólo pudo avanzar varios pasos. Una mano le detuvo, posándose sin violencia, acariciadora y amiga, sobre uno de sus hombros.

Era el irlandés, que conservaba su arpa en la otra mano.

Le miró con sus ojos dulces, de pupila amarilla constelada por numerosos puntos negros. Luego habló con la lentitud de un hombre acostumbrado á largos silencios.

Lo que iba á hacer era un disparate juvenil. En los buques, estos arrebatos se pagaban siendo colgado de una de las vergas.

Parecía haberlo visto todo desde la obscuridad de la proa con sus ojos de gato. Y lo que no había visto lo adivinaba.

—Cuando estemos en tierra—terminó diciendo como si le diese un consejo—. Cuando llegemos á los reinos del Gran Kan.

En el que se cuenta de qué modo Rodríguez Bermejo dió el grito de «¡Tierra!», y el Almirante se quedó injustamente con su premio, y cómo las gentes desnudas de una pequeña isla vieron salir del mar tres bosques, llenos de hechiceros blancos, color de la muerte, llevando su cara sembrada de algodón.

La tierra estaba cerca. Todas las señales del mar y de la atmósfera indicaban la proximidad de islas.

La *Pinta*, siempre á la cabeza de la escuadrilla, aprovechaba sus condiciones de gran velera, dando «cuchilladas» en el mar, apartándose del rumbo que seguían las otras naves, para ir á un lado y á otro, abriendo el ángulo de sus exploraciones, con la esperanza de ser la primera en ver tierra.

Sus marineros descubrieron un palo y una caña flotantes. Luego tomaron un palillo labrado, según parecía, con hierro, un pedazo de caña, una pequeña tabla y manojos de hierba que indudablemente era nacida en tierra. Los de la *Niña* también recogieron un palillo cargado de escaramujos.

Pasaron varias veces por encima de los buques bandadas de loros y papagayos, siempre con una dirección igual, sin duda la de las tierras próximas, donde iban á descansar.

Después que se ocultó el sol en este jueves, 11 de Octubre, los marineros cantaron la Salve, como de costumbre, y el capitán general habló á los de su nao desde el alcázar de popa con aquella elocuencia poética y bondadosa que le era propia cuando su carácter enojadizo y receloso quedaba adormecido por la influencia de sucesos favorables.

—Hay que alabar—dijo—las mercedes que Dios nos ha concedido en este viaje, dándonos mar tan llana, tan suaves y buenos vientos, tanta bonanza, sin las tormentas y zozobras que comúnmente suelen acaecer á los que navegan por la mar. Y porque espero en la misericordia divina que antes de muchas horas nos ha de dar tierra, vos ruego encarecidamente que esta noche hagáis muy buena guardia en el castillo de proa, velando y estando muy sobre aviso para mirar si hay tierra, mejor que hasta ahora se ha hecho.

Era orden general, desde la salida de Canarias, que al haberse navegado setecientas leguas hacia Poniente, los buques de la flotilla sólo marchasen hasta medianoche, por creer que á dicha distancia forzosamente encontrarían islas ó tierra firme. Pero como á las setecientas leguas no se había hallado nada, esta orden no se cumplió. y los tres buques navegaban con el deseo de adelantarse unos á otros para hacer el descubrimiento.

Toda la marinería de la nao escuchó la anterior arenga del capitán general, deseando igualmente cada individuo ser el primero en descubrir la tierra. Los reyes habían prometido una renta de diez mil maravedises anuales al primero que hiciese tal descubrimiento, y á esta pensión por «juro de heredad» añadió don Cristóbal la promesa de dar por su parte un jubón de seda.

Continuó la flotilla navegando al Oeste con el rumbo indicado días antes por Pinzón. De seguir directamente hacia Poniente, hubieran ido á dar los expedicionarios, algunos días después, con las costas de la Florida, habitadas por gente brava, que fué hostil durante muchos años á los blancos, y es casi seguro que la flotilla no habría vuelto. Mejor resultó para su suerte torcer el rumbo y dar en el archipiélago de las Lucayas, habitado por gente inocente y tímida, que acogió con una veneración religiosa á los argonautas españoles, como si fuesen venidos del cielo.

A las diez de la noche, don Cristóbal, que estaba en el castillo de popa examinando el mar, vió una pequeña luz «á modo de una candelilla—según escribió—que se alzaba y se bajaba», pero tan indecisa, «tan nublada, que no quiso afirmar que fuese tierra». Los buques na-

vegaban en aquel momento á toda vela, á razón de doce millas por hora.

Colón llamó en secreto á Pero Gutiérrez y le dijo que creía ver lumbre y que mirase él para decir qué le parecía. El amigo de Colón contestó que lo mismo le parecía ser lumbre, y entonces éste llamó á Rodrigo Sánchez de Segovia, el veedor de la armada; pero dicho funcionario, tal vez por haberle encargado los reyes de verlo todo, creyó prudente reservarse su opinión y no vió nada.

Don Cristóbal y el antiguo repostero real volvieron á ver la luz dos veces, siempre «como una candelilla encendida que se alzaba y se bajaba», no dudando después de esto que se hallaban cerca de tierra.

Pedro Terreros, el maestresala, también vió la luz, desde el momento que la veían el Almirante su señor y un antiguo dependiente de la corte tan importante para él como Gutiérrez.

Crejó Colón toda su vida que esta luz era de algún indígena que había tomado un tizón ó una tea para salir de una de sus casas de paja, llamadas bohíos, «para cumplir en pleno campo con sus necesidades naturales», y que luego había vuelto á su vivienda, viéndose de este modo subir y bajar, aparecer y desaparecer la remota luz. Pero la tal visión fué á las diez de la noche, la flotilla siguió navegando y navegando á toda vela, á razón de doce millas por hora, hasta las dos de la madrugada, la primera isla descubierta estaba aún á cincuenta y seis millas, y ella y las islas próximas eran bajas, sin montañas importantes, lo que hacía imposible que se pudiese ver una luz á tan considerable distancia.

Indudablemente la candelita que á las diez de la noche «subía y bajaba» debió ser una ilusión óptica de don Cristóbal ó la luz de algún candilejo de los grumetes de la *Pinta*, la cual iba unas diez y seis millas delante de los otros buques.

Fué á las dos de la madrugada cuando la *Pinta* hizo la señal de tierra. Uno de sus marineros estaba en lo más avanzado de la proa desde el anochecer examinando el horizonte. Pasada la medianoche se aclaró el cielo, que se hallaba algo nublado, y dicho tripulante, que algunos creen fué Juan Rodríguez Bermejo, vecino de un arra-

bal de Sevilla, al esparcirse la luz de la luna vió sobre las aguas una cabeza blanca de arena, y alzando los ojos distinguió claramente la línea oscura de una costa. A Rodríguez Bermejo parece que lo llamaban Rodrigo sus compañeros de navegación, añadiéndole el apodo de «Triana» por tener su casa en dicho barrio de Sevilla.

Así que el titulado Rodrigo de Triana vió la costa, «luego arremetió con una bombardita y dió un trueno, gritando «¡Tierra! ¡tierra!», y todos los navíos se detuvieron hasta que vino el día».

Martín Alonso inmovilizó su veloz carabela para esperar á la nao capitana. Colón, que al oír el cañonazo abandonó su cámara, estaba en lo alto del alcázar de popa.

—Señor Martín Alonso—gritó—, habéis fallado tierra.

—Que mis albricias no se pierdan, señor—contestó Pinzón.

—Yo vos mando—dijo alegremente el jefe de la armada—cinco mil maravedises de aguinaldo.

Pero no era esto lo que pedía Martín Alonso. Su marinero Rodríguez Bermejo reclamaba el jubón de seda prometido por el jefe y la renta anual de diez mil maravedises.

Nunca consiguió ambos premios, ni siquiera el jubón de seda. Dar éste era reconocer que el apodado Rodrigo de Triana había descubierto la primera tierra y le tocaba lógicamente recibir la renta de diez mil maravedises.

Aquel hombre contradictorio, mezcla de poeta y de mercader, de místico vidente y avaro judaico, creyó que debía apropiarse dicha renta. Era insignificante para un personaje como él, que aquella noche empezaba á gozar en propiedad sus títulos de Almirante del Océano y virrey de las tierras que descubriese, y representaba una verdadera fortuna para un pobre marinero.

Puede decirse que en esta noche, horas antes de que apareciese bajo la luz del sol la primera tierra de un nuevo mundo, empezó la divergencia y la enemistad entre los dos capitanes que habían conducido esta atrevida expedición.

Los aduladores del Almirante apoyaron sus afirma-

ciones. El maestresala Terreros protestaba del atrevimiento del marinero de la *Pinta*.

—¡Tierra!—decía remedando el grito de Rodrigo de Triana—. Eso ya lo había anunciado á las diez de la noche el Almirante mi señor.

Los dos Pinzones se mostraron asombrados y escandalizados de una afirmación tan absurda. A las diez de la noche estaban aún á cincuenta y seis millas de la isla negra y baja que columbraban delante de sus proas en este momento. Cuatro horas habían venido navegando á toda vela hasta el lugar donde se hallaba ahora la flotilla. ¿Qué luz de tierra podía haberse visto, teniendo en cuenta la esfericidad del planeta, que deja invisibles las costas bajas á una distancia de pocas millas?...

Pero la emoción de haber descubierto tierra y la ansiedad de verla surgir cuanto antes del misterio de la noche acallaron esta discusión, dejándola para cuando volviesen á España. El primer descubrimiento de la futura América iba á quedar unido para siempre á una injusticia inaudita. Los reyes, para satisfacer á Colón, siempre ávido de ganancias, reconocieron meses después que «la candelilla que subía y bajaba á las diez de la noche» era de una tierra situada á cincuenta y seis millas de distancia, dándole para siempre en juro la renta de diez mil maravedises, que le fué situada en las carnicerías de la ciudad de Sevilla, donde se le pagaron. Y Rodrigo de Triana, indignado de que tales injusticias se cometiesen en una tierra de cristianos, dicen algunos que acabó pasándose á Marruecos, y se hizo moro.

Habían amainado los tres navíos la mayor parte de sus velas, quedando sólo con el papahigo, sacadas todas las bonetas. De este modo se pusieron á la corda, ó sea al paio, «atravesados para no andar ni decaer del punto en que estaban, temporizando hasta la llegada del día».

Estas últimas horas nocturnas, anteriores á la luz rosada de la aurora, fueron para aquellas docenas de hombres aglomerados en las barandas de sus casas flotantes horas de ensueños ansiosos y de fantásticas esperanzas.

Hasta los más rudos y menos imaginativos sintié-

ronse en tales horas con un alma de poeta. ¿Qué iban á ver cuando se rasgasen las sombras?

Durante los primeros días del viaje se habían contado unos á otros aquellas magnificencias del Gran Kan de la Tartaria que los hombres letrados conocían por los libros. Los primeros rayos del próximo sol iban á quebrarse en las techumbres con tejas de oro de que hablaba Martín Alonso en la plaza de Palos, para incitar la gente al alistamiento. Jardines plantados de árboles de canela y otros que producen la pimienta y demás especias raras, iban á surgir ante sus miradas al desvanecerse el ébano azulado de la noche. Tal vez viesen un puerto, tan hermoso como el patio de honor de un inmenso palacio, con muelles de mármol por los que pasarían con lenta majestad procesiones de elefantes revestidos de gualdrapas de seda roja, llevando sobre su lomo castilletes de oro cincelado y temblón, semejantes á los de las custodias en las catedrales de España, y en dicho puerto innumerables buques de colores, con las proas en forma de hipogrifos y las popas levantadas como el plumaje de quiméricas aves, brillando sus anclas y herrajes de oro y de plata.

Los más imaginativos creían percibir el olor de las especias, tan valiosas como polvos áureos, en las bocanadas de perfume vegetal que llegaban hasta ellos, atravesando el aire salino.

Surgió el día con la rapidez y la majestad teatral que muestran los cielos tropicales en el amanecer y el ocaso, y todos vieron una isla baja, con algunos grupos de vegetación, pero no muy arbolada, espejeando á través de sus troncos la tranquila lámina de una laguna interior.

En los mares del viejo mundo hubiese parecido á los expedicionarios una isla pobre é insignificante. Aquí era la primera tierra que salía á su encuentro después de tantas incertidumbres y desorientaciones. Además, sus árboles eran de una especie desconocida, y todo respiraba en ella la ingenuidad y la frescura de las altas montañas que el hombre pisa por vez primera, la inocencia sonriente de lo que acaba de nacer.

Ni techumbres de oro, ni muelles de mármol, ni ele-

fantes, ni naves de lacas coloridas. Por la playa corrían hombres completamente desnudos, agrupándose para contemplar los monstruos vomitados por el Océano durante la noche.

Algunos, más audaces, se metían en un tronco hueco, y con una paleta manejada á dos manos lo hacían evolucionar entre la flotilla y la playa, deseosos de aproximarse á los palacios flotantes de unas divinidades misteriosas y no osando al mismo tiempo arrostrar su temible contacto.

Habían llegado los españoles á una de las islas del archipiélago de las Lucayas, llamada por sus naturales Guanahani. El capitán general de la flotilla estaba impaciente por tocar con sus pies esta tierra, aunque la veía algo distinta á como él había venido imaginándosela en el viaje.

El resultado más inmediato de todo esto era la confirmación para siempre de cuantos títulos le habían dado los reyes de España. Ya era Almirante en propiedad de la mar Océana, y su virreinato dejaba de ser un título hipotético. Las islas avanzadas de Asia salían al encuentro de sus naves para dar realidad á su soberanía.

Se vistió en las primeras horas de la mañana del 12 de Octubre el traje rojo obscuro de los almirantes de Castilla y saltó en el batel armado de su nao capitana con toda la gente que cupo. Los que tenían coraza, brazales, casco y rodela se embutieron en esta caparazón férrea, llevando como armas defensivas espadas, lanzas y ballestas. Los contados espingarderos colocaron sobre su hombro la pesada espingarda ó escopeta, anterior al arcabuz.

Los dos Pinzones, Martín Alonso y Vicente Yáñez, salieron también de la *Pinta* y la *Niña* en sus bateles con lo más granado y vistoso de sus gentes. El Almirante llevaba la bandera real, y los dos capitanes banderas cruzadas de verde con una F y una I, iniciales de los reyes Fernando é Isabel, y encima de cada letra una corona.

Todos los de la escuadrilla, lo mismo jefes que simples tripulantes ó agregados á la jornada, habían cambiado de aspecto durante la navegación. En el mar no era fácil seguir una moda en aquella época, que consis-

tía en llevar los hombres su rostro diariamente rasurado. Sólo iba un barbero en toda la armada como ayudante del físico y el cirujano, siéndole imposible dar abasto á tanta gente. Además, la operación de afeitarse resultaba peligrosa en unos buques que por su escaso calado y gran arboladura se movían incesantemente. Por esto era costumbre de los marineros dejarse crecer las barbas mientras duraba la navegación.

Llevaba ahora el Almirante unas barbas blancas que empezaban á ensancharse, dándole cierto aire venerable de monje guerrero. La demás gente tenía cubierta igualmente con barbas una mitad de su rostro, siendo en algunos de ellos rizosas y finas como las de los árabes, y en otros aborascadas y duras, hasta dar un aspecto de tremebundos bandidos á muchos honrados marineros, padres de familia.

Tal fué la emoción de la gente cristiana al saltar á tierra, que apenas se fijó en los indígenas agrupados, con temor y curiosidad, á corta distancia de ellos.

Llamó Colón al lado suyo á los dos capitanes para que agitasen sus banderas con cruces verdes, lo mismo que él hacía tremolar la bandera real, vitoreando á Sus Altezas los monarcas de España. Luego pidió á Rodrigo de Escobedo, como escribano de la armada, y á Rodrigo Sánchez de Segovia, como veedor de ella, que le diesen testimonio de cómo él tomaba posesión de la dicha tierra por el rey y la reina sus señores, dándola el nombre de San Salvador. Y sacando su espada, cortó algunas hierbas en torno de él y dió cuchilladas á los árboles próximos, que era la señal de posesión usada entonces por los navegantes y descubridores.

«Los indígenas—escribió aquella noche el Almirante en su cuaderno—me pareció que eran gente muy pobre de todo. Ellos andan desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide mas que una harto moza, y todos los que yo vide eran mancebos que ninguno pasaba de edad de treinta años, muy bien hechos, de muy hermosos y lindos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruesos, cuasi como sedas de cola de caballo, recortados por encima de las cejas, salvo unos pocos que traen detrás largos y que jamás cortan.»

Los comparaba por su color á los habitantes de las Canarias, ni negros ni blancos, ni prietos; unos se pintaban las caras, otros los cuerpos, y otros solamente los ojos y la nariz. No conocían el hierro, y sus azagayas eran simplemente varas con la punta endurecida al fuego, y algunas con un diente de pez. Y entusiasmándose el descubridor con esta gente, escribía: «Todos son de buena estatura, las piernas muy derechas, todas á una mano y no barriga.» Finalmente se declaraba á sí mismo con cierta tristeza que le parecía gente buena, pero muy pobre de todo.

Empezó entre los descubridores y los indígenas la lucha esforzada por entenderse, apelando al lenguaje de las señas. Para los isleños, todas aquellas palabras de los blancos, sus gestos, sus recitaciones, eran cosa de brujería, ritos incomprensibles propios de seres venidos del cielo. Habían vivido hasta entonces aislados en su tierra, llegando cuando más sobre sus frágiles canoas á las islas inmediatas. Más allá de este círculo, relativamente pequeño, sólo existía para ellos el mar infinito, poblado de genios, de espíritus celestes que fraguaban la tempestad, la lluvia, los huracanes, ó distribuían la luz y el calor del sol, creador de plantas y alimentos.

Al amanecer habían visto surgir del mar unos monstruos que á ellos les parecían enormes, unos bosques flotantes con altísimos árboles, en los que se movían follajes compactos, blancos ó de colores (velas y bandera). Primero asomaban sobre la línea del mar las puntas de su arboleda, luego iban ascendiendo de las aguas, y finalmente los bosques flotantes se inmovilizaban á poca distancia de sus playas, saliendo de ellos unas canoas mucho más grandes y más pesadas que las suyas, tripuladas por seres extraordinarios, con el cuerpo tatuado de diversos colores (los vestidos), cubiertos de una materia brillante y dura (corazas y cascos), de la que surgían rayos de luz, lo mismo que de las aguas del lago á la hora de mediodía.

Todos ellos ostentaban en la cabeza plumajes de colores, á semejanza de los papagayos y loros que venían á refugiarse en los árboles de su isla, y llevaban la cara sembrada de algodón blanco, rojo ó negro, pues tales

les parecían las barbas á estos isleños de tez rojiza, con el rostro completamente lampiño.

Los recién llegados eran pálidos, lo mismo que los muertos, y los indígenas dados á la brujería, que acostumbaban á pintarse de igual color que la muerte, se aproximaban con mayor confianza á ellos, como animados por un parentesco misterioso.

El cacique de los hombres pálidos (el Almirante), con la cara sembrada de algodón blanco, empuñaba un palo altísimo, en cuyo extremo aleteaba un papagayo enorme de varios colores (la bandera real). Otros dos genios del mar, con algodones negros en sus rostros, se colocaban junto á aquél, llevando en sus manos otros papagayos verdes (los Pinzones con sus banderas).

El cacique del papagayo más vistoso hablaba en una lengua ininteligible á otro de los hombres pálidos (el escribano), que tenía un palito en la diestra y una hoja blanca, igual á la de un árbol, en la otra mano, trazando sobre ella unos signos mágicos mientras el jefe seguía hablando. Y los indígenas acostumbrados á recitar conjuros y relaciones mágicas, se apoderaban de estas palabras sin comprenderlas, repitiéndolas al instante, gracias á su prodigiosa memoria de hombres primitivos.

Sacaba el cacique arengador de un lado de su cuerpo una varilla reluciente (la espada), y todos veían en ella el supremo talismán guardador de las fuerzas mágicas de que disponían dichos aparecidos.

Hacían esfuerzos para comprender sus palabras, y guiándose por las singularidades de su aspecto, procuraban darles todo lo que podían necesitar. Miraban sus banderas, los plumajes de sus gorras y de sus cascos, é inmediatamente les ofrecían como tributos numerosos papagayos, la sola bestia que podían ver en la isla los descubridores. Luego pasaban sus manos con infantil curiosidad por el rostro de los hombres blancos, tocando sus barbas estoposas, y acto seguido les ofrecían grandes ovillos de algodón, único de sus bienes que podía ser útil, según ellos, á estos seres caídos del cielo.

El Almirante, que miraba á un lado y á otro, queriendo descubrir algún indicio de lo que venía siendo su principal preocupación, se fijó en un pedacito de oro que

llevaba un indígena colgado de la nariz. El descubrimiento de esta chapita ínfima animó al navegante con repentina alegría. Desechó las dudas que había sentido al desembarcar, preguntando por señas dónde encontraban dicho metal.

Para la pobre gente desnuda no tenía ningún valor positivo el oro. Sólo lo apreciaban como metal incorruptible de una importancia mística, aplicándolo á los orificios respiratorios de su cuerpo, é igualmente á la boca y narices de los cadáveres, como si con ello alejasen los gérmenes de la corrupción.

No les extrañó á los isleños que este dios pálido, con el rostro cubierto de algodón blanco, se interesase por un metal al que atribuían una influencia mágica, y le fueron ofreciendo junto con los papagayos y los ovillos hilados todas las chapitas y colgantes de oro que adornaban sus narices, orejas y labios taladrados. A cambio de esto, el dios blanco empezó á repartir entre ellos sargas de cuentas de vidrio, cascabeles sueltos ó en manojos, y puso en la cabeza de los más alegres unos bonetes colorados.

Experimentaron la mayor de sus sorpresas cuando un hombre de la isla, más atrevido que los demás, se acercó al jefe blanco, echando mano á la vara reluciente que se había puesto otra vez en el costado. El gran hechicero de la barba blanca volvió á sacarla á luz, haciendo serpentear en el aire sus luces temblonas, y luego le invitó á que la viese y la tocase. Después de vacilar, el indígena se decidió á poner uno de sus dedos sobre esta vara de luz, que al mismo tiempo era dura y firme como una de sus azagayas de caña. Y al pasar el dedo sobre su filo, sintió en él la sensación de una quemadura, empezando á derramar sangre. La vara luminosa cortaba por ella misma, sin que el dios que la sostenía hiciese ningún esfuerzo.

Así estuvieron todo el día los descubridores en la isla, sin ver otra cosa que gente desnuda, árboles de especies ignoradas, papagayos por únicos animales, y el brillo de la pequeña laguna detrás de la arboleda.

Una parte de la tripulación de los tres buques había desembarcado para conocer las novedades de esta tierra

extraña. Los demás se agolpaban en las bordas ó en lo alto de las popas, sin ver en realidad nada maravilloso, pero haciendo esfuerzos imaginativos para suponer lo que no veían.

Maestre Diego, el herbolario de la expedición, vagaba entre los árboles, enviado por el Almirante, con la esperanza de descubrir alguna de aquellas especias tan apreciadas en las mesas ricas de Europa.

Las especias obsesionaban tanto como el oro al nuevo Almirante. En días anteriores, cada vez que los marineros pescaban palos ó hierbas oceánicas, hacía que los entregasen á maestre Diego, por si encontraba en tales hallazgos algún parentesco con los árboles de la especiería.

Durmieron aquella noche por primera vez las tripulaciones en buques fondeados sobre sus anclas, y á la mañana siguiente, apenas rompió el día, se vieron rodeados de «canoas luengas, todas de una pieza, labradas muy á maravilla, unas grandes, hasta el punto de venir en ellas más de cuarenta hombres, otras pequeñas, con un solo tripulante. Remaban con una pala como de hornero, mandando á maravilla, y si se les trastornaba la canoa volviéndose boca abajo, se echaban todos á nadar, enderezándola y vaciándola con calabazas que traían ceñidas al cuerpo».

Otros llegaban nadando con una mano nada más, llevando al extremo del otro brazo, tendido, ovillos de algodón hilado, papagayos, azagayas, collares de dientes de pescado, y todo esto lo entregaban voluntariamente, sin exigir retribución alguna, como un presente religioso; pero hacían grandes demostraciones de gozo si los hombres blancos querían darles como recompensa cualquier cosa, hasta pedazos de escudillas y de vasos rotos.

Vió el Almirante cómo las gentes de una canoa entregaban diez y seis ovillos enormes de algodón á cambio de tres ceutís, moneda ínfima de Ceuta que corría en Portugal y equivalía á una blanca de Castilla, á pesar de que los diez y seis ovillos representaban más de una arroba de algodón hilado.

Para el nuevo virrey de esta isla y de las muchas islas inmediatas de que le hablaban los indígenas, y que

según sus gesticulaciones y movimientos de dedos, eran más de cien, ofrecía poco interés el algodón. Sus esfuerzos para entenderse con aquella gente desnuda eran por saber de dónde provenían los pedacitos de oro que colgaban de sus narices, y todos señalaban á lo lejos, aludiendo, á juzgar por sus señas, á una isla grande, muy grande.

Indudablemente era la isla de Cipango, y resultaba inútil perder más tiempo entre esta gente inocente y pobre.

El domingo 14 de Octubre mandó aderezar el batel de la nao capitana y las barcas de las carabelas, yendo con estas tres embarcaciones menores por el Nordeste de la isla, para conocer la otra parte de ella y descubrir nuevas poblaciones. Corrían los grupos de indígenas por la playa, ofreciéndoles de lejos frutos de sus árboles y calabazas llenas de agua dulce. Al ver que los tres bateles no iban á tierra, se echaban á nadar muchos de ellos, haciéndoles preguntas que los blancos llegaban á entender por la expresión religiosa de sus rostros. Querían saber si realmente eran venidos del cielo, y uno más anciano, que alcanzó á meterse en la barca del Almirante, gritó á los de las playas que viniesen á venerar á los hombres celestiales, trayéndoles de comer y de beber.

Las mujeres se echaban en la arena y levantaban las manos al cielo, dando voces á los seres divinos para que desembarcasen; pero el Almirante sólo se preocupaba de seguir explorando la costa, con la esperanza de encontrar algún pueblo cuyas casas fuesen de piedra, algún vestigio de vida civilizada que le indicase la proximidad de aquellos reinos opulentos del Gran Kan en la tierra firme ó de la rica Cipango con sus tejados de oro. Pero sólo vió una gran restinga de peñascos que cercaba gran parte de la isla, y algunos bohíos ó chozas entre árboles que ofrecían para los exploradores el aspecto extraordinario de estar frescos y verdes, en mitad de Octubre, como los de Castilla en los meses de Abril y Mayo.

No quiso Colón permanecer más tiempo en esta isla Guanahaní, que él había bautizado San Salvador. Ansiaba ver las islas inmediatas. Mas antes de hacerse á la vela, á mediodía, se llevó cautivos á siete indígenas para

que viviesen en sus naves y de este modo fueran aprendiendo palabras españolas y enseñando el significado de algunas de las suyas á los marineros más hábiles.

Necesitaba desentrañar el gran secreto de las nuevas tierras descubiertas, y que aquellos hombres cobrizos, que sólo podían hablar por señas y palabras ininteligibles, no entendiendo la mayor parte de sus preguntas, le llegaran á decir con certeza de dónde procedía el oro y hacia dónde debía enderezar su rumbo.

Estaba seguro de que la isla de Cipango se hallaba muy cerca. Lo importante era topar con ella.

PARTE TERCERA

EL PARAÍSO POBRE

I

En el que se cuenta cómo el Almirante fué pasando entre islas siempre hermosas y de escaso provecho, cómo empezó á enemistarse con Pinzón, y cómo llegó á la tierra firme gobernada por el Gran Kan, enviando á éste dos embajadores con una carta escrita en latín.

Navegó la flotilla durante catorce días entre las numerosas islas Lucayas. Exploraba Colón rápidamente estas tierras, deseoso de encontrar oro ó vestigios de la civilización opulenta de los países gobernados por el Gran Kan.

A la segunda isla que visitó le puso por nombre Santa María de la Concepción, en agradecimiento á la Virgen que le había librado de tempestades en el mar y de enfermedades á bordo. A la tercera dió el nombre de Fernandina, en recuerdo del rey, cuyos allegados y familiares tanto lo habían protegido; y á la cuarta llamó Isabela, como testimonio de gratitud á su reina. Pero iba pasando de isla en isla sin encontrar otra cosa extraordinaria que su magnífica vegetación y la sencillez paradisíaca de sus habitantes.

La desnudez de éstos y su pobreza se armonizaban mal con las ilusiones que el navegante llevaba en su pensamiento, resto de sus lecturas de Marco Polo y de Man-

deville. Nada hacía ver la proximidad del «rey de los reyes», señor de la vasta China, sentado en trono de oro y diamantes, bajo un dosel bordado de perlas. Ninguna de estas islas guardaba las montañas de Ofir, preñadas de oro, que habían ido á explotar en otro tiempo las flotas del rey Salomón. Únicamente fué notando cierto progreso rudimentario en las costumbres y en los útiles de los indígenas, según avanzaba en su exploración. En la Fernandina encontró un indio que navegaba solo en una canoa muy lejos de la costa, y en el interior de dicha isla vió las primeras hamacas y otros objetos de la industria humana, reveladores de un trabajo ingenioso.

En la isla de Samoeto, que el había bautizado Isabela, fué tan grata la dulzura de la atmósfera y tales las emanaciones florales de los bosques, uniendo sus aromas al perfume salino del Océano, que le fué imposible no admirar el encanto de esta Naturaleza virgen, dejando en olvido momentáneamente sus deseos de oro.

Dos afectos contradictorios se combatían en el alma de este hombre, complejo y antagónico en sus deseos. Admiraba como poeta la belleza del paraíso descubierto por él. A continuación reconocía con cierto despecho la pobreza de dicho paraíso y se ingeniaba como mercader para sacar el mejor producto de su mediocridad.

Admitía como una ventaja comercial la mansedumbre y cobardía de aquellos indígenas. En la primera isla se habían acercado confiadamente á él y á los suyos. Ahora, en las otras, por un pánico inexplicable, pero natural en unas gentes sencillas dadas á razonar ilógicamente, huían ante la presencia de los extranjeros, dejando abandonadas sus chozas para refugiarse en los bosques. Diez hombres de su tripulación bastaban para dominar una de aquellas islas, que tal vez tenían miles de pobladores. Y por primera vez se le ocurrió al místico poeta, ansioso de ganancia, la posibilidad de remediar la falta de oro cazando á los naturales como esclavos y cargando de ellos sus naves para venderlos en Europa, lo que resultaría á la larga magnífico y seguro negocio.

Luchaba en esta primera exploración con la falta de medios para entenderse con los indígenas. Eran dados éstos á la exageración, á contestar afirmativamente to-

das las preguntas, no extrañándose ante ningún objeto que les enseñasen y asegurando que lo había igual en sus tierras, pero lejos, muy lejos, en un país ilusorio que colocaban á su capricho en distintos puntos del horizonte. Cuando mostró una moneda de oro á los de la Concepción y la Fernandina, éstos dieron á entender por señas que había hombres de su raza con muchas anillas de oro en brazos y piernas, pero siempre era en la isla más cercana, nunca en la suya, y Colón acababa por decir melancólicamente:

—Yo bien creo que todo lo que dicen es burla, para se fugir de nosotros.

Una parte de los hombres que había tomado en San Salvador y otro encontrado en una canoa entre dicha isla y la Concepción, se echaban al mar y huían á nado apenas los marineros descuidaron un poco su vigilancia. Otro, alcanzado también mientras iba en su canoa, se arrojaba al agua para que no lo prendiesen, y cuando al fin los marineros conseguían cazarlo, el Almirante lo hacía subir á la nao capitana para halagarle como á un animalejo asustadizo. Le ponía un gorro colorado en la cabeza, unas cuentecillas verdes de vidrio en un brazo y dos pares de cascabeles dorados en las orejas, y así, hecho un arlequín, lo enviaba á tierra para que propagase entre sus desnudos compañeros la bondad de los hombres blancos y las cosas magníficas que traían para hacer regalos.

Sentíase atraído Colón por la belleza de tantas y tantas islas por entre las cuales pasaba sin detenerse, juzgando de lejos su importancia y la posibilidad de encontrar oro en ellas ó no hallar nada. Eran todas muy verdes y muy fértiles, de atmósfera dulcísima y eterno cielo azul, con peñas en la costa de color obscuro, semejante á la piel del elefante, y al pie de ellas un mar siempre terso como el cristal, luminoso y profundo, con una fauna oceánica que asombraba al descubridor.

«Aquí—escribía en su cuaderno—son los peces tan disformes de los nuestros, que resulta maravilla. Los hay de ellos como gallos, de los más finos colores del mundo, azules, amarillos, colorados; otros pintados de mil maneras, y las colores son tan finas, que no hay hombre

que no se maraville y no tome gran descanso al verlos. También hay ballenas. Bestias en tierra no vide ninguna, de ninguna manera, salvo papagayos y lagartos. Ovejas ni cabras, ni otra ninguna bestia vide.»

En una de las islas donde desembarcaron, un paje de nao le dijo haber visto una enorme culebra en el bosque. En una laguna mataron á lanzadas una sierpe como de siete palmos, pero con patas. Era el iguana, de piel verde y carne blanca, muy apreciado por los indígenas, y que años adelante se acostumbraron á comer como gran regalo los conquistadores españoles en las grandes hambres de sus atrevidos viajes. En otra de las islas, Martín Alonso Pinzón mató también de una lanzada uno de estos reptiles con patas, que los descubridores tomaban, en su ignorancia de la tierra, por bestias peligrosas, semejantes á los dragones que aparecían en romances y novelas de caballería.

Huían los naturales en una isla, dejando que los blancos fuesen de un lado á otro, como si estuviesen en una isla encantada. En otras salían en sus canoas, pagayando alrededor de las carabelas para ofrecer los eternos ovillos de algodón y los papagayos, así como manojos de azagayas, prestándose á traer en grandes calabazas el agua de sus ricos manantiales para renovar el contenido de barriles y tinajas guardados en las bodegas de los tres buques.

Mientras los marineros les regalaban sonajas y agujetas á cambio de tanto algodón y tantos papagayos, que no sabían qué hacer de ellos, el Almirante se fijaba en los que parecían más despiertos de ingenio y de palabra, dando orden á su paje Lucero y á otros popeles para que trajesen bizcochos, ó sea galletas, untados con burda melaza extraída de la caña de azúcar en los ingenios de Andalucía.

Este bizcocho con miel era lo que más atraía á los indígenas, una prueba de la divinidad de los blancos, hijos del cielo, pues únicamente genios caídos de lo alto podían alimentarse con esta especie de ambrosía.

La tendencia al embuste y á los relatos maravillosos de estos hombres primitivos, naturalmente embelecadores, que tanto desorientó y engañó á los navegantes en

los viajes sucesivos, retuvo á Colón en algunas de dichas islas más de lo que él deseaba. En la Isabela estuvo esperando dos días á que viniese un gran rey del interior, que, según afirmaban los indígenas, iba vestido todo de oro. Pero el tal monarca dorado no se presentó nunca, y sólo pudo ver indios desnudos iguales á los que había encontrado en las otras islas, pintarrajeados de blanco, encarnado ó negro, y trayendo algunos pedacitos de oro en la nariz; «mas era tan poco—según escribía el Almirante—, que en realidad no era nada».

En este nuevo mundo lo único extraordinario continuaba siendo la vegetación, y el descubridor poeta, que apreciaba tanto mercantilmente la especiería como el oro, al ver que este metal sólo se dejaba ver en tan exiguas cantidades que no valía la pena ocuparse de él, tornaba sus ojos con avidez hacia los bosques. En la Isabela ofrecía la atmósfera una continua fiesta al sentido del olfato. La isla era un interminable ramillete de flores, cuyos aromas envolvían á los recién llegados. Este perfume se esparcía en todas direcciones, avanzando leguas y leguas sobre el mar. Los blancos aspiraban en el aire esencias raras nunca olidas hasta entonces, y gustaban frutas que, al mismo tiempo que acariciaban su paladar, esparcían azucarados perfumes.

Inútilmente maestro Diego el herborista y otros tripulantes aficionados á plantas y flores vagaban por dichas selvas-jardines. Los más de los frutos estaban aún verdes, como si en estas islas empezase la primavera casi al final de Octubre. Ninguno de los árboles tenía semejanza en sus varillas y frutos con la canela, la pimienta, la nuez moscada, el clavo y demás especias asiáticas, de las cuales había pedido muestras Colón á sus amigos de Sevilla. Eran otros perfumes y otras materias. La ilusión de la ganancia le hizo pensar que tal vez las especias de esta tierra eran iguales á las de Asia, pero aún no había llegado la época anual de su madurez.

Y todo esto desolaba á Colón tanto como la pobreza de oro, haciéndole exclamar con tristeza: «A mi entender, esta tierra es muy provechosa en especiería, mas yo no la conozco y llevo la mayor pena del mundo, pues veo mil maneras de árboles que tienen cada uno su ma-

nera de fruta y está verde agora como en España en el mes de Mayo y Junio, y mil maneras de hierbas lo mesmo con flores.»

Toda esta vegetación debía guardar riquezas que él era incapaz de apreciar; pero ya que su ignorancia y la de sus acompañantes les impedía conocerlas, debían irse de allí lo más pronto, en busca de otras tierras que produjeran oro y donde las gentes fuesen vestidas y hubiera puertos de gran tráfico, con buques llegados de Cipango y de Quinsay.

Algunas veces, la pobreza y sencillez de este archipiélago paradisíaco le hacían dudar de sus lecturas, y apuntaba en él la sospecha de que dichas tierras fuesen de un mundo aparte, muy lejano de los grandes reinos asiáticos. Nunca Marco Polo había hablado de islas pobres y hermosas donde los hombres fuesen totalmente desnudos, no conociendo la riqueza ni la propiedad, careciendo de historia, ignorando la previsión económica, viviendo al día, sin las complicaciones artificiales de la civilización, sin otros yugos ni penalidades que los que impone la Naturaleza.

Era la humanidad antes del pecado original. Los filósofos del Renacimiento, al enterarse meses después de este su primer viaje, iban á comparar tales islas con repúblicas utópicas soñadas por los pensadores antiguos, prolongándose tal impresión hasta dos siglos y medio después, cuando Rousseau y otros autores revolucionarios supusieron en el hombre primitivo toda clase de virtudes. Era un mundo aparte, no contaminado aún por las complicaciones é injusticias de los hombres civilizados: el continente de la humanidad risueña y sin malicias.

Pero su duda no era larga. Inmediatamente resurgía en él la quimera. Los dominios del Gran Kan sólo debían hallarse á una distancia de diez ó doce días de navegación. Algunos de estos hombres desnudos mostraban largas cicatrices en sus cuerpos. Eran señales de flechazos y golpes de azagaya recibidos en combates. Según daban á entender con sus señas, otros indígenas de una civilización más superior y cruel llegaban de pronto, en grandes piraguas, á estas islas idílicas, para robar man-

cebos y mujeres. Todos los isleños, al hablar de dichos piratas, temblaban medrosos, afirmando con sus mímicas que los esclavos eran comidos por los invasores, cuando éstos llegaban á sus tierras.

Les llamaban *carib*, ó á lo menos Colón y los suyos creían entender que este nombre de *carib*, repetido con mucha frecuencia, correspondía á los piratas antropófagos. Y el Almirante sacaba de sus reflexiones la consecuencia de que los tales *carib* eran simplemente marinos de las naves ligeras del Gran Kan, que venían á tomar hombres en dichas islas para llevarlos á trabajar en las obras monumentales del «rey de los reyes», y como los prisioneros nunca volvían, esta gente sencilla se los imaginaba devorados por sus aprehensores.

Además, según iba pasando de una isla á otra, los indígenas le hablaban con más insistencia de un país enormísimo llamado Cuba, en el que encontraría, según ellos, buques y mercaderes de lejanas tierras. Y el Almirante, cada vez más convencido de la realidad de su geografía quimérica, creía á esta tierra de Cuba la buscada isla de Cipango.

En sus bajadas á tierra, ya que no le era posible descubrir especias en las selvas de árboles odoríferos, veía en ellas tinturas y medicinas de fácil explotación. Los grumetes y pajes que enviaba á la descubierta le traían muestras de cañafístula, una caña cuyo jugo era purgante; de lináloe, madera aceitosa que podía servir para las tinturas; de almáciga, goma que exportaban de Chío en el Mediterráneo para dar mejor sabor á las aguas, y que griegos y turcos conocían con el nombre de *mastic*. Pero de metales ni de especias caras, nada que fuese de provecho.

Ya empezaba el Almirante á dudar de la existencia de todos aquellos reyes vestidos de oro de que le hablaban los indígenas de las costas. «Son tan pobres de oro —escribía—, que cualquiera poco que uno de estos reyes traiga les parece á ellos mucho.»

Luego volvía á entusiasmarse al navegar en torno á las islas que iba descubriendo, por venir hasta él «un olor tan bueno y suave de flores ó árboles de la tierra, que era la cosa más dulce del mundo». A todo indígena

que se aproximaba á los blancos llevando un pedacito de oro en la nariz se lo compraban, dándole en cambio un cascabel de los llamados de «pie de gavilán» ó un ramalejo de cuentas de vidrio.

No quisieron ya el Almirante ni sus allegados perder más tiempo explorando estas islas, siempre verdes, fértiles y habitadas por gente pobre. Todas ellas tenían en su interior grandes lagunas de agua dulce «y á la rueda de ellas un arbolado que era una maravilla, con las hierbas tan altas y frescas como en Abril en el Andalucía, y el cantar de los pajaritos tan dulce, que parece que el hombre nunca se querría partir de ellas, y las manadas de los papagayos tan densas, que obscurecen el sol, y aves de tantas maneras y tan diversas de las nuestras que es maravilla, y árboles de mil modos, y todos de frutos á su manera, y todos huelen que es maravilla, y yo estoy el más penado del mundo por no los conocer, porque soy bien cierto que todos son cosa de valía y de ellos me llevo muestras, asimismo que de las hierbas».

En torno de las lagunas abundaban las sierpes con patas, llamadas iguanas, y también eulebras enormes de las que avanzan arrastrándose, pero que hufan á la vista de los hombres recién desembarcados. El lináloe era lo más abundante, y Colón mandó embarcar diez quintales, «porque me dicen que vale mucho». Pero en ninguna de estas islas «había mina de oro», y además, para explorar sus costas, era menester «muchas maneras de viento, y no vientos así como los hombres querrían».

Para navegar era mejor ir «donde hay trato grande», ó sea á aquella Cuba de que hablaban los indígenas, y que, indudablemente, era Cipango. Tuvo que esperar algunos días porque no había viento. Todo era calma muerta y llovía mucho, sin hacer ningún frío. De día era grande el calor y «las noches temperadas como en Mayo en el Andalucía». El 27 de Octubre aún llovía mucho, teniendo que navegar con gran cuidado entre tantas islas y cayos, por canales de poco fondo con lechos de roquedo ó de arena, llevando amainadas las más de las velas, á través de una gran cerrazón y con lluvia.

El 28 de Octubre pudo salir ya para Cipango, la gran tierra llamada Cuba por los indígenas, en la que espe-

raba encontrar oro, especiería, naos grandes como las de la armada española y ricos mercaderes.

Nada de esto encontró al llegar, por la razón, según él, de que la tal Cuba de los indígenas no era isla, y por lo mismo no podía ser Cipango. Colón reconoció, después de navegar por una parte de su costa septentrional, que Cuba era tierra firme, un cabo de Asia, una punta avanzada de la China, y las grandes ciudades de Zayto y de Quinsay, descritas por Marco Polo, debían estar á unas cien leguas del sitio por donde él navegaba.

Pero si no encontró al llegar á lo que ahora es el puerto de Jibara grandes naos de mercaderes asiáticos, ni funcionarios y soldados del Gran Kan, vió una tierra tan admirable, que le hizo exclamar: «Nunca tan hermosa cosa vide.»

El embriagador ambiente tropical envolvió al descubridor, haciéndole fantasear más que nunca. Los ríos no eran como los que él había visto en Africa: enormes, pero pestilentes, arrastrando desde las selvas vírgenes del interior bancos de verdura putrefacta, que entenebrecían las aguas, y en los cuales se agitaban toda clase de animales. Estos ríos eran profundos, claros, de aguas purísimas, viéndose cerca de sus desembocaduras conchas de entrañas nacaradas, que hacían creer al descubridor en fabulosas cosechas de perlas, así como peces de las más diversas y extrañas formas y tortugas de valioso caparazón.

Toda la costa era muy limpia y las bocas de los ríos tan anchas, que se podía barloventear en ellas. «Los árboles abundantes, hermosos y verdes, con flores y frutos, cada uno de su manera. Aves muchas, y pajaritos que cantaban muy dulcemente. Las palmeras eran de otra manera que las de Guinea y las nuestras, de una estatura mediana, los pies sin aquella camisa que tienen en Africa, y las hojas muy grandes, con las cuales cobijan las casas.»

Saltó el Almirante en el batel, fué á tierra, y llegó á dos casas que creyó ser de pescadores, los cuales huyeron con temor.

En una de ellas encontró un perro que nunca ladra-
ba, y en ambas, redes de hilo de palma, cordeles, anzue-

los de cuerno, figas de hueso y otros aparejos de pescar, y creyó que en cada casa vivían muchas personas, y mandó que no se tocara cosa de todas ellas, y así se hizo. «La hierba era grande, como en el Andalucía en Abril y Mayo, y muchas las verdolagas y bledos.»

Tornóse luego á la barca y anduvo río arriba un buen rato, sintiendo gran placer al contemplar tantas verduras y arboledas y oír el canto de tantas aves, hasta el punto de que le fué difícil «dejallas para se volver».

Aún creía en aquel momento que era Cipango, y declaraba á sus acompañantes:

—Es la isla más hermosa que ojos hayan visto.

«La mar se mostraba tan tranquila, que parecía que nunca se debía de alzar, porque la hierba de la playa llegaba hasta casi el agua, lo cual no suele suceder donde la mar es brava.»

Los indios que llevaba de la isla de Guanahaní, con los cuales aún no le era posible entenderse, sirviéndole únicamente de farautes para anunciar á gritos á los indígenas de las otras islas que los hombres blancos no hacían daño á los de color, explicaron al Almirante por medio de señas que los ríos eran muy numerosos en esta tierra, y tal la extensión de sus costas, que las canoas de los indígenas no la podían cercar, aunque navegasen muchísimos días.

Este último dato afirmó la convicción de don Cristóbal de que Cuba no era isla, sino brazo de la tierra firme. Aseguraban también los indígenas que en dicha tierra eran muchas las minas de oro y las pesquerías de perlas, creyendo el Almirante en la riqueza perlífera de Cuba al ver tanta almeja nacarada en sus costas.

Habiendo oro y perlas, le pareció indudable que allí venían todos los años los hermosos navíos del Gran Kan para llevarse tales riquezas, lo mismo que las flotas del rey Salomón iban á Ofir en tiempos remotos. El viaje no debía ser largo. Según sus cálculos, de allí á la tierra firme, ó sea al Asia, habría una navegación de diez días cuando más. ¡Y estaba en realidad en una bahía del Norte de Cuba al afirmar á los suyos que sólo se hallaban separados por diez singladuras de las costas de la China!

Los indígenas recibían de Colón un nombre genérico, con arreglo á su geografía quimérica. Estas tierras recién descubiertas eran el Oriente de Asia, eran las Indias, pues durante muchos siglos la extrema Asia y las Indias fueron una misma cosa. Por tal razón los hombres cobrizos y mansos que poblaban este paraíso esplendoroso y pobre recibieron el nombre de «indios», quedándoles para siempre, como un bautizo histórico, este apelativo falso y disparatado, y los verdaderos indios de Asia han pasado á ser indostánicos ó indúes, para evitar confusiones.

Iban las tres naves navegando por la costa de Cuba, deteniéndose en las ensenadas y desembocaduras de los ríos, allí donde notaban un grupo de chozas. Sus bateles bogaban hasta dichas poblaciones «por haber lengua», y sus tripulantes encontraban unas veces indios con quienes hablar, mientras en otros lugares huían hombres, mujeres y criaturas, desamparando sus viviendas.

Estas chozas eran más grandes y espaciosas que las encontradas en las primeras islas, y el Almirante afirmaba que cuanto más se allegase á la tierra firme serían mejores. Estaban hechas á manera de alfaneques—así eran llamadas en España las tiendas de los guerreros—y hallábanse esparcidas como las de un real ó campamento, «sin concierto de calles, una acá y otra acullá, y dentro muy barridas y limpias, con sus aderezos muy compuestos. Todas eran de ramas de palma muy hermosas».

Los marineros hallaban en ellas «estatuas en figura de mujeres y muchas cabezas en manera de carantoña ó mascarillas, muy bien labradas», no sabiendo Colón si esto lo tenían por hermosear sus viviendas ó como imágenes á las que prestaban adoración.

Encontraban también «perros que jamás ladraban, avecitas salvajes recién amansadas, que se paseaban por el interior de estas chozas enormes, de techo cónico, y maravillosos aderezos de redes, anzuelos y otros artificios de pescar», lo que hizo creer á Colón que todos los de la costa debían ser pescadores que llevaban el pescado tierra adentro, á otras poblaciones más importantes.

Siempre eran muchos los árboles y las frutas de maravilloso sabor. Aves y pajaritos se mostraban en prolí-

fica abundancia, y el cantar de los grillos resultaba incesante toda la noche. «Los aires sabrosos y dulces, ni fríos ni calientes, y la mar tan mansa como el río de Sevilla, con el agua muy aparejada para criar perlas.»

Esta mansedumbre de las aguas marinas, siempre azules, la consideraba Colón interminable. No había visto aún las tempestades y los ciclones del mar de las Antillas.

La falta de comunicación verbal entre los descubridores y los indios tomados en las primeras islas, especialmente en Guanahaní, iba creando los mayores errores y desorientaciones en el curso del viaje. Al doblar un cabo cubierto de palmares, al que Colón dió el nombre de cabo de Palmas, los indios que iban en la *Pinta* anunciaron que detrás de dicho cabo había un río, el actual río Máximo, y de allí á Cuba cuatro jornadas. Con esto entendió Martín Alonso, y luego el Almirante, que Cuba no era nombre de tierra, sino de una gran ciudad, su capital, y que el rey del país sostenía guerra con el Gran Kan, al cual llamaban los indios Kami y á la ciudad en que residía Fava, levantándose sobre estos balbuceos de los indios y las faltas de comprensión de los descubridores todo un edificio de disparates.

Determinó inmediatamente el Almirante anclar en dicho río y enviar un presente al rey de la tierra, con la carta que le habían dado los monarcas españoles escrita en latín, acreditándolo como su embajador ante el Gran Kan y demás soberanos de Asia que encontrase en su viaje.

Contaba para tal embajada con Luis de Torres, el judío de Murcia, gran intérprete de la expedición, y con un marinero de Ayamonte, cerca de Huelva, llamado Rodrigo de Jerez. Este marinero no sabía idiomas como Torres, pero era expertísimo en embajadas, por haber navegado mucho por las costas de Guinea, enviándolo sus capitanes al interior para tratar con los reyezuelos negros en sus *krales* de chozas cónicas, cuyas empalizadas tenían como adorno muchas cabezas cortadas de enemigos. Esto era indudablemente una preparación para ir á saludar al Gran Kan en sus palacios de oro y mármol de Cambalú (Pekín) y de otras ciudades de millones de habitantes.

Torres sabía más que él. Hablaba el hebreo, lengua de sus mayores, el caldeo y algo del arábigo, idiomas todos de discutible utilidad para ser intérprete en el Japón y la China.

Pensaba Colón ir al encuentro del Gran Kan así que volviesen estos dos embajadores, visitando las enormes ciudades del Catay, que presentía muy cerca.

Cuando después de barloventear durante un día entero, por ser los vientos adversos, pudo aproximarse á la costa el 1.º de Noviembre, envió el Almirante dos bateles á un lugar donde se veían casas; pero los marineros hallaron que toda la gente era huída, y pasó mucho tiempo sin que apareciese ningún indio.

Volvieron los bateles á las naves, y después de haber comido sus tripulantes, regresaron á tierra, pero llevando ahora á uno de los indios que les servían de fauantes en sus desembarcos. Este, al saltar á la playa empezó á dar grandes voces, manifestando á los indígenas ocultos que no hubiesen miedo, porque los hombres blancos eran buena gente, no hacían mal á nadie y no estaban al servicio de su tirano el Gran Kan; antes daban de lo suyo en las muchas islas donde habían estado.

Salieron dos indios de sus escondrijos, y tomando en brazos á este hombre de su mismo color, lo llevaron hasta una casa donde estaban congregados los varones más importantes del pueblo, para escucharle. Como resultado de dicha conferencia surgieron de los recovecos de la costa unas diez y seis canoas cargadas de hombres, que fueron hasta las tres naves de los blancos.

Ofrecían, como siempre, algodón hilado «y otras cosillas»; pero los marineros estaban hartos de tales presentes y el Almirante sólo se preocupaba de saber si tenían oro, al que ellos llamaban *nukay*. Durante el resto del día vinieron de tierra á los navíos gran cantidad de canoas, y los cristianos, por su parte, desembarcaron en la costa muy seguramente.

Por medio de señas dieron á entender los indígenas—ó á lo menos así lo creyeron Colón y las personas más importantes de la flotilla—que antes de tres días vendrían muchos mercaderes de tierra adentro á comprar las cosas que llevaban los hombres blancos, y les traerían

mensajes del rey de aquella tierra, que vivía á unas cuatro jornadas en el interior.

La docilidad de los indios ante estos hombres blancos salidos del mar, que les parecían poderosísimos hechiceros, su facilidad para la imitación y su portentosa memoria, que les permitía repetir inmediatamente las palabras sin entender su sentido, eran interpretados por el Almirante y otros de la armada como una predisposición natural á recibir las verdades del cristianismo.

Se entretenían los marineros con los indios recitándoles la Salve y el Avemaría, con las manos levantadas hacia el cielo, é inmediatamente los hombres cobrizos aprendían dichas plegarias, imitando el mismo gesto orante y trazando la señal de la cruz, lo que hacía creer á Colón que estas gentes eran «sin ninguna secta, y resultaría fácil hacer de ellas buenos cristianos».

La lengua era la misma en todas las islas, y los hombres tomados en Guanahaní se entendían bien con los de Cuba. Lo difícil y penoso era que todos ellos se entendiesen con los blancos, pues esto sólo ocurría muy contadas veces.

Como siempre estamos propensos á entender en los demás aquello que llevamos en nuestro pensamiento, Colón encontraba al Gran Kan y á sus opulentas provincias en los relatos que le hacían los indios con palabras ininteligibles. Ahora iba descubriendo que al Gran Kan lo titulaban las gentes de esta tierra Kavila, y á la provincia donde solía estar con más frecuencia la llamaban Bafan.

Pinzón y otros le oían silenciosos, no osando discutir toda esta geografía asiática que el Almirante había aprendido en libros no leídos por ellos. Martín Alonso fruncía el ceño algunas veces, como si en su pensamiento sintiese el pinchazo de la duda al comparar la vida simple de estos hombres con los esplendores orientales que esperaba encontrar el Almirante de un momento á otro.

—Siempre gentes desnudas—decía Martín Alonso—. Ni una ciudad, ni un edificio de piedra, ni animales de carga, ni rebaños, ni buques grandes. ¿Dónde están los elefantes? ¿Dónde la caballería del Gran Kan?...

Y estas dudas de su segundo, adivinadas por el Al-

mirante más que oídas, servían para ir ensanchando la separación abierta entre los dos.

Hasta en sus épocas de mayor miseria se había mostrado don Cristóbal enojadizo y soberbio con los que se permitían discutir sus observaciones. Únicamente la necesidad de ganarse el afecto de los que podían protegerle conseguía templar su genio, medir y dulcificar sus palabras con forzada amabilidad, hablando despacio para no traicionarse á sí mismo, revelando su verdadero carácter.

Ahora que se consideraba triunfador, en plena posesión de todos sus honores y preeminencias, no tenía por qué contenerse y empezaba á mostrar una superioridad desdeñosa y soberbia con todos los que estaban sometidos á sus órdenes.

A su maestre Juan de la Cosa lo odiaba, por ser el que vivía más inmediato á él. Le pareció irritante que un simple piloto se tomase la libertad de pensar á su modo, con insolente independencia, no queriendo limitarse á ser un pobre subordinado. Consideraba casi un robo que Juan de la Cosa tomase notas en el curso del viaje y fijara las bases de una futura carta de navegar, por creer él que esta ruta de las Indias debía quedar como un secreto de su absoluta pertenencia. Por algo lo había hecho Almirante de la mar Océana y virrey de las tierras que descubriese.

A los Pinzones, aunque los veía con menos frecuencia, tal vez los miraba con mayor encono.

Ciertos caracteres recelosos y absorbentes tienen como un tormento el recuerdo de las mercedes que recibieron, y á semejanza del vino que se hace agrio en los odres viejos, la antigua gratitud se va transformando dentro de ellos en antipatía.

Esta armada descubridora no era en realidad una expedición militar. Los reyes sólo habían contribuido á una parte de su costo. Sin el auxilio pecuniario y personal de los Pinzones no habría zarpado nunca de Palos. Era una expedición comercial organizada libremente por gentes de mar. Los marineros se habían inscrito voluntariamente, los más de ellos por amistad con el señor Martín Alonso.

Colón y Pinzón, aunque para las necesidades del servicio y las exigencias de la disciplina fuesen el uno almirante y el otro capitán, eran en realidad dos socios, poniendo en la empresa mucho más el segundo que el primero. Pero á partir del día en que desembarcaron con sus banderas en Guanahaní, Colón había cambiado sus tratos con la gente de la flotilla de un modo rudo y absoluto. Era el almirante, y no podía sufrir que sus dos capitanes le consultasen como á un compañero ó discutieran sus disposiciones para la navegación, basándose en que durante el viaje había solicitado él más de una vez sus consejos de pilotos de larga experiencia.

Ahora lo sabía todo, y resultaba para él una falta de respeto que los socios de semanas antes acogiesen con la más leve observación sus órdenes autoritarias. El viaje era una expedición de guerra y la flotilla una armada real. Ya no había compañeros de negocio, y todos debían estar pendientes de su palabra indiscutible, significando la menor objeción una falta de disciplina.

Su orgullo incurrió en extravagantes incongruencias. Se extrañaba de que los Pinzones le siguiesen hablando con el mismo tono de antes, afables, pero con la confianza de hombres que arriesgan juntos vida y fortuna en la realización de un descubrimiento geográfico y comercial. Y para cortar esta familiaridad, se mostraba cada vez más duro en su voz, más conciso en sus palabras, más ceñudo de rostro al hablar con los de aquella familia de Palos y de Moguer que habían sido y continuaban siendo el alma marina de la expedición.

Martín Alonso bajaba á tierra como explorador, menos contemplativo y más práctico que el Almirante. Mientras éste en su batel remontaba el río ó desembarcaba para internarse en los bosques, admirando las grandes arboledas, frescas y odoríferas, y escuchando los cantos de las aves, especialmente del ruiseñor del país, llamado sinsonete, el capitán de la *Pinta* iba de un lado á otro en busca de las especias asiáticas, sin las cuales la expedición resultaría un mal negocio, pues empezaba á no contar con el oro.

El viernes 2 de Noviembre partieron los dos embajadores enviados por el Almirante al «gran rey» residente en el interior. Con Luis de Torres y Rodrigo de Jerez

fueron como guías dos indios, uno de los que traía Colón desde Guanahaní y otro de aquellas chozas inmediatas al río en cuya desembocadura estaban anclados.

Les dió el Almirante como moneda sartas de cuentas para comprar de comer si les faltaba, concediéndoles seis días de término para que volviesen. También les entregó muestras de especiería, que podrían servirles como materia de comparación si topaban en su viaje con materias iguales á ellas. Como no le preocupaba menos la parte política de la expedición, les dió instrucciones de cómo debían preguntar por el rey de aquella tierra y cómo habían de hablarle cuando llegasen á su presencia, entregándole un presente y mostrando la carta en latín que acreditaba á don Cristóbal Colón como embajador de Sus Altezas en todas las tierras del otro lado de la mar Océana.

Recomendó finalmente al judío políglota de Murcia y al marinero de Ayamonte, explorador de la costa de Guinea, que usasen de gran diplomacia para saber con certeza si el soberano indio con el que iban á hablar era aliado del Gran Kan ó enemigo de él, procediendo en sus pláticas con arreglo á dicho informe.

Después que se alejaron los dos embajadores, tomó el Almirante en la misma noche la altura con un cuadrante, hallando por su cuenta que había marchado desde la isla de Hierro mil ciento cuarenta y dos leguas—en realidad eran mil ciento cinco—y que el lugar donde se hallaba, ó sea Cuba, no era isla, sino tierra firme.

Sobre esto último mostraba Colón una absoluta seguridad. El suelo que pisaba pertenecía á Asia. Tal vez era una provincia lejana y poco civilizada de los reinos del Gran Kan, á la que sólo de tarde en tarde iban sus mercaderes y sus capitanes de nao.

Los indios venían hablándole de una isla que al principio llamaban Bohío. Realmente eran los españoles los que se equivocaban, pues al oír cómo repetían los indígenas el nombre de «bohío», que es el que en aquellas islas daban á las casas, creyeron que era el nombre de una isla. Después fueron entendiendo que el verdadero nombre de dicha isla era Babeque (aludían á la isla de Haití, llamada después la Española).

En Babeque había oro infinito y perlas. Algunos viejos indígenas de esta bahía cubana en la que se hallaban anclados afirmaron que todos los habitantes de Babeque, hombres y mujeres, llevaban oro al cuello, en las orejas, brazos y piernas, y también muchas sartas de perlas. Y al relatar estas particularidades de aquella isla de inmensas riquezas, señalaban hacia el Sudeste, casi la dirección que los españoles habían seguido viniendo de las Canarias.

Colón creyó ver que una nueva luz, con la esplendor de la verdad, aclaraba sus concepciones geográficas.

Babeque era indudablemente la isla de Cipango, que ellos habían dejado á sus espaldas antes de llegar á estas costas de la tierra firme pertenecientes al Asia del Gran Kan.

Había que poner las proas de sus naves como si emprendiesen el viaje de regreso á España.

Ya sabían dónde estaba Cipango «la de las tejas de oro», y convenía ir cuanto antes á dicha isla, dejando para más adelante la exploración de la tierra firme.

De cómo Lucero se mareó en tierra tomando sahumeros por la boca con un fizón encendido, y ella y Fernando repitieron los primeros gestos de Adán y Eva.

Mientras los dos hombres blancos caminaban hacia el interior como embajadores del Almirante, procuró éste aprovechar el anclaje en aquella especie de gran lago que formaba el río en su desembocadura, puerto singularísimo, muy hondo y limpio de piedras, con buena playa para poner los navíos á monte.

Entró con su flota por este estuario, hasta donde el agua fuese dulce, y al desembarcar subió á un montecillo para descubrir algo de los alrededores, no pudiendo ver gran cosa á causa de lo tupidos y abundantes que eran los bosques, todos ellos muy frescos y odoríferos. Un perfume de hierbas aromáticas impregnaba el ambiente, y los cantos de los pájaros hacían vibrar de sol á sol las verdes profundidades de la arboleda.

Acudían los indígenas en almadías y canoas para obtener cascabeles y ramalillos de cuentas á cambio del eterno «algodón filado» y redes en las que dormían, llamadas hamacas.

El domingo 4 de Noviembre, así que amaneció, entróse el Almirante en su batel para ir á tierra y cazar á ballestazos algunas de aquellas aves que le habían deleitado con sus cantos el día antes.

Martín Alonso Pinzón, lanza en mano, exploraba la floresta para descubrir riquezas utilizables, y al poco rato fué en busca de Colón dando gritos:

—¡Canela... canela!

Llevaba Pinzón en una mano dos varillas que tenía por canela, en vista de que un marinero de la *Pinta*, que era portugués y había navegado por las costas de Africa, hacía tal afirmación, habiendo tomado dichas varillas á un indio que traía dos manojos de éstas muy grandes. El contramaestre de la *Pinta* afirmó, por su parte, que había visto en la selva varios árboles de canela. La obsesión de las especias asiáticas les hacía suponer su existencia en todo árbol de forma desconocida y fuertes perfumes.

Marchó el Almirante con todos ellos á examinar dichos árboles, imaginándose haber topado al fin con una verdadera riqueza. Pero no tardaron en convencerse de que el valioso hallazgo era pura ilusión. Enseñaron á unos indígenas muestras de canela y pimienta traídas de Sevilla, y ellos hicieron lo de siempre. No se extrañaban de nada que pudieran mostrarles. Todo lo tenían en su tierra y en enormes cantidades, pero más lejos, siempre más lejos, señalando al Este.

Por ser domingo, la gente de la armada hizo fiesta, bajando á ver la tierra. Al día siguiente, lunes, pararían la nao y las dos carabelas en la playa para limpiar sus fondos. Por precaución, dió el Almirante la orden de que no se hiciese á la vez la varadura de los tres navíos, quedando siempre dos en el agua para mayor seguridad, por si sobrevenia un ataque, «aunque esta gente—decía—es muy segura y sin temor se podrían poner los navíos juntos á monte».

Fué este domingo el mejor día de toda la navegación para Lucero y Fernando Cuevas. Por primera vez pudieron bajar á tierra juntos.

Habían desembarcado en las primeras islas descubiertas, pero siempre separadamente. El paje seguía al Almirante algunas veces en el batel de la nao, admirando desde el agua los bosques que orlaban las orillas de fondeaderos y ríos, ó dando, cuando más, un breve paseo detrás de su señor. Le infundían cierta inquietud estas tierras, tan distintas á las que había visto hasta entonces, pobladas de gentes extrañas ó desiertas y con un silencio profundo á veces más inquietante que el estrépito monótono y continuo de los mil ruidos de la Natu-

raleza en libertad, respirando y renovándose sin descanso. Don Cristóbal sólo tenía ojos y atención para observar el paisaje, y el delicado servidor tenía que pensar en su propia defensa, mientras llevaba la ballesta ó la lanza de su amo y un saquillo conteniendo las muestras de especiería traídas de España.

Fernando Cuevas había ido más adentro en sus exploraciones, agregado á un grupo de marineros de la *Santa María*. Saltaban del batel, metiéndose en aquellos pueblos de indios, que no eran mas que unos cuantos alfaneques ó bohíos esparcidos en desorden, cuyos techos cónicos estaban terminados por una especie de humero (chimenea), aunque en realidad no era mas que el remate natural de los haces de paja puestos en pendiente. Unas veces huían los indios á su aproximación y en vano les gritaban con tono amistoso, pues tales voces parecían espolearlos en su fuga. En otros lugares, gracias á los indios venidos en la armada que servían de intérpretes por señas y de pacificadores por medio de su lengua, se establecía relación entre los blancos y los cobrizos, empezando inmediatamente la eterna compra de algodón hilado y otras cosillas, así como loros y papagayos, á cambio de cascabeles y ramalillos de cuentas.

En estas viviendas indígenas comían el pan del país, llamado «cazabe», otros tubérculos propios de aquella tierra, y el panizo ó maíz tostado, dando en cambio el duro bizcocho marinero untado de melaza, manjar celestial digno de los poderosos hechiceros salidos del Océano.

Nunca volvía Cuevas de tales expediciones sin llevar al paje del Almirante un puñado de flores extrañas y de intenso perfume, recogidas en la selva, ó una hamaca teñida, para que la acomodase por la noche en su aposento del alcázar de popa, lecho movedizo, preferible al de los almadraques durante las noches calurosas del trópico, y que desaparecía á los primeros rayos del sol, quedando arrollado en un rincón como una serpiente de escamas multicolores. También le había traído al principio de cada excursión un ave azul, roja, verde, papagayo ó loro, pero ya no juzgaba prudente regalar más pájaros de tal especie. ¡Eran tantos!... No había un hombre á bordo de la *Santa María* y de las dos carabelas que no

fuese propietario de dos ó tres de tales aves. Gritaban á todas horas marchando por los dos alcázares y por el combés, como si tomasen posesión de este pequeño mundo flotante; se colocaban en equilibrio fuera del casco, sobre las bocas de las bombardas y pasavolantes; subían á saltos por las escalas de cuerdas de la arboladura, y desde las vergas ó en lo más alto de los mástiles, gritaban y gritaban, mirando las arboledas de la costa cercana, como si hiciesen presente su ascensión y su orgullo desde esta selva flotante á sus congéneres sedentarios que se mantenían en las selvas terrestres.

Este domingo, al poder desembarcar juntos los dos pajes, creyeron ver la nueva tierra más esplendorosa. Todos los de la armada habían olvidado las zozobras, resentimientos y amarguras de la travesía del Océano, después de ser descubierta la primera isla. La pobre Guanahaní, al surgir de las tinieblas marinas bajo los primeros rayos del sol, parecía haber partido la historia de todas aquellas gentes, dejando á un lado el pesimismo y el odio, para que no encontrasen en el opuesto mas que optimismo y esperanza. El Almirante era el único que había sentido de modo distinto esta aparición divisoria.

Bajo la influencia del optimismo general había olvidado el paje Cuevas al señor Pero Gutiérrez y sus propósitos de venganza. El antiguo repostero tampoco parecía acordarse de los golpes que había dado al joven aquella noche y pasaba junto á él como si no le viese. Por el momento, las cosas que iba viendo en la tierra descubierta tenían para él mayor interés que las personas. Le preocupaba la suerte de su dinero; era un socio de la expedición, aunque más modesto que los Pinzones, y se adelantaba solo, explorando los bohíos y los lugares de la selva más inmediatas á la costa, para examinar los árboles, calculando la posible explotación de sus frutos, gomas y savias, y también los adornos de los indígenas, esperando encontrar en ellos perlas y oro.

Cuando los dos pajes avanzaron por las riberas del estuario cubano, vieron á un grupo de marineros procedentes de las dos carabelas que intentaban sostener pláticas con unos indios viejos, pintados de rojo y blanco, sin más ropa que unas redecillas de algodón que ocul-

taban sus vergüenzas, y con el cabello cerdoso anudado sobre el cogote en forma de cola y recortado en cerquillo sobre los ojos.

Otro indio de los de Guanahaní hablaba con los españoles, intentando expresar por medio de señas y la media docena de palabras que llevaba aprendidas todo lo que decían estos patriarcas. Seguían hablando de las riquezas de la isla de Babeque, señalando á lo lejos, siempre á lo lejos, como si dicha isla fuese semejante á las otras tierras fantásticas, inmediatas á las Canarias, á Madera y las Azores, que se dejaban ver para alejarse y perderse luego en las inmensidades oceánicas según se avanzaba hacia ellas. Las señas y palabras sueltas del intérprete iban dando á entender que por aquella parte había hombres que sólo tenían un ojo, y otros con hocico de perro, «los cuales comían á los otros hombres, y en tomando uno, lo primero que procuraban era degollarlo para beberle la sangre y cortarle su natura, regalándose con ella».

Fueron los dos jóvenes hacia otro grupo que observaba en silencio los inmediatos bohíos. Lo componían grumetes y pajes, atraídos por la desnudez de las indias. Las casadas jóvenes y las matronas ocultaban el sexo con unas pequeñas bragas hechas de algodón. Las mozas mostraban por entero la desnudez de sus cuerpos siempre ágiles y esbeltos. No podían ser de otro modo entre gentes que practicaban el infanticidio, la selección por la muerte, destruyendo todos los nacidos de salud débil y formas imperfectas.

La juventud de las carabelas, excitada por esta desnudez, ofrecía desde lejos cuentas de vidrio, pedazos de cristal que podían servir de espejo, botones dorados, pequeños clavos, y las beldades cobrizas de gruesa y aceitosa cabellera mostraban al sonreír sus dientes puntia-gudos, profiriendo palabras que los otros tomaban como una invitación para que se acercasen. Era perturbador el espectáculo de estas carnes desnudas, aunque fuesen pintarrajeadas, para unos hombres procedentes de países donde la desnudez era pecado y las mujeres hasta prolongaban sus vestidos más allá del cuerpo, llevando largas colas de tela detrás de sus manos y detrás de sus

pies. Ya que no habían visto aún al Gran Kan ni tropezado con sus inmensas riquezas, paladeaban los encantos de esta sencillez paradisíaca, infancia de la humanidad, sin tuyo ni mío, sin leyes y sin guerras...

Algunas veces, el grito bronco de un indígena, padre ó hermano, hacía correr y ocultarse á estas beldades cobrizas. Generalmente se formaban parejas á pesar del obstáculo de la falta de comprensión y desaparecían en la selva, pasando el varón blanco un brazo por el talle ágil de la hembra, que parecía olvidada de su acompañante, concentrando toda su vida en sonreír á su propia imagen reflejada en el pedazo de vidrio, ó en admirar sobre las magnolias rojizas de sus pechos la curva del collarajo de granos vidriados.

Un grupo de marineros, del cual surgían penachos de humo sutil, claro y azul, atrajo á los dos pajes. Parecía que en el interior del corro se estuviese celebrando una ceremonia religiosa, una quema de presentes, en homenaje á divinidades desconocidas.

Vieron sentados en el suelo á varios indios con sus mujeres, todos con un tizón en una mano, compuesto de hierbas enrolladas, que llevaban á la boca, aspirando sus sahumeros. A partir del descubrimiento de Guanahaní, el Almirante y muchos de los suyos se fijaron en unas hierbas secas que llevaban en sus piraguas los viajeros indios que habían encontrado de isla á isla. No podían comprender el uso de dichas hojas acartonadas, creyéndolas comestibles no obstante su fuerte olor, que hacía toser y lloriquear á los blancos. Fué en este fondeadero de Cuba donde vieron arder por primera vez estos tizones de hierbas, llamados «tabacos», y sintieron la curiosidad de aspirar su humo.

Marineros y grumetes daban varias chupadas á uno de los tizones ofrecidos por los indios, acabando por repelerlo entre toses y náuseas. Otros, habituados ya al sahumero bucal, insistían en él, celebrando con grandes risas su graciosa hazaña, buena por una vez.

Ninguno de ellos podía sospechar que este uso de unos pobres y olvidados vasallos del Gran Kan, que ni siquiera iban vestidos, se esparciría por el mundo entero, siendo el más universal y admitido de los vicios.

Fernando Cuevas también quiso aspirar uno de aquellos tizones de hierba seca que expelfan humo azulado. Le placía igualarse, en presencia del otro paje, con los marineros más broncos y brutales de la nao, é hizo esfuerzos por contener sus toses y arqueos de extrañeza al tragar los primeros sahumeros. Gracias á tal esfuerzo de voluntad fué encontrando cierto deleite adormecedor á estas aspiraciones de humo terriblemente oloroso.

Se habían alejado los dos, yendo á sentarse entre los primeros árboles de la selva inmediata, y al verse en relativo apartamiento, Lucero sintió la femenil curiosidad de probar el gusto de aquel tizón que conservaba Fernando. Tosió á las primeras chupadas, derramando lágrimas; pero la insistencia de Cuevas, que parecía entusiasmado por este entretenimiento, le hizo buscar otra vez la caricia del humo, descendiendo por su garganta como un arañazo cruel y cosquilleante al mismo tiempo. Las dos bocas fueron repartiéndose los sahumeros, pero antes de que el rollo de hierba se consumiese, Lucero, intensamente pálida, cerró los ojos y apoyó su frente en un hombro de Cuevas.

Le rodaba la cabeza, según sus propias palabras, lo mismo que el primer día de navegación, cuando se sintió almadiada, conociendo las angustias del mareo. Fernando también sufría cierto desorden en el estómago y la cabeza á causa de dichos sahumeros, y los dos pajes, renunciando á todo paseo por las inmediaciones, permanecieron sentados y apoyándose mutuamente, cual si estuviesen dormidos, pero dándose cuenta de lo que les rodeaba, hasta que cerró la noche y se metieron en el batel para volver á la nao.

A la mañana siguiente la *Santa María* fué puesta á monte, ocupándose toda su tripulación y una parte de la marinería de las otras carabelas en limpiar sus fondos y calafatear las juntas del casco. La nave estaba medio acostada en aquella playa de arena finísima, moviéndose los limpiadores en torno á su panza para arrancar las hierbas adheridas á las tablas durante la navegación oceánica y recubrir éstas con una capa de brea. Ardía el fogón, haciendo hervir los calderos de dicha materia negra, cuya hediondez parecía absorber y anular

los perfumes de la selva inmediata. Los grumetes llevaban en grandes cucharones el ardiente betún, dejándolo caer sobre las tablas rascadas poco antes.

Lucero, como paje del Almitante, estaba libre de trabajo. Don Cristóbal, ocupado en vigilar el repaso de los fondos de su nao, prescindía este lunes de sus paseos tierra adentro. Fernando Cuevas se había librado también del trabajo de calafatear.

Maestre Diego, el botánico, que apreciaba su inteligencia y su buen deseo, haciendo elogios de las plantas y flores que sometía siempre á su examen al volver de tierra, había pedido al Almirante que dejara libre de servicio á este paje de escoba, para que herborizase durante la jornada en aquellas selvas misteriosas.

Pasaron los dos jóvenes entre los bohíos de la orilla, sumiéndose en la penumbra verde de la arboleda tropical. Les pareció la selva más grande y misteriosa que el día anterior. Ahora no había españoles en sus linderos. Los indios habían desaparecido igualmente. Toda la gente quedaba atrás, en las orillas del estuario, en torno á la nave varada y frente á las carabelas que esperaban su turno para ser puestas á monte.

Tierra adentro la vida humana parecía extinguirse, aplastada por las agitaciones de la vida animal y la inmensa respiración de los seres vegetales. Avanzaron de sorpresa en sorpresa por este enmarañamiento de plantas bajas y floridas ó de árboles altísimos, uniéndose ambos elementos extremos de la selva por la mediación de vastísimas cortinas de lianas. A trechos, entre las columnatas de troncos, veían brillar el Océano libre, más allá de la desembocadura del río. Esta lámina azul tomaba cerca de la costa, por obra de los contrastes de la luz y la sombra, reflejos de ópalo y de rosa, el color irizado de una inmensa madreperla.

Los peñascos de la costa, brillantes de humedad, parecían de cobre puro, manteniéndolos sujetos, á flor de agua, ajorcas enormes de conchas abiertas y largas cabelleras verdes. Otros de estos cayos parecían cabezas coronadas con una alta y flotante diadema de plantas acuáticas, bajo cuya sombra se movían, como las luces de un chisporroteo, enjambres de peces, oro, rosa y ber-

mellón. Cerca de la desembocadura del río, los grupos de cañas bravas se cimbreaban, avanzando en la arena hasta hundir sus raíces en unas aguas entre marinas y fluviales.

Tenían que abrirse paso violentamente, como si perforasen un muro, á través de barreras de lianas cubiertas de flores, cargadas de invisible y rumorosa vida animal.

Fernando llevaba un cuchillo prestado por un grumete de la nao, y gracias á sus cortes y á los fuertes tirones de sus brazos iba abriendo ventanas en este tejido vegetal, deslizándose por ellas con su acompañante. Cada una de estas perforaciones esparcía en torno de los dos un escape ruidoso de insectos asustados, haciendo brillar los colores de gemas preciosas de sus corazas, verdes como las esmeraldas, rosados como los rubíes ó con el tono suave de las turquesas y los zafiros. Enormes mariposas aleteaban como flores volantes. Otras flores fijas, orquídeas de formas raras, mostraban una vida animal y feroz, abriendo traidoramente sus pétalos para atraer á los insectos y cerrarlos sobre ellos, asimilándose hasta convertirlos en nuevos colores y perfumes después de la carnívora digestión.

Papagayos y loros asustaban á los pajes con sus ruidosos vuelos que estremecían la selva, yendo á posarse algunos árboles más allá para continuar la charla de sus voces casi humanas. Junto á estas aves pintarrajeadas de la selva tropical se movían con graciosos saltos ó ligeros vuelos los colibríes y los pájaros-mosca, joyas con alas cubiertas de plumajes, finos y multicolores como las sederías chinescas. Los gatos monillos marchaban á cuatro patas por las ramas horizontales, tomando la posición vertical para arrojar una lluvia de frutos secos. Cantaban las cigarras y los grillos como si ambos pajes estuviesen en los campos de su país, en plena primavera, á pesar de que iban á empezar aquí los meses del invierno.

Esta Naturaleza juvenil y esplendorosa era aún pobre en frutos. Las dos riquezas vegetales del trópico, el azúcar y el café, no las conocía aún. Los españoles iban á traer de Andalucía la caña de azúcar algunos años después, y el café mucho más tarde.

Tampoco había recibido su mejor fruto alimenticio, el plátano ó banana. Fué un fraile español, el padre Tomás Berlanga, futuro obispo de Tierra Firme, ó sea Panamá, quien lo llevó á Santo Domingo desde la Gran Canaria en 1516, veinticuatro años después del primer viaje de descubrimiento. Y los bananos de las islas Canarias eran hijos de los de Almería, en el reino de Granada, los cuales, á su vez, habían sido traídos de Asia por los moros españoles.

En la selva virgen no veían los dos jóvenes otros frutos que los llamados por los indígenas ñames y mameys, y los cocos.

Este último nombre era reciente y de invención española. Los descubridores se habían fijado en los tres redondeles que tenía este fruto en uno de los extremos de su cáscara, semejantes á los ojos y la boca de un mono. Era un mono que hacía gestos, que «coqueaba», según la antigua palabra española, no terroríficamente como lo hace el «coco» ú ogro que asusta á los niños, sino grotescamente, como puede hacerlo un simio, y el fruto, con su carita que hacía «cocos», acababa finalmente por ser llamado coco, nombre que ha pasado á casi todos los idiomas de la tierra.

Buscaba Fernando piedras entre la hierba para derribar algunos cocos de aquellas palmeras rectas, cuya piel parecía cuero animal, elevándose con la verticalidad de un disparo hacia el cielo para esparcir el surtidor de sus hojas en el aire libre, á pleno sol, más arriba de la sombra dañina proyectada por los otros árboles. Llovían hojas á cada vuelo de las aves, grandes y charlatanas, con pico encorvado, ojos de malicia humana, rojas de cabeza, llevando mantos verdes, amarillos ó azules. Los pájaros menores huían por unos instantes de esta irrupción parlanchina.

En otros lugares de la selva era absoluto el silencio, deteniéndose en sus linderos los papagayos y loros, los insectos zumbadores y hasta las avecillas mudas, que parecían hablar ruidosamente á los ojos con la sedería multicolor de su plumaje.

Todo era verde, silencioso, en estos rincones de vegetación tierna y virgen. Helechos arborescentes se unían

por arriba, formando una bóveda impenetrable á los rayos solares. La luz era verde y difusa. Al avanzar se miraban los dos jóvenes, viéndose con el rostro y las manos lívidos, como si flotasen en el fondo del Océano. La tierra, eternamente húmeda, mojaba sus pies, y esto parecía aumentar la ilusión de que caminaban por un suelo submarino.

En ciertos lugares este rezumamiento de la tierra corría á las hoyas más cercanas, formando lagunas que á su vez se iban cubriendo con una apretada capa vegetal de hojas redondas y duras como escudos, entre las cuales florecían largas azucenas acuáticas. Estas aguas, que parecían muertas para siempre, se abullonaban algunas veces con respiraciones de seres invisibles. Indudablemente en su fondo dormían caimanes y otros bestiones, como decía el Almirante al describir la fauna de las nuevas tierras.

Un rumor de hojas rotas, de hierbas dobladas, hacía detener el paso á los dos jóvenes. Veían deslizarse con lentitud un cable hinchado con motas amarillas, negras y verdes. Eran las culebras bobas de la selva tropical, más temibles por su aspecto que por sus hechos, eternas perseguidoras del insecto, del pájaro, de los reptiles menores, y evitando siempre la proximidad del hombre.

Fernando las conocía por sus anteriores desembarcos. El y un grumete habían muerto á palos á una de estas sierpes en la isla de Samoeto, llevándola á rastras hasta donde estaba el Almirante, el cual dispuso que le arrancasen el cuero y lo salasen para enseñarlo á Sus Altezas cuando regresase á España, con otras muestras animales y vegetales de los nuevos países.

Lucero, á pesar de la confianza de su acompañante, temió seguir avanzando por la selva. Todos los cuentos horroríficos oídos en su niñez, de ogros comedores de carne infantil, ocultos en los bosques, de dragones y de vampiros, resucitaban en su memoria. Repentinamente perdieron para ella todo interés aquellos insectos duramente acorazados de oro verde que Cuevas iba depositando en su gorro, mariposas con las alas empolvadas de colores, frutos de cáscara metálica y dulce pasta interior.

—Vámonos de aquí—suplicó la joven, señalando instintivamente hacia el punto del horizonte donde habían visto media hora antes brillar el mar.

Necesitaba el sol, el aire libre, la libertad visual de la inmensa extensión oceánica, como un prisionero angustiado por el ambiente estrecho de las cuatro paredes que le rodean.

Atravesando la selva en línea recta, rompiendo lianas, haciendo caer sobre sus cabezas una lluvia de hojas, provocando la protesta chillona de papagayos y monos, hundiéndose repentinamente en charcas invisibles hasta la rodilla para retroceder alarmados, mientras por el extremo opuesto escapaban alimañas reptantes con no menos pavor, llegaron á la arboleda lindante con el mar.

Aquí era menos enmarañada la vegetación baja y los árboles frutales más pródigos, por recibir con mayor abundancia la luz del sol.

Se quitaron los dos sus borceguíes húmedos para correr con los pies descalzos por una arena fina, dorada y seca. Luego, en sus jugueteos, fueron hasta la orilla del mar, buscando la fresca caricia de la arena mojada, brillante como un espejo.

Habían salido muy lejos de la boca del río. Esta playa pertenecía al mar libre. Se extendía el agua primeramente tersa, muerta, profundamente cristalina, como si renovasen su nitidez fuentes ocultas. Sin embargo, al gustarla Cuevas con una mano, notó que era salada, lo mismo que la del Océano. Una restinga de peñascos poco visibles, por quedar los más de ellos bajo del nivel acuático, cerraba este vastísimo espacio de mar, inmóvil como un espejo. Una ligera franja de espuma y las cabezas negras con coronas verdes de los contados peñascos emergentes marcaban dicha barrera. Más allá se extendía el mar antillano, el océano tropical, más densamente azul que en la superficie inmediata á la playa, con ligeras ondulaciones, espejeando bajo el sol, repleto de una fuerza vital exuberante y agresiva.

Fernando, que había adquirido durante su navegación una vista de marinero, llegando á descubrir los más pequeños accidentes de la inmensa llanura líquida, notó al otro lado de la restinga ciertas negruras veloces que

hacían emerger en sus carreras un pequeño triángulo, á modo de aleta. Eran los tiburones, eternos habitantes de las encrucijadas oceánicas entre tantas islas, terribles y amenazadores mendigos que les habían salido al paso desde que tocaron en Guanahaní, siguiendo todas las evoluciones de la armada descubridora, en espera de que cayese algo de las naos.

Notó el paje que estos vecinos inquietantes, al llegar á la parte exterior de la restinga, retrocedían como si hubiesen hociqueado en un obstáculo insuperable, dejando escapar á las presas que perseguían. Todos los peces menores buscaban el refugio del agua interior deslizándose entre los peñascos, y allí descansaban y procreaban como si fuese un enorme lago artificial construido para su reproducción.

Saltando de uno á otro de los peñascos, medio hundidos en la arena de la orilla, iba admirando Lucero las profundas masas de cristal verdoso, cortado á trechos por los relámpagos de oro y colores que trazaban al pasar los enjambres de peces.

Vió animales cortos y panzudos, casi redondos, con una tonalidad de oro blanquecino, moviendo la hélice bifurcada de su cola. Otros peces eran de oro fuego, de oro madera, de oro limón, de oro verdoso, con una franja de espinas en el lomo y manchas purpúreas ó blancas en los flancos. En ciertos lugares, el agua clarísima parecía aire, siendo preciso arrojar una piedra para que el ensanche de sus círculos denotase por unos instantes su solidez líquida. Abrían las grandes valvas su palacio interior de nácar, moviéndose como una lengua gelatinosa la densa mucosidad que habitaba en su interior. Los pequeños crustáceos aleteaban como los insectos de la selva en torno á conchas y madréporas. Más al interior de este lago marino se movían las medusas, á corta distancia de la superficie, balanceando sus cabezas como sombrillas blancas ribeteadas de rojo ó violeta, yendo de un lado á otro con la natación perforante de su extremidad rematada por varias patas de pulpo inofensivo.

La vista de este edén marítimo despertó en los dos jóvenes nuevos deseos. Habían avanzado á través de la selva misteriosa y verde apoyados uno en otro; pero de

tal modo les impresionaba esta soledad murmurante de árboles, pájaros y bóvedas vegetales, que no se les ocurrió pensar en sus personas, y sólo se besaron una vez. Toda su atención era puramente exterior. Necesitaban vigilar lo que existía en torno á ellos, al mismo tiempo que lo admiraban. Era prudente mantenerse en guardia contra el peligro que parecía acecharlos en esta soledad misteriosa; no incurrir en los descuidos que favorecen la sorpresa.

Aquí, junto á la orilla del mar, sintiéndose ganados nuevamente por la alegría y la confianza, volvieron á buscarse. Se besaron después de sentarse en la arena, al amparo de una piedra que les servía de respaldo, mirando antes en torno inútilmente.

Y al besarse, vecinos al agua, se dieron cuenta por primera vez del abandono y la suciedad en que vivía su juventud hacía muchas semanas.

Fernando, atrevido nadador del Guadalquivir, se había arrojado algunas veces al mar con otros grumetes y pajes de la nao, entreteniéndose así el tedio de su viaje en días que la *Santa María* navegaba poco á causa de calmas momentáneas. Lucero no había conocido en dicho tiempo otros refrescamientos corporales que las abluciones hechas secretamente en un escondrijo del alcázar de popa, para que nadie incurriese en sospechas acerca de su verdadero sexo.

Aquí, la frescura sonriente de la mañana, la eterna juventud de aquel mar, cuyos colores eran semejantes á los de una inmensa cola de pavo real—oro en unas partes, azul de añil en otras, pétalo de rosa, verde de esmeralda, blanco de perla en el resto de su nacarada superficie—, les hizo sentir á los dos vergüenza de sus trajes sucios de marineros y una necesidad vehemente de expeler esta costra de civilizados.

Necesitaban verse en paradisíaca desnudez, lo mismo que los indios, en medio de una Naturaleza inocente, franca y pueril, igual á la de los tiempos anteriores al pecado original de la leyenda bíblica.

El impetuoso Cuevas se desnudó en un momento, cara al mar, lanzándose de cabeza en el agua desde lo alto de un peñasco. A los pocos instantes surgió dando resopli-

dos como un tritón joven, pasándose una mano por la cabellera chorreante, y empezó á bracear, abriendo con su pecho una sucesión de arcos acuáticos que se iban prolongando y perdiendo á sus espaldas.

—¡Ven, ven!—gritó—. El agua está caliente como en un baño de mora.

Se iba quitando el paje del Almirante las prendas de su traje con trémula vacilación, mirando á un lado y á otro. La judía era más grácil de cuerpo que su enamorado, con una flacura propia de su raza, en la que todas las leyes de peso y de volumen preséntanse exageradas, produciendo mujeres extraordinariamente obesas y otras de tan inaudita delgadez que parece incompatible con las exigencias ordinarias de la vida.

Pero esta flacura de mancebo débil, mantenida por las apariencias del traje varonil, se iba borrando con los avances de la desnudez. El delgado paje Lucero tenía en su pecho los abultamientos nacientes de dos capullos carnales, blancos y firmes, y al quitarse sus calzas, las esbeltas y largas piernas, las caderas y los salidizos inmediatos, mostraron unas curvas reducidas y apretadas, incompatibles con la masculinidad, reveladoras del engaño de su vestimenta.

Por esto tal vez, temerosa de ser sorprendida, apenas se despojó de su última prenda interior, imitó á Cuevas. Pero no se arrojó en el agua de cabeza; salió del abrigo de la peña que le había servido de cortinaje mientras se desvestía, y corriendo por la arena, entróse aguas adentro hasta donde le esperaba el otro.

Lanzó gritos de alegría al empezar su natación, luego otros de angustia al notar que ya no tocaba con sus pies la arena, agarrándose á los fuertes hombros de Fernando, enlazándole el cuello con sus brazos como si fuese á besarle, dejándose llevar por el joven, que le iba enseñando la manera de mantenerse sin miedo sobre el agua.

Pasaron cerca de una hora evolucionando por aquel lago cada vez más quieto y cristalino. El sol iba subiendo, ya estaba casi en su cenit, y sus rayos horizontales aclaraban aún más estas aguas inmóviles con su dorada luminosidad. El agua tibia y acariciante permitía pro-

longar la permanencia en este pequeño mar interior, igual por las agitaciones de su exuberante vida interna y por su temperatura á los de los primeros siglos de la existencia humana sobre el planeta.

Al fin salieron á la orilla, y Lucero, familiarizada con su desnudez, no mostró rubor alguno, caminando con la misma seguridad que las indias que había visto el día anterior.

—Tengo hambre, mucha hambre—dijo ella.

Fernando pensaba lo mismo; y guiados por el instinto, atravesaron la faja de arena, empezando á pisar la tierra musgosa para ir hasta un grupo de árboles en el lindero del bosque.

Comieron con una avidez juvenil frutas dulces, de un color de oro mortecino, cuyos nombres ignoraban. Luego bebieron, puestos de bruces, como animalillos, en un arroyuelo que venía tal vez de una charca del interior de la selva, pero era claro y rumoroso, perdiéndose en la arena, sin llegar al mar.

Rieron los dos al ver sus bocas, sus narices y sus ojos en este reguero incesante que apagaba su sed. Sentían renacer dentro de ellos las almas de remotísimos ascendientes anteriores á la Historia. Su juventud y su ignorancia admiraron esta vida de la Naturaleza como un estado perfecto. La selva tenía frutos para su hambre y agua para su sed. El mar del trópico les vestiría, siempre que ellos quisieran, envolviéndolos en una túnica de tibio cristal adornada con madreperlas y peces de oro, inquietos y latidores. ¿Qué más podían desear?

Satisfecha el hambre y la sed, pensaban ahora con desprecio en las ropas de la civilización, groseras é impregnadas de zumos humanos, que les esperaban á la sombra de un peñasco, como una librea de pobreza y disimulo que debían forzosamente revestir.

Se dirigieron hacia un árbol enormísimo, destacado de la selva, que había crecido solo, anulando en torno todo lo que podía rivalizar con él, privándolo del disfrute del sol y de la respiración salina del mar. Había visto sin duda durante siglos y siglos la aparición del sol en la línea oceánica del horizonte y su caída diaria en las abullonadas alturas de la selva. Era su ramaje á modo

de una cúpula que hacía llover de su verde ensamblaje todas las alegrías de la Naturaleza: revoloteos de flores, cantos de pájaros, bocanadas intensas de perfumes. Su savia se escapaba por las cicatrices de su corteza en forma de gomas olorosas, claras como el ámbar. Se extendían sus raíces á largas distancias como lomos de serpientes negras y nudosas, perdiéndose finalmente en el suelo. Estas raigambres gigantescas no permitían en una gran extensión el crecimiento de ninguna planta alta, de ningún árbol nuevo; pero entre sus retorcimientos, la hierba, fresca y menuda, moteada de pequeñas flores, cubría espacios triangulares en forma de taludes, ofreciéndose éstos como lechos de verdes sábanas diariamente renovadas.

Desnudos los dos jóvenes y con el cuerpo brillante aún por la reciente mojadura, fueron á sentarse al pie del gigante, en uno de los declives aterciopelados. Avísada Lucero por un secreto instinto, mostró cierta inquietud al verse debajo del árbol.

—No te sientes—dijo á su compañero—. Marchemos, marchemos.

Pero de la inmensa cúpula vegetal empezaron á descender unos olores que desmayaron su voluntad, tan fuertes eran, y acabó sentándose junto á Fernando, que también parecía dominado por una pereza voluptuosa.

—¿Para qué ir más lejos?... ¿Dónde encontraremos un árbol mejor?...

No podían alejarse de la sombra de sus ramas, enormes brazos protectores. Caían de su cúpula gotas de luz, extendiéndose en el suelo ensombrecido como patenas de oro.

Una tibieza adormecedora de crepúsculo envolvía á los dos jóvenes.

Se besaron, se besaron, se besaron en la infinita libertad de un mundo nuevo. Sus besos ya no eran rápidos y tímidos, sin continuidad y en perpetua alarma, como los que habían cambiado en las posadas de España, llenas de gente, ó en el alcázar de popa de la nao. Estaban solos en un jardín inmenso, separados del resto del mundo por muros que no podían ver, pero indudablemente existían. Una de estas cercas inasaltables era el Océano que tenían

enfrente, y á sus espaldas la selva, antigua como el mundo. ¿Quién podía sorprenderles?...

No les bastaba ya la caricia en el rostro, que era lo que mutuamente habían conocido. Sus bocas se posesionaban de otras partes de su cuerpo que habían vivido ocultas hasta entonces por los ropajes de la civilización. Los dos eran uno, agitándose sobre el lecho de hierba con la inocente tranquilidad de las hermosas bestiecillas, que cumplen las leyes naturales sin conocer remordimiento ni vergüenza.

Solozó Lucero bajo el dolor virginal, precursor á larga distancia de los dolores maternos que renuevan la vida. Influenciados por el ambiente que les rodeaba, por la vecindad del mar, siempre repleto de nuevas existencias, por la respiración de la selva crujiente y rumbosa, en la que se suceden miles de nacimientos en el breve término de cada minuto, repetían el gesto de pasión sin el cual hace millones de años que la vida se habría cortado en nuestro planeta.

El tronco del árbol, grueso como una torre, parecía respirar lo mismo que un pecho, soltando gotas perfumadas por sus poros. Los cubría con sus cien brazos de los ardores del sol meridiano. Sonaba en la espesura el canto melodioso del sinsonte, ruiseñor tropical, como si ya empezase á anoecer, engañado por la penumbra verde de las bóvedas de helechos. Un par de aves parecidas á las tórtolas runruneaban en la cabellera verde del gigante vegetal. Abajo, entre sus raíces semejantes á muros chamuscados, permanecían inmóviles y adormecidos, por el reciente cansancio, los dos cuerpos desnudos.

No oyeron un rumor de arrastre en el lugar donde la selva formaba un istmo, uniéndose al árbol inmenso. Sobre las raíces negras se fué elevando lentamente otra raíz pintarrajeada á pequeños redondeles de colores, luchando con su propia pesadez, moviendo una cabecita final de ojos brillantes y párpados cartilagosos.

Era una de las grandes culebras de la selva, atraída sin duda por las respiraciones jadeantes de aquellos dos cuerpos desnudos que ahora se mostraban abrazados y silenciosos en la inmovilidad del sueño.

Se mantuvo erguida unos momentos, como si fuese la serpiente tentadora de esta pareja edénica. Un ruido extraordinario, diferente á los rumores de la vegetación, hizo contraerse al reptil y desaparecer.

Transcurrieron unos minutos de profundo silencio. Los dos jóvenes seguían en su cansada inmovilidad.

Asomó la cabeza un hombre por detrás del tronco-torre. Luego fué avanzando de raíz en raíz, hasta llegar cerca de la adormecida pareja.

Iba vestido como los hombres blancos. Llevaba espada al costado y una lanza corta le servía de apoyo.

Este varón sólo tuvo ojos para mirar el cuerpo grácil de la joven y sus incipientes y graciosas redondeces. En sus pupilas brillaba la fosforescencia del deseo carnal.

Si Fernando Cuevas hubiese entreabierto los ojos, lo habría reconocido. Era el señor Pero Gutiérrez.

Cuando los dos jóvenes empezaron á despertar, algún tiempo después, sólo vieron en torno á ellos árboles ruidosos, la playa de arena brillante bajo el sol de mediodía, el terso lago de la restinga, y más allá de su barrera de peñascos el azul oceánico cortado por las aletas de los tiburones, que se perseguían movidos, lo mismo que los demás seres de la creación, por las dos necesidades que son los grandes resortes de todas las existencias, desde las más simples hasta las más complicadas y perfectas: el hambre y el amor.

III

En donde se habla de la gran traición que el mayor de los Pinzones hizo al Almirante, y del fervor místico de éste al verse cerca del dios amarillo, señor del mundo, hijo del Sol y de la Tierra.

Transcurridos cuatro días, volvieron el «converso» de Murcia y el marinero de Ayamonte, embajadores del Almirante, sin haber encontrado en su viaje el menor vestigio del Gran Kan, ni visto rey de aquella tierra que fuese amigo ó enemigo del poderoso monarca asiático. Habían caminado unas doce leguas, hasta topar con una población de cincuenta casas, donde calcularon que debían vivir más de mil personas, por ser muchos los indios que se aglomeraban en cada edificio, siendo estas chozas colectivas á modo de alfaneques grandísimos.

Fueron recibidos Luis de Torres y Rodrigo de Jerez lo mismo que dioses, corriendo á ellos hombres y mujeres para tocarlos con admiración y besarles manos y pies, como si fuesen venidos del cielo. Dábanles de comer lo que tenían, y los más honrados del pueblo los llevaron al bohío principal, haciéndolos sentar en dos sillas de las suyas, mientras los demás se ponían en cucullas en derredor de la pareja de blancos. Cuando salieron los hombres entraron las mujeres, sentándose de la misma manera luego de tocarlos para ver si eran de carne y hueso como los indios.

Preguntaron los dos embajadores por el rey del país, y á pesar de los buenos oficios de un indio de los que venían en la armada y les servía de intérprete, nadie supo darles razón. Vieron algunos indígenas principales, que parecían gobernar á los otros, distinguiéndose de

ellos por su mayor obesidad, pero ninguno de dichos personajes gordos, desnudos y pintarrajeados tenía la menor semejanza con el omnipotente «rey de los reyes», señor del inmenso Imperio de la China.

Mostraron los enviados la canela, la pimienta y otras especias que el Almirante les había dado, y todos los indios dijeron por señas que había mucho de esto en el país, pero no allí mismo, sino al Sudeste. La eterna afirmación cuando les enseñaban oro, perlas ó especias. De todo había, pero siempre más lejos.

Convencidos de que no verían nada más, emprendieron el viaje de regreso á la costa, y muchas gentes de aquel pueblo, más de quinientos hombres y mujeres, quisieron acompañarles, seguros de que así irían al cielo rectamente. Uno de los caciques hizo retroceder á este gentío, y él, un hijo suyo y un amigo fueron los únicos que acompañaron á los blancos en su vuelta al mar.

Los recibió el Almirante con grandes agasajos en su nao capitana, todavía en seco, y al ver que su aspecto era aseñorado, pensó en hacerlos prisioneros para llevarlos á los reyes de España; mas apenas cerró la noche, los tres indios empezaron á mostrar cierta inquietud, cual si adivinasen las intenciones de Colón, y como la nao estaba varada en tierra, resultó imposible el retenerlos. Afirmaron que volverían apenas amaneciese, pero el Almirante no los vió más.

Devolvió el judío Torres la carta escrita en latín para el Gran Kan. Tal vez resultase útil al tocar en otro puerto. No habían visto los dos mas que muchos árboles y hierbas con flores odoríferas. Las aves eran muy numerosas y de diversas maneras que las de España. «Vieron perdices y ruiseñores que cantaban en pleno día, así como ánsares», siendo esta especie de cisnes muy abundante en el país. «Bestias de cuatro pies no vieron, salvo aquellos perros indígenas que no ladraban. El mismo panizo ó maíz que en otros campos, y mucha cantidad de algodón, ya hilado, tanto, que calculaban haber visto en el pueblo unos cuatro mil quintales.»

Después de este fracaso ya no dudó el Almirante en reanudar su viaje con dirección á aquellas tierras que

señalaban los indígenas siempre que les hacían preguntas sobre el origen del oro y las perlas. Había que ir á Babeque ó á Bohío, pues ambos nombres daban los indígenas á la isla guardadora de tantas riquezas. También la llamaban Cariba, y en ella las gentes llevaban oro y perlas en el rostro, en las piernas y en los brazos.

Colón creyó entender, á través de la charla ininteligible de los indios, que en esta isla preciosa encontraría naos grandes y corporaciones de mercaderes. También por la misma parte existían los llamados *caribs* ó caribes, cíclopes con un solo ojo, y otros con hocico de perro, particularidades que no podían extrañar á Colón después de haber leído los viajes de Mandeville. Empezaban á surgir en la realidad todos los espectáculos asombrosos que este viajero novelesco había visto en el extremo oriental de Asia.

Ya que no había encontrado oro ni especias en esta tierra de Cuba, á la que dió el nombre de Juana, en recuerdo del príncipe don Juan, heredero de los reyes españoles, procuró consolarse de tal decepción ensalzando la fertilidad de su suelo. Los indios lo cultivaban mal, y sin embargo, daba espléndidas cosechas de los vegetales empleados en la alimentación de aquéllos; los llamados ñames, por otro nombre batatas, «que tienen sabor de castañas, los fréjoles y habas, muy diversas de las nuestras», y sobre todo el algodón, en tan enormes cantidades, que el Almirante empezó á planear para lo futuro su cultivo en grande, no para exportarlo á España, sino para comerciar con los mercaderes del Gran Kan, que seguramente vendrían á buscarlo. El conseguiría por este medio una parte del oro del «rey de los reyes».

Abundaba igualmente el lináloe, pero, según él decía, esta madera oleaginosa «no es de gran caudal». Más le interesaba la almáciga—el *mastic* de los griegos—, de buena venta en España, y la encontró en todos los bosques, «pero se ha de coger á sus tiempos, y aunque mandé sangrar muchos de dichos árboles para ver si echaban resina de esta clase y la traer á España, vi que aún no era tiempo, pues esto debe hacerse al salir del invierno, cuando los árboles quieren echar la flor, y al

Los cilindros de hojas secas traídos por los dos embajadores y que llevaban las gentes del país en una mano, encendidos como tizones, aspirando su humo, no representaban valor alguno para el Almirante, ni fijó en ellos su atención. El llamado «tabaco» por los indígenas le parecía insignificante entretenimiento, propio de aquella gente simple y de gustos infantiles, no ocurriéndosele nunca que esto pudiera representar en lo futuro una de las mayores riquezas.

Tiraron los navíos de monte, y al tenerlos ya en el agua, dispuso Colón la partida el jueves 11 de Noviembre.

—En nombre de Dios, hay que ir al Sudeste, á buscar oro y especierías y á descubrir tierras.

Siguió navegando la flotilla por la costa de Cuba ó Juana, en busca de las ricas ciudades del Gran Kan.

Encontraron una canoa tripulada por seis mancebos, y á cinco de ellos, que subieron á la nao, los mandó detener el Almirante para traerlos á España.

Llevaba ya bastantes indios, pero tenía interés en apresar igualmente mujeres, por creer que de este modo los indios irían más contentos y aprenderían mejor la lengua. Se acordaba de que los portugueses, en sus exploraciones de Guinea, habían llevado inútilmente muchos negros á Portugal para que aprendiesen la lengua y pudieran volver á sus tierras ensalzando lo que habían visto. Como los portugueses no se cuidaban al principio mas que de llevar hombres, por considerar su traslado más fácil, estos prisioneros, al volver á su tierra, habían desaparecido, sin prestar servicio alguno, pues conservaban un mal recuerdo de los larguísimos meses de celibato y aislamiento.

El Almirante envió una partida de marineros á unas chozas ó bohíos de la costa, y según anotó en su cuaderno, éstos «trujeron siete cabezas de mujeres, entre chicas y grandes, y tres niños».

Contaba el descubridor á las indias por cabezas, como los pastores cuentan sus rebaños. En la misma noche «vino á bordo en una almadía el marido de una de estas mujeres y padre de tres hijos, un macho y dos hembras, y dijo que yo le dejase venir con ellos, y á mí me plugo mucho, y quedan ahora todos consolados, pues creo que

todos son parientes y él ya es hombre de cuarenta y cinco años».

Empezaba á hacer algún frío, y por esto Colón creyó que no era de buen consejo navegar hacia el Norte para descubrir. Dos días le hubiesen bastado para dar con la península de la Florida, si hubiese ido hacia el Norte, pero á él lo que le preocupaba era el Sudeste con sus islas confusas de Babeque ó de Bohío.

En todas las bahías donde anclaba ó en las islas inmediatas á la costa iba dejando grandes cruces hechas de maderos. Mientras estaban fondeadas las naves sacaban los bateles de ellas con todos los artefactos de pesca, tendiendo la gran red en las aguas tranquilas y buceando grumetes y pajes para examinar los moluscos adheridos al fondo. Buscaban nácaras, «que son las ostras donde se crían las perlas—escribió el Almirante en su Diario—, y hallaron muchas de ellas, pero no perlas, y yo lo atribuyo á que no era el tiempo de ellas, pues creo que el tiempo de las perlas es por Mayo y Junio».

Pescaron los marineros un pez, entre otros muchos, que parecía «un propio puerco, todo él de concha muy dura, y no tenía cosa blanda sino la cola y los ojos, y un agujero debajo para expeler sus superfluidades». Todos los animales raros que iban pescando, así como los encontrados en tierra, los iban metiendo en sal para conservarlos hasta su regreso á España y que los vieses los reyes.

Ya habían encontrado unos pequeños cuadrúpedos, diferentes á los perros, que no ladraban y que servían de alimentación extraordinaria á estos indios, vegetarianos por pereza. Unos se llamaban hutías, semejantes á ratones y no más grandes que éstos; otros, los cories, eran á modo de conejos chicos y de gracioso aspecto, á causa de sus colores.

No quiso Colón volver á la Isabela, que estaba muy cerca, por miedo á que se le fugasen los indios tomados en Guanahaní, que él deseaba traer á España. Era más conveniente ir á Bohío ó Babeque. Bien notaba Colón la proximidad de estas tierras ricas en oro. El viento era contrario, el mar picado, y sin embargo, el tiempo resultaba cada vez menos frío, aumentando el calor, no

obstante la proximidad del invierno. Y él, como muchos de su época, estaba enterado de que el calor es compañero fiel del oro, y donde éste se da con más abundancia es en la zona tórrida.

El miércoles 21 de Noviembre se apartaron los tres buques de las costas de Juana, poniendo las proas hacia la isla de Bohío ó Babeque, que todavía era una sola tierra. Algunas semanas después, al haber descubierto la isla de Haití, que Colón bautizó la Española, fué cuando se hizo una separación entre Bohío y Babeque. Bohío pasó á ser definitivamente la Española ó Haití, y la famosa Babeque, que siempre quedaba lejos, como una ilusión dorada y fugitiva, la fijó el Almirante en la isla que fué llamada luego Jamaica.

Navegaban las tres naves en el mismo acostumbrado orden. La *Pinta*, como más velera y mejor gobernada, marchaba delante, á gran distancia, aprovechando su velocidad para dar «cuchilladas» á un lado y á otro, sin que los demás buques pudiesen adelantarla, ensanchando de tal modo el radio de su exploración.

Al anoecer del tercer día de viaje el tiempo refrescó mucho, el mar se mostró contrario y el Almirante resolvió repentinamente volver al punto de partida, dejando la navegación á Bohío ó Babeque para cuando el tiempo fuese más favorable. Y poniendo acto seguido en obra su repentina decisión, hizo virar su nave, colocando en los palos faroles que indicasen el cambio de rumbo.

La *Niña*, que por ser menos velera marchaba siempre al lado de la *Santa María*, imitó dicha maniobra, siguiendo al Almirante en su retirada. La *Pinta*, que iba diez y seis millas delante, no vió las luces, y continuó navegando en la noche creciente, sin darse cuenta de que se separaba cada vez más de las otras dos naves, perdiéndolas de vista. En realidad fué Colón el autor de esta dispersión, por su repentino deseo de retroceder, adoptado sin aviso previo, sin disparar cañonazos, limitándose á poner luces, el más imperfecto y precario de los procedimientos de aviso, por ser entonces las luces náuticas turbios farolillos con velas de sebo, que sólo se alcanzaban á ver á corta distancia, y muchas veces en vez de vidrios tenían delgadas láminas de cuerno.

Como era Colón de suyo receloso, pronto á atribuir la responsabilidad de las propias faltas á sus allegados, y á cavilar sobre las consecuencias de todo acto que le disgustase, viendo asechanzas y traiciones, no tardó en inventar una conjuración contra él para explicarse este contratiempo, fruto de su propia ligereza. Desde algunas semanas antes no se recataba en mostrar pública animadversión contra Martín Alonso, y creyó que éste había querido vengarse de él abandonando la flotilla para navegar directamente hacia España y presentarse á los reyes, notificándoles los descubrimientos hechos, y sustrayéndole así las albricias que le correspondían como Almirante.

De existir una conjuración de los Pinzones, resultaba inverosímil que el capitán de la *Niña*, hermano de Martín Alonso, se hubiese quedado con él, participando de su misma suerte. Pero Colón, como todos los imaginativos exaltados, se aferraba á su primera sospecha, convirtiéndola en realidad y repudiando todas las observaciones del sentido común.

Solamente el ansia de riquezas pudo modificar su primitiva suposición, y acabó por creer que si Martín Alonso le había abandonado era para llegar antes á Babeque y hartarse de recoger oro. Y consignó estas sospechas en su Diario de á bordo, diciendo que la carabela *Pinta* se había separado, no por el mal tiempo, sino porque quiso, añadiendo, como una condensación de la enemistad que le inspiraba desde semanas antes Martín Alonso: «otras muchas me tiene hecho y dicho».

Tales palabras sirvieron años después para que el hijo ilegítimo del descubridor, don Fernando Colón, en la historia que escribió sobre su padre y todos los ídolas del Almirante, que hasta han querido hacerlo santo, explotasen este simple incidente de navegación como una más de las persecuciones y tribulaciones sufridas por el grande hombre. Olvidaron todos ellos que Colón y Pinzón eran simplemente dos socios con derechos iguales en las ganancias del viaje, aunque Pinzón había puesto más que el otro, y si el uno era el almirante, Martín Alonso era el verdadero armador de la flotilla. Y convirtieron dicho episodio de mediana importancia en una

traición semejante á la de un jefe moderno de acorazado que desobedeciese las órdenes del almirante dadas por telegrafía sin hilos, y en vez de virar, como el resto de la flota, se apartase de ella, negándose á oír la voz de su jefe.

Pinzón era español, y como durante tres siglos todos los panegiristas del Almirante han escrito siempre con hostilidad preconcebida contra España, creyendo hacer más grande á su ídolo cuanto más perseguido lo mostrasen por una nación que le dió todo cuanto quiso con romanticismo y una falta de sentido práctico en que no hubiesen incurrido otros países, esta ligereza de Colón en el mando de su flota ha servido durante cuatrocientos años para que su socio y su protector en el puerto de Palos sea calificado por los colombianos fanáticos de ingrato, desertor, cobarde, envidioso y otros epítetos indignos.

El eterno buscador de oro encontró inmediatamente la explicación de este episodio que él interpretaba como una fuga. No habiendo en la *Santa María* espacio para todos los indios que él iba aprisionando, puso otros en la *Niña* y en la *Pinta*. Y se acordó del único indio que iba con Martín Alonso. Indudablemente, según Colón, éste habría ofrecido á Martín Alonso darle mucho oro en Babeque, por conocer el lugar donde podría encontrarlo, y Pinzón, excitada su codicia, había continuado su viaje.

La verdadera explicación de la conducta del marino andaluz era más sencilla para el que examinase los hechos sin el apasionamiento de una codicia pronta á ver fantasmas y persecuciones y de una vanidad que no podía tolerar en torno ningún carácter independiente. Pinzón, siguiendo las órdenes que había recibido al salir de Cuba, continuó navegando hacia Babeque, cuyas altísimas montañas se dejaban ver en el horizonte. No se imaginó nunca que á Colón se le pudiera ocurrir de pronto volver atrás sin un motivo realmente grave, pues para un navegante como Pinzón, tener viento y mar desfavorables era contrariedad de escasa importancia. Podía haber dado esta orden horas antes, cuando las embarcaciones, según costumbre, se ponían al habla al salir y al ponerse el sol; podía también avisarle disparando ca-

ñonazos, único medio útil para advertir en la noche á una nave que navega con enorme delantera.

Al verse solo en la mañana siguiente, Pinzón se limitó á cumplir las órdenes recibidas, llegando á Babeque ó Bohío, buscando un fondeadero apropiado, explorando la región y despachando indios por la costa para si encontraban al Almirante en algún punto de ellas le avisasen de su paradero. Y así que llegó á saber, algunas semanas después, que los naturales habían visto otras embarcaciones de blancos, se apresuró á buscarlas, explicando al jefe de la armada todo lo ocurrido, cómo esta separación había sido fortuita y que él no pudo hacer otra cosa que lo hecho.

Lo natural, ya que Colón sospechaba tantas malas acciones de su asociado, y su codicia vivía inquieta al pensar en el mucho oro que estaría acaparando á aquellas horas, era que hubiese reanudado su viaje á Babeque tan pronto como al abrigo de la costa de Cuba vió que cambiaban el viento y el mar; pero en vez de esto, permaneció trece días explorando dicha costa, sin encontrar nada que considerase de provecho, extasiándose con un fervor de poeta ante nuevas y maravillosas arboledas, llenas de flores y de cantos de aves tan amenos «que no quisiera nunca salir de ahí y que no bastarían mil lenguas para referirlo».

Encontraba estas tierras tan hermosas, que, según sus palabras, había momentos en que le parecía que «estaba encantado».

Estas contradicciones de conducta, esta falta de lógica en los hechos, se notaron más de una vez en la vida del Almirante, á pesar de lo práctico y prosaico que se mostraba su espíritu en otras ocasiones.

Su deseo era ver todas las más tierras que pudiese, y el pretexto que daba para no reanudar inmediatamente su viaje á Babeque era que los vientos se mostraban aún contrarios. Pero Pinzón, con los mismos vientos ó peores, había seguido navegando y estaba ya fondeado en Babeque, siendo este hecho una demostración más de lo que sabían todos los hombres de la armada, ó sea que Martín Alonso era infinitamente superior como marino á este almirante que llegó con el tiempo á ser experto

en la navegación, pero en este primer viaje mostró timideces, vacilaciones é inexperiencias propias de un simple aficionado á las cosas del mar.

Su cólera llegó á la más estupenda de las incoherencias al decir Colón con extrañeza á sus allegados:

—Yo no sé de dónde les ha venido á los Pinzones tal soberbia pecadora, cuando yo los saqué de la nada y á mí me deben cuanto ahora son.

Bajo la influencia de lo que iba viendo en la costa de Cuba, acabó por olvidarse aparentemente de Pinzón, y su mayor disgusto en el presente era «no saber la lengua de los que viven en estas tierras, entendiendo muchas veces lo contrario de lo que dicen». Le entusiasmaba la abundancia de aguas buenas y sanas desembocando en la costa, «no como los ríos de Guinea, que son todos pestilentes», y apuntaba en su Diario la esperanza que tenía de «dar con grandes poblaciones, gente innumerable y cosas de gran provecho antes de volver á España». Y á impulsos de su imaginación, pronta á dar por realizado todo lo que soñaba, tomó nota para aconsejar á Sus Altezas que no consintiesen á ningún extranjero el venir á comerciar en estas ricas tierras, «salvo si eran católicos cristianos».

Sus únicos descubrimientos fueron encontrar en una casa un pan de cera, que guardó para traerlo á los reyes, pues «donde hay cera también debe haber otras mil cosas buenas», y una cabeza de hombre dentro de un cestillo, cubierto con otro cestillo, y colgado de un poste de la gran choza. De la misma manera hallaron una segunda cabeza en otra población, creyendo Colón que debían pertenecer á algunos de los ascendientes de las numerosas familias que se aglomeraban en uno solo de aquellos grandes alfaneques techados de paja.

En varios puntos de la costa hufan los indios, dejando abandonadas sus casas, por haber sabido tal vez cómo el Almirante hacía tomar prisioneros á los hombres robustos y á las mujeres de buen aspecto para llevárselos en sus naves. En otros grupos de bohíos la gente esperaba confiada á los hombres blancos, y el Almirante distribuía entre ellos cascabeles de pie de gavián, sortijas de latón, cuentezuelas de vidrio amarillas y ver-

des, con cuyo regalo se iban muy contentos. Admiraban las ballestas mejor aún que las espingardas, por ser más abundantes que las pesadas y lentas armas de fuego y comprender mejor su mecanismo. También tomaban las espadas y las sacaban de su vaina, examinándolas con cierto terror y soltándolas de pronto para huir.

Iban todos desnudos y teñidos de rojo, con penachos de plumas y manojos de azagayas. Daban á los blancos todo lo que tenían y aceptaban de éstos la menor cosa en cambio, sin ningún espíritu de ganancia. No era un trueque comercial; era un comercio místico que tenía por base la superioridad de estos hombres blancos, poderosísimos hechiceros, con los cuales les convenía mantenerse en buenas relaciones.

Los marineros de la nao habían muerto una gran tortuga para guisarla, y la cáscara estaba en el batel hecha pedazos. Los grumetes iban dando á los indios pedazos de esta caparazón, no más grandes que una uña, y los indios, á pesar de que pescaban tortugas frecuentemente, recibían estos fragmentos de carey como si fuesen fetiches, sólo por haberlos tocado las manos de los mancebos blancos, dando en cambio manojos de azagayas.

Salieron al fin la *Santa María* y la *Niña* hacia Babeque al notar que el viento ya no era desfavorable. Abandonaron para siempre, en este primer viaje, la costa de Cuba ó Juana, descubriendo en el horizonte las altísimas montañas de Bohío.

Los campos próximos á la costa estaban todos labrados y verdes, «como se muestra el trigo en el mes de Mayo en las campiñas de Córdoba». Durante la noche vieron muchos fuegos en las faldas de las montañas y de día muchos humos, interpretando esto como señales de atalayas que se hacían las gentes del país.

Consideró Colón que todo lo que había dicho en alabanza de Cuba, con ser tan grande, valía muy poco comparado con la belleza de esta nueva isla. Al saltar á tierra tropezaron inmediatamente con árboles de numerosas especies, todos cargados de frutas raras, que el Almirante, obsesionado por su afán de riqueza, declaró pertenecientes á la más rica especiería, y tal vez eran nueces mos-

cadras, pero por no estar maduras no podía conocerse bien su calidad.

Tenían que seguir la costa siempre con la «sondalesa» ó plomada en la mano para ir midiendo los fondos, pues en unos sitios el mar era profundo y limpio, de tal modo, que podía barloventear junto á la costa una carraca, que era el navío más grande conocido entonces, pero en otros lugares la arena abundaba en peñascos submarinos y de la costa se habían derrumbado grandes piedras que se mostraban coronadas de vegetación.

Lo que más asombró al Almirante fué la semejanza de esta nueva tierra con el país de donde procedía su armada. Tenía «grandes valles, y campiñas, y montañas al término, todo á semejanza de Castilla». La encontraba labrada y oía cantar al ruiseñor y otros pajaritos, á semejanza también de Castilla. Y para ensalzar la belleza del campo, lo parangonaba con el de Córdoba, como si la lejana ciudad andaluza fuese el más hermoso de sus recuerdos, síntesis de una segunda juventud.

Hasta en las costas de Bohío, la fauna marina le recordaba la del litoral español. Al navegar en su batel, veía saltar junto á los costados de éste lisas iguales á las de España, así como lenguados, corvinas, pijotas, albu- res, gallos, pámpanos, camarones y hasta sardinas.

Cantaba en pleno día el ruiseñor en las selvas de Bohío, y á causa de esta semejanza con las lejanas tierras castellanas, Colón bautizó á esta isla con el nombre de la Española.

Muchos naturales huían al aproximarse las barcas de los marineros españoles. Otros se dejaban alcanzar, entrando en conversación con los indios que servían de heraldos, y en todas estas pláticas nombraban frecuentemente á los *canibas* ó caníbales, gentes feroces y con flechas envenenadas, que hacían incursiones en la isla para llevarse prisioneros á sus habitantes.

Al oír Colón dichas explicaciones, siempre expresadas confusamente, tuvo á los tales caníbales por gentes del Gran Kan, «que debe ser aquí muy vecino y tienen navíos y vienen á cautivar los hombres, y como éstos no vuelven creen que se los han comido».

Tres marineros que se internaron por el monte á exa-

minar árboles y hierbas oyeron el ruido de un gran golpe de gente, todos desnudos, como los que habían visto antes, los cuales huyeron al reconocer á los blancos.

Tomaron á una mujer indígena y la llevaron á la nao almiranta, siendo esta hembra «muy moza y hermosa», y empezó á hablar con los indios que iban en la armada, porque todos tenían una misma lengua. Hízola vestir el Almirante, le dió cuentas de vidrio, cascabeles y sortijas de latón, y tornó á enviarla á tierra «muy honradamente». Fueron acompañándola algunas personas de la nao y tres de los indios que servían de intérpretes. Los marineros que bogaban en la barca que la llevó á tierra dijeron al Almirante que la hermosa india sentía marcharse de la nao, y su gusto hubiése sido quedarse con las otras mujeres indígenas tomadas en Cuba.

Como la india debía haber dado nuevas á los suyos de que los cristianos eran buena gente, Colón envió al otro día nueve marineros armados, con un indio intérprete, para que fuesen á una población del interior mencionada por dicha mujer. El pueblo era grande, y al aproximarse los blancos huyeron todos sus habitantes. Pero el indio de Guanahaní, que llevaban los blancos por vocero corrió tras de los fugitivos diciendo á gritos que no hubiesen pavor, que los cristianos no eran de Cariba, sino venidos del cielo, y que daban cosas muy hermosas á los que encontraban á su paso.

Retrocedieron los fugitivos y aguardaron la llegada de los cristianos, poniéndoles las manos sobre la cabeza, que era señal de gran reverencia y amistad. Muchos temblaron al principio, hasta que la conducta pacífica de los recién llegados acabó por tranquilizarlos. Los llevaron á sus casas, y cada uno les trajo de comer batatas y pan de cazabe, fabricado con la raíz de la yuca. Dábanles también pescado y todo lo que tenían. Y como se enteraron por el indio intérprete de que los hijos del cielo amaban los papagayos, trajeron gran cantidad de dichas aves para que los blancos las llevasen á sus buques.

En esto se hallaban, cuando vieron venir «una gran batalla ó multitud de gente» dirigida por el marido de la mujer que el Almirante había honrado y devuelto á

los suyos. Unos indios traían á dicha mujer «caballera sobre sus hombros», y venían á dar gracias á los cristianos por la honra hecha á la prisionera por los regalos que le habían dado.

Los marineros, al volver al buque, dijeron al Almirante que no había comparación entre los hombres y mujeres de esta isla y los de las tierras antes visitadas, que eran mucho más blancos que los otros, y hasta habían visto dos mujeres mozas, tan blancas, que bien podían pasar como nacidas en España. Estos indígenas de la isla Española tenían la voz dulce y no bronca y amenazante como los de Cuba. Las tierras del interior estaban labradas y con aguas abundantes para el regadío, existiendo, según ellos, tan enorme diferencia entre dichas tierras y la campiña de Córdoba «como tiene el día de la noche».

Al ocultarse el sol, las arboledas se estremecían con el canto de innumerables ruiñesores. Los grillos y las ranas eran iguales á los de España. Exploraron los navegantes una isla inmediata, á la que dieron el nombre de isla de la Tortuga, é igualmente un gran río que remontaron en barcas, tirando de ellas los marineros desde tierra por medio de sirgas.

Huían los indígenas, y debían ser, según Colón, «gente muy cazada, pues vive con tanto temor que en llegando alguien, luego hacen ahumadas en sus atalayas por toda la tierra». A este río le puso de nombre Guadalquivir, por recordarle dicho río cerca de Córdoba, y al gran valle, atravesado por él, valle del Paraíso ó Valparaíso.

Siguiendo la costa de la Española encontraron á un indio solo en una pequeña piragua, maravillándose todos de cómo se podía tener sobre las olas siendo el viento tan grande. Hízolo meter Colón en la nao á él y á su canoa, y lo halagó dándole cuentas de vidrio, cascabeles y sortijas de latón, llevándolo hasta un pueblo que estaba á unas diez y seis millas, y que fué llamado puerto de la Paz.

Anclaron los dos buques frente á esta población, que parecía reciente, pues todos sus bohíos tenían aspecto de nuevos. Marchó el indio á tierra con su canoa, y luego

vinieron atraídos por sus noticias más de quinientos hombres, entre ellos su rey.

A partir de aquí, los descubridores iban á encontrar reyes de la tierra ó caciques, cosa que no habían visto en Juana ni en las primeras islas descubiertas, donde no parecían tener otros jefes que algunos personajes que más bien eran hechiceros.

Como las dos naves estaban ancladas cerca de tierra, muchos indios llegaron á nado hasta ellas. Casi todos traían algunos granos de oro finísimos en las orejas y en la nariz, los cuales daban de buena gana á cambio de cosas insignificantes. No era, por su parte, comercio con deseo de ganancia, sino simples trueques de valor místico para ponerse en buena amistad con los hijos del cielo.

Permanecía el rey en la playa, haciéndole todos los suyos gran acatamiento, y el Almirante le envió un presente, recibéndolo con majestuosas señales de gratitud.

Colón se enteró de que «era un mozo de hasta veintiún años y que tenía un ayo viejo y otros consejeros que respondían por él, pues dicho rey hablaba muy pocas palabras». Uno de los indios que venían en la armada habló con el rey y le dijo que los cristianos eran descendidos del cielo, y como andaban en busca de oro, querían ir á la isla de Babeque. Y él respondió que hacían bien y que en la dicha isla encontrarían mucho oro.

Con el indio intérprete había bajado á tierra Diego de Arana, el alguacil mayor de la flota. Como ya empezaban á encontrar reyes en aquellas tierras, el primo de Beatriz creyó del caso ejercer funciones de embajador, en armonía con su condición de hombre de espada.

Mostraron los consejeros del rey al alguacil mayor el camino que debían seguir para Babeque, afirmando que en dos días llegarían allá.

Los indios seguían colocando siempre más lejos el oro deseado por los blancos, y calculaban las distancias con una brevedad no menos engañosa. Y acabaron manifestando los consejeros del rey, en nombre de éste, que si algo deseaban de su tierra, se lo darían de muy buena voluntad.

—Todos andan desnudos como sus madres los parieron—dijo Arana al volver á la nao, dando cuenta de tal entrevista á su pariente ilegítimo—, y lo mismo andan las mujeres, mostrándose así sin ningún empacho. Y son los más hermosos hombres y mujeres que hasta aquí hemos hallado; harto blancos, que si vestidos anduviesen y se guardasen del sol y del aire, serían casi tan blancos como en España. Todos son también gordos y valientes, y no flacos como los otros que antes hemos hallado, y de muy dulce conversación, y no parecen tener secta alguna.

En la tarde vino el rey con todo su séquito á la nao capitana, y el Almirante le hizo saber por sus intérpretes que los reyes de España eran los mayores príncipes del mundo. Pero ni los indios intérpretes ni este monarca indígena creían nada de esto, atribuyéndolo á modestia de los blancos, pues todos los consideraban venidos directamente del cielo, y caso de existir los llamados reyes de España, se los imaginaban monarcas del cielo y no de este mundo.

El joven rey de aquella tierra hablaba poco y parecía tener una autoridad más religiosa que política. Colón le ofreció varias golosinas de su despensa, especialmente cosas dulces.

Este rey hechicero se limitaba á comer un bocado, como si tomase una especie de comunión, y pasaba inmediatamente los alimentos á su ayo, sus consejeros y todas las demás personas de su séquito, sentadas en la cubierta de la nave.

Al otro día los marineros pescaron con redes al abrigo de la isla de la Tortuga, que estaba enfrente, continuando los rescates ó trueques entre cristianos é indios. Estos trajeron muchas flechas de las usadas por los piratas de Cariba, ó sean los caníbales, hechas con sutiles y fuertes cañas rematadas por dientes de peces, que envenaban las heridas.

Dos de estos indios mostraron que les faltaban algunos pedazos de carne en su cuerpo, haciendo entender que los caníbales los habían comido á bocados. El Almirante no lo creyó. Le era imposible aceptar que los soldados del Gran Kan, en sus expediciones á estas

islas para llevarse esclavos, se entregasen á la antropofagia.

Algunos marineros, á trueque de cuentezuelas de vidrio, empezaron á rescatar pedazos de oro labrado en hojas muy delgadas, oro bajo, al que llamaban *guañín*. Uno de los personajes del cortejo, apodado por los marineros «el Cacique», tenía una hoja de oro del tamaño de una mano, pero no la quiso entregar en una sola pieza, y metiéndose en un bohío la partió en pequeños pedazos, ofreciendo cada uno aisladamente, para que así le diesen más cosas en cambio. Y estas cosas eran insignificantes, sin que hiciese él ningún reparo sobre su cuantía. Lo que deseaba era tener muchos objetos de los blancos, creyendo que su cantidad acrecentaría el valor mágico, que era lo que todos ellos apreciaban.

En la misma tarde se presentó una canoa de la isla de la Tortuga con más de cuarenta hombres. Se habían enterado de la llegada de los hijos del cielo y venían á conocerlos; pero el expresado cacique se levantó airado, y con palabras que por su tono parecían amenazantes, los hizo volver á sus caños. Además, con sus manos les echó agua salada, y tomando piedras del suelo, se las arrojó igualmente.

Se apresuraron los extranjeros á obedecer, pero todavía el cacique tomó una piedra y la puso en manos del alguacil Diego de Arana para que la tirase contra los intrusos en nombre de los hijos del cielo. Esto era un conjuro mágico que colocaba á los intrusos fuera de la ley.

Mojarlos con agua salada equivalía á convertirlos en víctimas, á hacer de ellos unos náufragos, y era rito de muchos de estos pueblos que los náufragos fuesen comidos en una fiesta religiosa. A causa de esto, los de la isla de la Tortuga se apresuraron á huir del agua salada que les arrojaba con sus manos este cacique ó hechicero, queriendo unir á sus terribles maldiciones una piedra arrojada por el personaje blanco, al que creía con mayores poderes sobrenaturales que él.

Diego de Arana no quiso tirar la piedra. Debía mantenerse neutral en estas rivalidades entre los indios. La canoa se alejó y los hombres de la isla de la Tortuga di-

jeron en venganza que su isla era mucho más abundante en oro que la Española, por estar más cerca de Babeque.

El Almirante, en una de sus obstinadas inducciones, decía á todos que ni en la Española ni en la Tortuga había minas de oro, pues todo procedía de Babeque y traían muy poco, á causa de que los indígenas no tenían nada que ofrecer á cambio de él, dando la culpa de tal miseria á que la tierra era «tan gruesa» que no necesitaban trabajarla mucho para sustentarse, y tampoco les era preciso gastar en vestimentas, pues andaban totalmente desnudos. El incansable buscador de oro, obsesionado por la fantástica Babeque, que nadie encontró nunca, y engañado también por los indígenas que siempre le enviaban más lejos, no se daba cuenta de que estaba pisando en aquellos momentos lo que fué después el Eldorado más importante durante el primer período del descubrimiento de América.

Antes de la conquista de Méjico y el Perú, fué la Española ó Haití la única tierra que llegó á producir oro en cantidades dignas de consideración.

Se consolaba, sin embargo, con la proximidad cada vez mayor de Babeque, que luego se ha supuesto fuese Jamaica.

—Cerca estamos de la fuente—decía á sus íntimos—, y espero que Nuestro Señor me ha de mostrar dónde nace el oro.

Le había prometido el rey indio traerle oro, y él esperaba su nueva visita, no porque tuviese en mucho lo que pudiese ofrecerle, sino por saber mejor de dónde lo traían.

El martes 18 de Diciembre hizo embanderar la nao y la carabela, por conmemorarse en el mencionado día la fiesta de la Anunciación. Hiciéronse en los buques muchos disparos de bombardas, y el rey, que había salido al amanecer de su pueblo, situado cuatro leguas al interior, se presentó á media mañana en el llamado puerto de la Paz rodeado de más de doscientos hombres, que formaban una especie de procesión.

Cuatro de ellos lo llevaban en andas, y en torno iban sus principales dignatarios, todos poseedores de un poder

religioso y mágico, como ocurre invariablemente en las sociedades primitivas.

Estaba el Almirante comiendo en la sala del alcázar de popa, vecina á su dormitorio, cuando entró el rey con toda su gente. El joven monarca fué á sentarse al lado del Almirante, impidiéndole que se levantase de la mesa é indicando por señas que siguiese comiendo.

El paje Lucero servía á su señor bajo la vigilancia del maestresala Terreros. Ordenó don Cristóbal á su joven sirviente que trajese cosas de su propia comida para obsequiar al visitante, y éste, con ademán majestuoso, ordenó á todos los suyos que se mantuviesen fuera del alcázar, y así lo hicieron, «con la mayor prisa y acatamiento del mundo, saliéndose todos á la cubierta para sentarse en el suelo».

Sólo dos hombres de edad madura, que Colón apreció como su ayo y su primer consejero, quedaron junto á él, y se sentaron á sus pies en el salón. De cada una de las viandas que Lucero iba colocando delante del soberano indígena, tomaba éste un pequeñísimo trozo, como se tomaba en España para hacer «la salva», ó sea para probar cada plato en honor al invitado, y luego enviaba todo el resto á los suyos, los cuales lo comían en seguida. Lo mismo hizo en el beber. El vino lo llevó solamente á su boca y luego dió el vaso lleno á sus dos consejeros inmediatos, que lo probaron igualmente, pasando el resto á los que permanecían sentados en la cubierta.

Hablaba el rey contadísimas palabras, y los dos cortesanos, sentados á sus pies, le miraban á la boca y hablaban luego por él, dirigiéndose á los intérpretes, que acababan por hacer la traducción con más señas que palabras.

Los presentes traídos por el monarca fueron un cinturón de labor indígena y dos pedazos de oro labrado delgadísimos. En cambio, miraba con insistencia el arambel pintado que tenía el Almirante sobre su cama.

Lucero recibió de su señor la orden de descolgar este cortinaje, dándolo como regalo. El Almirante le entregó además el collar de ámbar que traía sobre el pecho, unos zapatos colorados de cuero de Córdoba y una almarraja

de perfume llena de agua de azahar, dejándolo absorto con tan maravillosos presentes.

Mostraban el monarca y sus consejeros gran dolor porque no entendían al Almirante ni éste á ellos. Pero á pesar de tan absoluta falta de comprensión, el gran jefe blanco dijo volviéndose á los suyos que presenciaban la entrevista:

—Conozco que me dicen que si me cumple algo de aquí, toda la isla está á mi mandar.

Luego envió á Lucero á que buscase en su dormitorio ciertos papeles suyos, en los cuales había dejado como señal un «excelente» de oro, moneda que valía dos castellanos, para que los indígenas pudiesen ver en ella la efigie de los reyes don Fernando y doña Isabel. Después les fué enseñando la bandera real y las otras de la cruz, complaciéndose con las grandes muestras de asombro y admiración de esta gente simple.

Cuando el monarca y su séquito se fueron, Colón lo envió en su barca «muy honradamente» é hizo disparar en su honor muchas bombardas. Era el primer rey de aquellas tierras que visitaba su armada con majestuoso aparato.

Vieron cómo en la playa subía en sus andas, rodeado de sus doscientos cortesanos, y cómo su hijo mayor iba detrás de él montado en los hombros de un indio muy principal. Tan grande era su agradecimiento por los presentes recibidos, que á toda la gente de las naves que iba encontrando en tierra daba orden de que los saludasen y les ofreciesen de comer. Cada uno de los regalos lo llevaba un cortesano delante del rey, con los mismos honores que si fuese un fetiche, dotado de misteriosas influencias. Un hermano del monarca llegó igualmente á visitar la flota y recibir su parte de regalos. Este no era llevado en andas, pero sólo debía andar llevado de los brazos por dos hombres principales.

También vino á visitar al Almirante un viejo indio, especie de sacerdote, que gozaba fama de conocer mejor que nadie las particularidades de esta tierra y de las islas inmediatas en cien leguas á la redonda.

Hizo esfuerzos Colón para entender al viejo hechicero. Eran muchísimas las islas y en todas ellas muy con-

siderable la riqueza áurea. En unas cogían el oro y lo cernían en cedazos, fundiéndolo para hacer figuras. Algunas de dichas islas eran tan ricas, que todo en ellas era de oro, así las piedras como la tierra.

Excitado Colón por unos relatos tan en armonía con sus deseos, pensó en raptar al viejo para llevárselo de guía. Nadie como él se mostraba seguro de la derrota para llegar á dichas islas. Pero este mago era muy respetado por el joven rey y sus cortesanos y temió ofenderles con tal acción.

También parecía molestarle una noticia que daba este viejo con insistencia, valiéndose de mímicas. Según él, varios años antes habían llegado otros blancos hijos del cielo en un bosque flotante igual á estos dos. Llevaban espadas y ballestas, tenían barbas y hablaban lo mismo que ellos. Eran menos en número y se habían vuelto al mar pocos días después. El viejo conocía esta visita por los hechiceros de otro reino, que era donde habían desembarcado los hombres blancos. La gente de allá guardaba un mal recuerdo de este suceso por haberse portado mal los hijos del cielo, procurándose víveres con violencia.

Pero el Almirante no tenía interés en conocer más particularidades de dicha noticia, que luego le salió al encuentro varias veces en esta isla Española.

Mandó poner una cruz enorme en medio de la plaza del pueblo habitado por el monarca, y ayudaron los indios á este trabajo, que reputaban mágico, repitiendo como monos las oraciones y genuflexiones de los españoles. Eran nuevas fórmulas de una magia más poderosa que la suya, que les iba á librar de los ataques de los caribes y de todas las asechanzas de una Naturaleza poco domada.

Partió la flota del puerto de la Paz, navegando de cabo á cabo ante unas costas llenas de árboles de un verde claro, sin nieves y sin nieblas, á pesar de que estaban en Diciembre. «Los aires eran templados, lo mismo que en Mayo en España.» Corrían los habitantes de pueblos y de bohíos aislados hasta las orillas del mar, para ofrecerles sus panes indígenas y fresca agua en calabazas y cántaros de barro, de la misma hechura que los de Castilla. Ni mozas ni viejas usaban bragas, como

las mujeres de Cuba. Estas iban completamente desnudas, y así como en otras islas los hombres hacían esconder á sus mujeres, celosos de los cristianos, las de aquí venían alegremente al encuentro de los extranjeros, trayendo cuanto tenían, en especial cosas de comer y cinco ó seis clases de frutas nuevas, «las cuales mandó curar el Almirante para traerlas á los reyes de España».

A pesar de que Colón sólo pensaba en las próximas tierras del oro, sintióse conmovido «por los lindos cuerpos de mujeres que se veían en estas muchedumbres desnudas», consignándolo en su Diario de á bordo.

Más allá de las campiñas verdes veíanse montañas altísimas, que al Almirante todavía le parecían más enormes, en su hiperbólica admiración por todo lo que iba descubriendo, comparándolas con el pico de Teide en la isla de Tenerife y creyéndolas aún mayores en altura. De todas estas poblaciones partían las carabelas entre el vocerío de hombres, mujeres y niños, que les rogaban no se fuesen, prometiendo adorar los dos maderos atravesados que iban plantando en todos los lugares donde se detenían y repetir diariamente sus mismos conjuros verbales y gesticulantes.

Los seguían mientras les era posible en sus canoas. El avance de sus naves, cuando las áncoras estaban ya subidas, había de abrirse paso entre enjambres de nadadores. Pero el Almirante tenía mucha prisa en continuar sus exploraciones. Necesitaba llegar al país del oro, que estimaba muy próximo.

Iban hablando las gentes del país de una tierra llamada Cibao, donde tan enorme resultaba la cantidad de oro, que el cacique traía banderas de dicho metal hechas á martillo.

¡Cibao!... Era indudablemente Cipango, el verdadero Cipango, que ahora salía de veras á su encuentro. Emocionado Colón por la proximidad de unos tesoros que venía buscando desde tan lejos, se expresaba con una exaltación mística.

—Nuestro Señor—decía—, que tiene en las manos todas las cosas, vea de me remediar dándome sus servicios. El haga por piedad que halle estas minas de oro de las que tanto me hablan.

El oro era para él, como para los antiguos, un hijo del Sol engendrado en las profundas entrañas de la Tierra, un producto de la magia telúrica, poseedor de las más irresistibles influencias.

En aquella época el oro se veía más respetado aún que en el presente, pues su abundancia ha aumentado muchísimo en nuestros tiempos después de las grandes explotaciones de California, Transvaal, Australia y Alaska. La antigüedad lo conoció en exiguas cantidades, y durante la Edad Media todavía resultó más escaso.

Colón fué el último hombre célebre de la Edad Media, un hermano de los astrólogos y de los alquimistas. Iba á pasear por mares y tierras nuevas las mismas ansias imaginativas, los mismos entusiasmos poéticos de los buscadores que se tostaban y envejecían en plena juventud ante los hornillos, sobre los cuales hervían en retortas pastas misteriosas de las que esperaban extraer el oro artificial. Estos soñadores amaban el oro porque era el símbolo de la mayor victoria, porque representaba la más alta potencialidad del poder, la dominación sobre todos los hombres, como jamás han podido conseguirla los mayores conquistadores de la Historia.

El hombre que fuese rey del oro, por obscuro que resultase su nacimiento, acabaría por dominar la tierra entera.

Y el contradictorio Colón, que sentía dentro de él dos mundos, el después llamado de la Edad Media, que iba á morir, y otro que estaba empezando en aquellos años, hombre soñador y enérgico como los eremitas, de palabra ardiente, que acaudillaban inmensas cruzadas, y al mismo tiempo mercader y áspero para las ganancias como los mercaderes del Renacimiento, mostraba una emoción mística, un temblor de iluminado, al creerse próximo á unas minas sólo comparables á las del rey Salomón.

Le inspiraba un fervor religioso la proximidad oculta del dios amarillo, señor del mundo, hijo del Sol y de la Tierra.

IV

Lo que ocurrió en la Nochebuena de 1492, y las terribles consecuencias de tal suceso

Siguieron navegando la nao y la carabela, con gran contento de Fernando Cuevas, cada vez más aficionado á esta vida vagabunda de continuos descubrimientos, fondeando unas veces en bahías tan extensas que el Almirante las llamaba mares, echando el ancla en otras ocasiones lejos de la costa, por miedo á las rompientes.

Le placía no menos ver cada semana nuevas muchedumbres desnudas ofreciendo enormes ovillos de algodón y papagayos, quitándose de la nariz y las orejas sus laminillas de oro en trueque de las fruslerías que les daban los seres celestiales llegados en sus bosques flotantes. También interesaban á su curiosidad juvenil los misterios de un mar clarísimo, poblado de chisporroteos de oro y de colores, cuando iba á la pesca con algunos marineros pertenecientes á su rancho.

Lo único que le entristecía en este viaje de continuas y maravillosas visiones era que no se repitiese aquel día feliz pasado en un estuario de Cuba, cuando los tres buques de la armada fueron puestos á monte. En ninguno de los anclajes de la nao capitana en esta nueva isla, la Española, pudieron bajar á tierra juntos él y Lucero. El paje del Almirante se quedaba casi siempre á bordo, y las contadas veces que bajó al batel fué para acompañar á su amo en las cortas exploraciones que hacía remontando los ríos. Fernando, por su parte, cuando desembarcaba era siempre con el guardián Gil Pérez y algunos marineros, para hacer rescates y adquirir noticias.

Dentro de la nao, los dos jóvenes sólo se veían de lejos. Lucero le había rogado que no subiese al alcázar de popa después de aquella noche en que les sorprendió el señor Pero Gutiérrez. Callaba el paje del Almirante las nuevas preocupaciones que le afligían por miedo á Cuevas, siempre á la espera de una ocasión oportuna para tomar venganza del antiguo repostero de los reyes.

Este, que en la última semana del viaje, antes de la llegada á Guanahaní, se limitaba á mirar á Lucero con una fijeza enigmática, intentando en vano verle á solas, se mostraba ahora de una asiduidad amenazante.

Una tarde, estando don Cristóbal en tierra, Gutiérrez hizo saber á Lucero cómo los había sorprendido á ella y á Cuevas desnudos, como una pareja del Paraíso, bajo el ramaje de un árbol gigantesco. El secreto del disfraz ya no existía para este hombre. Estaba enterado de su verdadero sexo, y enardecido por tal descubrimiento, pretendía abusar de él, persiguiendo á la joven con sus proposiciones.

Ahora se daba cuenta de la atracción misteriosa que había sentido hacia el paje, y que se manifestó al principio torcidamente, con una hostilidad expresada por medio de palabras duras y actos agresivos. Era una forma desviada y confusa del amor. En la misma tarde que le habló de todo esto, mientras acababa el Almirante de desembarcar por primera vez en la Española, quiso poner en obra sus deseos, animado por la soledad en que estaban las habitaciones del alcázar de popa.

Lucero tuvo que defenderse de unos brazos robustos que pretendían sujetarla, arañando y abofeteando el rostro verdense por la emoción de este personaje, cuya boca, de dientes oscuros y cariaados, pretendía besarle ávidamente. Aprovechando el dolor que le produjo arañándole junto á un ojo, pudo la joven librarse de sus brazos, y escapó á lo más alto del castillo de popa, junto al farol, donde estaba la cadira de palo que servía de asiento al Almirante ó á los pilotos durante las navegaciones.

—Yo me vengaré—dijo Gutiérrez—. Voy á contárselo todo á don Cristóbal.

Pero Lucero, con su femenino penetración, adivinó que guardaría silencio. Si contaba la verdad, el Almirante,

celoso guardador de la disciplina á bordo, y que con tanta frecuencia recomendaba á los marineros que se abstuviesen de atrevimientos con las indias, tendría buen cuidado de ponerla aparte, sabiéndola mujer, por todo el resto del viaje, con lo cual el antiguo repostero tendría que abandonar toda esperanza. Seguramente se iba á mantener discreto, inspirado por su egoísmo, para urdir nuevas asechanzas que le condujesen á la realización de sus deseos. Y desde este día tuvo que vivir la joven en perpetua alarma, viendo á todas horas al amigo del Almirante en la promiscuidad de la vida á bordo de una nave y teniendo que ponerse á la defensiva en cuanto notaba su proximidad.

Por la noche dormía completamente vestida junto á la puerta del Almirante, con inquieto sueño, despertándose apenas oía algún ruido en los camarotes inmediatos. Recordaba como una felicidad, que nunca iba á repetirse en el resto del viaje, aquellas horas de vida primitiva pasadas ante un mar que había envuelto los cuerpos de los dos en sus caricias de suavidad maternal, bajo la sombra de aquel gigante de la selva, que parecía un ser humano, bondadoso y protector, en figura de árbol. Y estos recuerdos aún le parecían más hermosos comparándolos con las inquietudes y angustias de la situación presente.

A tal alarma había que añadir la necesidad de callar, defendiéndose por sí misma, sin poder pedir apoyo á Cuevas, pues éste era seguro que intentaría matar al amigo del Almirante al conocer la verdad. Con arreglo á las preocupaciones de honor del mancebo, que eran las generales en su época, debía exterminar inmediatamente á este perseguidor de la mujer amada.

La única esperanza de Lucero era decir toda la verdad á su amo, si es que Gutiérrez extremaba sus persecuciones hasta el punto de que ella juzgase imposible el defenderse. Don Cristóbal la protegería, guardando su secreto para evitar las murmuraciones de las gentes de la nao... Pero al mismo tiempo sentía miedo al pensar lo que podría ocurrirle cuando volviese á España como mujer disfrazada de grumete. El convento, la separación de Fernando, no verle más.

Lo prudente era seguir resistiéndose, prolongar la lucha con aquel hombre. Confiaba en el misterio del día siguiente. ¡Quién podía saber lo que iba á ocurrirles al salir un nuevo sol sobre aquellos mares desconocidos en los que navegaba la nao, sin más compañía que la menor de las carabelas!

Iban ahora en busca de islas maravillosas, algunas de las cuales tenían más oro que tierra, navegando ante las costas de un territorio de la Española llamado Marién, del cual era reyezuelo ó cacique Guanacará, el soberano indígena que más relaciones sostuvo con Colón y sus gentes en este primer viaje.

Las dos naves tuvieron que volver á fondear, á causa del viento contrario, en un puerto que el Almirante había llamado de Santo Tomás, por descubrirlo el día de dicho santo. Uno de los bateles estaba pescando con red, cuando vió llegar una gran canoa llena de gente y mandada por un personaje muy allegado á Guanacará, el cual venía á invitar á los cristianos á que fuesen en sus navíos á su tierra y les daría cuanto tuviese. Como presente para el Almirante trajo este embajador un cinto que en lugar de bolsa tenía una carátula con dos orejas grandes, que eran de oro á martillo, y lo mismo la lengua y la nariz. Este cinto, con máscara de hojita de oro á modo de escarcela, era un envío de carácter religioso, un rostro de divinidad monstruosa, tal como podían concebirla los imagineros de una religión primitiva.

Subió á la nao capitana el enviado del cacique, y los indios que traía Colón no pudieron comprenderle por ser diversos los vocablos con que designaban las cosas, pero al fin llegaron á entenderse en lo referente al convite, y Colón determinó partir hacia el pueblo de Guanacará al día siguiente, domingo 23 de Diciembre, violando con esto una de sus mayores preocupaciones, pues nunca quería salir de puerto en domingo. Pero, ¡qué no hacer cuando presentía tan inmediata la existencia de las minas de oro y aquel reyezuelo indio debía saber mucho de tal materia!

La falta de viento le retuvo en el puerto más de lo que él deseaba, y seis de sus marineros fueron con el escribano de la flotilla á una población situada á tres le-

guas, rescatando á cambio de cuentas de vidrio y agujetas algunos pedacitos de oro. El señor del pueblo les dió tres ánsares muy gordos, é hizo además que sus hombres llevasen á cuestas á los cristianos para vadear algunos ríos y charcas fangosas. Mientras tanto, más de ciento veinte canoas rodeaban á los dos navíos, todas cargadas de gente que traía algo: pan de cazabe, pescado, agua en cantarillos de tierra cocida y ciertas simientes que tomaban los indígenas, echando un grano en el líquido de una escudilla, por creerlas muy saludables, y de las que guardó muestra el Almirante, creyéndolas especias de buena venta en Europa.

Mientras permanecía inmóvil aquel domingo por falta de viento, recibió Colón la visita de un cacique, el cual le aseguró que en aquella isla Española existía gran cantidad de oro y venían de otras islas á adquirirlo, muy al revés de lo que había creído hasta entonces el Almirante. Dicha conversación cambió el curso de sus ideas, creyendo inmediatamente en la existencia próxima de Cipango, que la gente llamaba Cibao, ya que en los tres días que llevaba en este puerto había recogido más pedazos de oro que en todos los anteriores anclajes.

Fueron llegando cinco señores más de aquel país con sus mujeres é hijos, y hablaron de Cibao, del oro que en él se cosechaba y de los procedimientos usados para conseguirlo. Y Colón escuchó con pena todo esto, pues en su impaciencia quería verse cuanto antes navegando hacia dicha parte de la isla Española.

Había enviado las barcas de la nao y de la carabela con un grupo de marineros y el escribano real, para que fuesen á visitar en su población al cortés reyezuelo Guanacará, anunciándole que aceptaba su invitación é iría á verle al día siguiente si el viento le era favorable. Al cerrar la noche volvió dicha expedición después de haber pasado el día en la ciudad gobernada por Guanacará, y que estaba al otro lado de un promontorio que Colón bautizó Punta Santa. Este reyezuelo los había recibido rodeado de sus nitaynos—título de los señores de su corte—en la plaza del pueblo, toda ella muy barrida, y en presencia del vecindario, que ascendía á más de dos mil hombres.

Todos los de la armada, empezando por el Almirante, acostumbrados á la vida monótona del mar, veían siempre las cosas con gran abultamiento al descender á tierra, suponiendo á la Española y á las islas visitadas antes una población muy superior á la realidad.

El rey, después de hacer comer y beber á los enviados, les dió telas de algodón que vestían algunas de sus mujeres, muchos papagayos, pues ya era voz común que los blancos los deseaban, y varios pedazos de oro, y en vista de que no querían pasar la noche en el pueblo, los hizo acompañar por sus gentes hasta sus barcas, que habían quedado en la boca de un río.

El lunes 24 de Diciembre, día de Nochebuena, llevaron anclas los dos buques, navegando con viento terral. Avanzaron muy lentamente todo el día desde el puerto de Santo Tomás hasta Punta Santa, y cerró la noche sin que cambiase este viento blandísimo, que mantenía el mar extraordinariamente terso, sin una ondulación, como si fuese un lago.

Y fué precisamente en este mar tranquilo cuando ocurrió la primera y la mayor de las desgracias del viaje.

En plena calma, á las once de la noche, cuando «la mar estaba como una escudilla», según palabras del Almirante, y habían pasado Punta Santa, la nao *Santa María* tocó en unos bajos.

En el buque, todos se habían ido á dormir, hecho incomprendible tratándose de una navegación por mares desconocidos. Hay que tener en cuenta que era Nochebuena, y esta fiesta tradicional entre cristianos, unida á la serenidad de la noche y del Océano, crearon una confianza fatal.

Colón retiróse á descansar, lo mismo que su gente, y como acostumbraba á sincerarse echando la culpa á los demás, para que nadie pudiese sospechar el menor descuido en su infalible personalidad, dijo en su libro de navegación que se permitió esto «porque hacía dos días y una noche que no había dormido». Se comprende esta necesidad irresistible de descanso si en los días anteriores hubiese navegado sufriendo recias tempestades. Pero en la misma mañana había salido al mar, después de un descanso de varios días en un puerto seguro, sin más que

conversar por medio de gestos y de los indios de la nao con aquellos otros indígenas que venían á revelarles la existencia en la isla Española del Cibao ó Cipango.

Lo cierto fué que el Almirante se echó á dormir como toda su gente, dejando á un marinero en el timón, y éste, por ser Nochebuena y haber bebido tal vez extraordinariamente, acordó también irse á dormir, dejando el gubernario confiado á un mozo grumete. Lo mismo Colón que el maestro, el piloto y los marineros más expertos, estaban seguros de no dar en bancos ni peñas, porque dos días antes, ó sea el domingo, cuando fueron enviadas las barcas al reyezuelo Guanacará, sus tripulantes habían visto por dónde podían pasar las naves sin peligro. En ninguna singladura del viaje les había sido posible hacer que las barcas examinasen previamente el mar por donde pasarían después los buques, y sin embargo, aquí, después de dicha precaución, fué la catástrofe.

Una corriente invisible y dulce fué llevando la nao hacia unos bancos, sin que se apercibiera el muchacho encargado del gubernario. De estar el mar un poco alborotado, hubiese oído á una legua el estrépito de las olas sobre estos bajos, pero como la calma era absoluta y el mar estaba en silencio, la nao llegó á tales escollos submarinos sin que nada revelase su presencia. Únicamente al hallarse ya junto á ellos, el mozo timonero oyó el ruido de un pequeño movimiento de las aguas y empezó á dar voces, pero cuando todos acudieron, despertados por dicha alarma, el buque estaba ya encallado.

En esta desgracia, que era culpa de todos, mostró de nuevo el Almirante su falta de serenidad para acoger los infortunios y su prontitud en sincerarse, acusando á los que le rodeaban. El no podía equivocarse ni aun durmiendo. Los culpables de lo ocurrido eran su maestro Juan de la Cosa y toda la gente de la nao, acusándolos de traición. ¿Traición á quién?...

Hasta acusó en su Diario á los vecinos de Palos porque no le habían dado buenas carabelas, obligándole á comprar la *Santa María*. Y en las primeras páginas del mismo Diario había hecho elogios de sus tres naves, considerándolas «muy aptas para descubrir».

Juan de la Cosa era, según él, un presuntuoso que

«porque le había traído á estas tierras, por primera vez, y por ser hombre hábil le había enseñado el arte de navegar, andaba diciendo que sabía más que él». Juan de la Cosa llevaba navegando más años que Colón y no tenía nada que aprender de él. De haber aprendido algo en la *Santa María*, en tal caso aventajó considerablemente á su maestro, pues pocos años después era el mejor piloto de su época y el primero de los cartógrafos. Américo Vespucio, simple comerciante de Sevilla, que nunca había navegado, hizo su primer viaje como discípulo de Juan de la Cosa, y éste le enseñó cuanto sabía.

El mismo Colón, después de desahogarse en su Diario haciéndolo responsable de tal desgracia—pues siempre necesitaba inventar un traidor al lado de él para alabarse á sí mismo como grande hombre perseguido—, llevó á Juan de la Cosa, en su segundo viaje, como cartógrafo. Además, Colón nunca quiso ser maestro de nadie. Deseaba guardar secretos los rumbos de sus viajes, como si esto fuese posible, y pretendía engañar á sus pilotos, cual si fuesen niños, llevando doble cuenta de las leguas navegadas. También los reñía al sorprenderlos tomando notas para hacer estudios aparte y les decomisaba éstos y todos sus papeles.

El extremoso personaje hasta llegó á suponer, con una ligereza poco noble, que este encallamiento era obra de su maestre, puesto de acuerdo con los Pinzones. Y el único que podía salvarle en este trance apurado era un Pinzón, el hermano de Martín Alonso, el capitán de la *Niña*, Vicente Yáñez, que navegaba cerca de la *Santa María* y acudió inmediatamente en su auxilio.

Consignó el Almirante en su Diario todo lo que pasaba por su imaginación excitadísima en aquel momento. Hasta acusó de cobarde á Juan de la Cosa diciendo que se había echado en el batel con varios marineros, y en vez de atender al ancla para salvar la embarcación, huyó en busca de la *Niña* para refugiarse en ella. Juan de la Cosa murió, mucho después que Colón, sin tener noticia de las cosas raras é injuriosas que éste había escrito en su Diario para explicar un naufragio que no era culpa de nadie, ó del cual eran autores todos, por su descuido en esta Nochebuena, empezando por el jefe. Como

no conoció jamás tal acusación, el célebre piloto que había de morir tan heroicamente en el Nuevo Mundo no pudo defenderse. Pero es lógico suponer que si se apresuró á ir en el batel á reclamar el auxilio de la *Niña*, fué por darse cuenta de que este accidente no tenía remedio.

Los buques de entonces no conocían aún el forro metálico á partir de la línea de flotación, el revestimiento de cobre ó de hoja de plomo, innecesario en los mares de Europa, y que empezó á resultar inevitable á los pocos años de ser descubierto el Nuevo Mundo. En los mares del trópico, la llamada «broma», carcoma acuática, iba perforando la tablazón de los buques, á pesar de su revestimiento de brea. La *Santa María*, que ya había sido carenada en Cuba porque venía haciendo agua á causa de la «broma», se rasgó por los flancos como si fuese de cartón. Se le abrieron los «conventos», ó sea los vacíos de pura tabla que existían entre las costillas de la nave, y el agua penetró en ella por todas partes.

Cortaron sus palos para aligerarla, y esto no sirvió de gran cosa, pues el casco estaba sujetado por las rocas submarinas. El Almirante se trasladó á la *Niña*, para ver si desde ella podía intentar una operación que sacase á flote á la nao, y en vista de la imposibilidad de salvarla, volvió á ella al romper el día.

Primeramente envió á tierra el batel con los dos hombres de su mayor confianza, Diego de Arana el alguacil mayor y Pero Gutiérrez el repostero de los reyes.

Este último se mostraba aún como atolondrado por los diversos sucesos de aquella noche. Después de la cena había estado con el Almirante escuchando los cánticos de la marinería. Las guitarras acompañaban canciones sobre el nacimiento del Niño Dios. Unos vascongados entonaban á voces solas villancicos en lengua de su país. El arpa del irlandés sonaba en la proa como una música aparte, melancólica, semejante á las vibraciones de un delgado vaso de cristal bajo el roce de los dedos.

Cerca de medianoche, el señor Pero Gutiérrez, que había bebido gran parte de un frasco de vino de Córdoba perteneciente á Diego de Arana, abandonó su dormitorio, deslizándose en la antecámara del Almirante.

El paje Lucero, como si presintiese este peligro des-

pués de la cena extraordinaria de aquella noche santa, estaba de pie en la puerta que daba al balconaje interior del alcázar de popa. Se hallaba de espaldas, y el repostero pudo acercarse lentamente sin ser oído, pasando los brazos por su cuello, atrayéndola sobre su pecho, besando su nuca juvenil. Pero inmediatamente se dió cuenta de que el falso paje no estaba solo. Hablaba en voz muy queda con alguien que estaba oculto á un lado del quicio del portalón.

Gritó levemente la joven bajo la influencia de la sorpresa, intentando desasirse, é inmediatamente se mostró Fernando, que era quien hablaba con ella.

La hermosa tranquilidad de aquella noche los había atraído, conversando ocultos en la sombra, como si estuviesen junto á una reja en una callejuela de Andalucía.

Cuevas reconoció en seguida al hombre que abrazaba á Lucero. Vivía fresco en su memoria el recuerdo de aquella noche en que el señor Pero Gutiérrez lo había sorprendido allí mismo, valiéndose de su turbación para golpearle.

No se dió cuenta en este momento de las razones que pudiera tener dicho hombre para acariciar tan osadamente al que todos creían un paje. Sólo se acordó de que era para él el más odiado de cuantos iban en la armada, y que debía aprovechar la ocasión devolviéndole sus golpes. Y como aún se mantenía abrazado á la joven, pugnando por besarla, pues todo esto ocurrió en un breve espacio de tiempo, Cuevas, cerrando sus puños, dió al personaje unos cuantos golpes en el rostro y la cabeza, que le hicieron vacilar, soltando á Lucero.

Quedó tambaleando, y al rehacerse y querer marchar contra el paje, empezaron á sonar las voces de alarma del timonero, resonando las tablas de proa y de popa bajo las pisadas de muchos que acudían.

Se estremeció la nao desde la quilla á los topes de sus mástiles y quedó inmóvil, inclinándose sobre un costado con tal violencia, que las velas bajas tocaron el agua tranquila.

Gutiérrez se vió envuelto en esta alarma general, dejando de ver á los dos jóvenes, sin otro recuerdo de ellos que el escozor de su rostro por los golpes recibidos. Luego

tuvo que lavarse varias veces con agua fresca, temiendo que á la llegada del día reparasen sus amigos en estas huellas violáceas. Pero el Almirante no le miró siquiera al pedirle que fuese á ver inmediatamente al rey del país, ni sus compañeros del batel se fijaron tampoco en su rostro, mientras navegaban hasta la población que habitaba Guanacaré, situada á legua y media del banco en que habían encallado.

Al recibir el reyezuelo indio la visita de Arana y de Gutiérrez empezó á llorar; pero como sus lágrimas no podían poner en salvo á la *Santa María*, siguiendo los consejos de los dos blancos, envió á todos sus súbditos, con muchas y muy grandes canoas, para que sacasen á tierra todo lo de la nao. Así se hizo, y en breve tiempo, con ayuda de la marinería, quedaron las dos cubiertas y ambos alcázares sin sus muebles, cordajes de repuesto, artillería, anclas y demás útiles de navegación ó de guerra.

Mientras tanto, Guanacaré, sus hermanos y parientes ponían diligencia en guardar todo lo que se sacaba á tierra para que no hubiese robos, y de cuando en cuando consideraba el reyezuelo un deber de hospitalaria cortesía enviar uno de sus parientes al Almirante, llorando como había llorado él, para decir á éste que no sintiese pena ni enojo por tal desgracia, pues él estaba dispuesto á darle cuanto pidiese. Y todo el pueblo, por no ser menos, lloraba igualmente, mientras seguía trabajando en la nave ó guardaba sus objetos en algunas casas que el rey había mandado vaciar para el caso. Colón llamaba á Guanacaré el «rey virtuoso», afirmando que él y todos sus súbditos eran «la mejor gente de la tierra, con una habla la más dulce y mansa del mundo y siempre con risa».

Cuando el Almirante estaba haciendo entender al enviado del reyezuelo su conformidad con lo sucedido para que no siguiese llorando, llegó una canoa tripulada por gentes de otra población, quienes traían algunos pedazos de oro, queriendo darlos por un cascabel, pues ninguna otra cosa deseaban tanto como obtener cascabeles.

Apenas la canoa llegó junto á la carabela, los indios empezaron á mostrar sus pedazos de oro, gritando al mismo tiempo: «¡*Chuq!* ¡*chuq!*», con cuyas voces querían

imitar el ruido de los cascabeles, la más asombrosa y mágica de las músicas para ellos. Después de hacer el rescate, estos indígenas se marcharon, no sin antes hablar con el Almirante, rogándole que les guardase para el día siguiente otro cascabel, pues volverían en su busca, dando por tal objeto cuatro pedazos de oro en hoja tan grandes como la mano.

Un marinero que venía de tierra dijo á Colón que era cosa de maravilla ver las piezas de oro que los cristianos estaban adquiriendo casi por nada, y que todos los indígenas afirmaban que esto valía muy poco en relación con el oro que traerían antes de un mes.

No necesitó más Colón para sentirse alegre, olvidando la reciente desgracia. Guanacará, dándose cuenta de que su huésped celestial sólo se regocijaba al oír hablar de oro, le dijo que levantase su corazón, que él le entregaría cuanto oro quisiera si le daba tiempo para traerlo de Cipango, distrito del interior de la isla al que ellos llamaban Cibao.

Contento por estas noticias, convidó á Guanacará á comer en la *Niña*, y luego se fueron los dos á tierra, donde á su vez, el monarca indio lo obsequió con una colación de dos ó tres clases de ajos con camarones y el pan que ellos llamaban cazabe. Luego pasearon por unas arboledas inmediatas á las casas, y más de mil personas, todas desnudas, seguían á su rey y al enviado del cielo.

Paseaba Guanacará orgulloso de su nuevo aspecto. Colón le había regalado una de sus camisas, y la traía puesta. Igualmente le había dado unos guantes, y esto es lo que más apreciaba el reyezuelo como majestuoso signo de su alcurnia. Hablaba poco, lo mismo que todos los jefes de tribu, expresándose por medio de señas, con tal autoridad, que Colón había acabado por admirar su mímica. Para Guanacará era el mayor de los lujos llevar enfundados sus dedos, pues esto daba mayor novedad y fuerza á su lenguaje manual.

Después de la comida había hecho que sus domésticos le trajesen ciertas hierbas, con las que se fregó mucho las manos, y el Almirante ordenó que Lucero le diera aguamanos en una jofaina ó bacín y un jarro de

metal blanco, objetos que excitaron la admiración y la codicia del reyezuelo.

Cuando se cansaron de pasear por la playa, el Almirante envió á la carabela por un arco turquesco y un manojo de flechas, haciendo tirar á un hombre de la tripulación muy hábil en ello, y á Guanacará le pareció esto gran cosa, hablando de los caribes, que al venir en sus grandes canoas á la caza de hombres, traían arcos y flechas, aunque sin hierro, todas de caña y de madera dura, pues en aquellas tierras no había memoria de ningún metal, salvo el oro, y éste sólo lo usaban como adorno religioso por ser materia incorruptible.

Dijo el Almirante por señas que los reyes de España mandarían destruir á los caribes, y para probar la fuerza con que contaban, ordenó á su gente que disparase una bombardita y luego una espingarda, arrojándose al suelo la mayor parte de los indígenas al oír el estrépito de tales detonaciones.

Guanacará dió á Colón una gran carátula con pedazos de oro en las orejas y los ojos, además de otras joyas de oro que había puesto al Almirante en la cabeza y el pescuezo, obsequiando con presentes de menos valía á otros cristianos, familiares del gran jefe blanco. Como el oro parecía ejercer cierta influencia medicinal sobre el Almirante, «se le templó la angustia y pena que había recibido y aún tenía por la pérdida de la nao, y conoció que si Nuestro Señor le había hecho encallar allí, era porque hiciese asiento en dicho lugar».

—Tantas cosas me vienen ahora á la mano—dijo el Almirante á sus íntimos—, que verdaderamente este desastre lo tengo por gran ventura. Conviene que yo deje aquí gente, y de no perder la nao no hubiera podido hacerlo, pues me habría sido imposible dejarles tan buen aviamiento, tantos pertrechos, tantos mantenimientos y aderezos para fortaleza como agora puedo dejar por la pérdida de la nao.

Muchos de los tripulantes de la *Santa María*, influenciados por la mansedumbre y dulzura de aquellos indios, así como por la cantidad de oro, todavía no considerable, pero que todos los del país anunciaban como enorme en breve plazo, habían pedido al Almirante licencia para

quedarse en dicha tierra. Esto mismo era lo que deseaba Colón, y concedió entera libertad á todos los que quisieran quedarse allí, sin poner reparo en su número, hasta que él volviese de España en un segundo viaje.

Con la tablazón y los costillares del navío encallado ordenó que construyesen un edificio alto, á estilo de torre, y una gran cava ó foso con empalizadas de madera, abarcando todo el terreno inmediato á la improvisada fortaleza. No creía necesarias tales defensas al quedar los suyos entre gentes desnudas y sin armas, pero las consideró conveniente, para darlas idea del poder de los hombres blancos.

La isla Española la juzgaba enorme, exagerando sus dimensiones, como todo lo que iba viendo en las tierras descubiertas. Creyó en los primeros días que era más grande que Inglaterra. Ahora se limitaba á considerarla mayor que Portugal, pero con doble cantidad de habitantes, todos ellos tímidos y cobardes. Pensaba dejar en este fuerte de tablas mantenimientos de pan y vino para más de un año, simientes que sembrar y la barca de la nao naufragada, para que pudiesen hacer exploraciones en las costas. Todos los menestrales de la *Santa María* debían quedarse en el fuerte, el calafate, el carpintero, el tonelero y también el bombardero, ya que la artillería del buque, bombardas y pasavolantes, se instalarían en aquél.

—Todo es venido mucho á pelo para que se haga este comienzo de población—decía el Almirante—. Todo fué gran ventura y determinada voluntad de Dios que la nao encallase aquí, pues yo iba siempre con intención de descubrir, y no hubiese parado aquí más de un día, siguiendo adelante.

Durante su ausencia, los que se quedaban en el fuerte irían rescatando oro, y especialmente podrían averiguar dónde estaba la gran mina en que lo cogían los indios. A Guanacará seguía teniéndolo por «muy virtuoso», pero estaba seguro de que, por mantener su importancia con los hombres blancos, quería que todo el oro que éstos recibiesen fuese por su mano, para lo cual ocultaría siempre el lugar donde estaban las minas.

Un sobrino del rey, muy mozo y de buen entendi-

miento, según decía el Almirante, habló con éste de Cibao y otros nombres de tierras abundantes en oro, que Colón tomaba por islas, y eran pequeños reinos de la Española.

Olvidó el almirante recién naufragado la nave destrozada, todavía á su vista, y la pequeñez de la única carabela con que podía contar, para exaltarse acariciando la esperanza de una enorme cosecha de oro. Cuando él volviese á la Navidad—pues este era el nombre que había dado á la fortificación de tablas, teniendo en cuenta que el naufragio ocurrió el día de la fiesta mencionada—, iba á encontrar seguramente un tonel lleno hasta los bordes del oro rescatado por su guarnición, y también valiosos almacenajes de especiería.

Tan enorme se imaginaba la recolección de oro, que ya empezó á pensar en un empleo glorioso.

—Antes de tres años—decía á sus íntimos—tal vez emprenda y aderece con Sus Altezas la conquista de la Casa Santa de Jerusalén. Quien tiene oro tiene fuerza y poder, y no hay quien lo venza.

El jueves 27 de Diciembre, al salir el sol, volvió á la carabela el rey de aquel país, y como sabía los gustos del Almirante, le dijo que había enviado por oro, mucho oro, y que lo quería cubrir de este metal á él y á los suyos antes de que se fuesen. Este Guanacaré mostraba siempre gran facilidad para derramar lágrimas y hacer promesas hiperbólicas.

Luego comió el Almirante con él y dos hermanos suyos, hablando siempre del oro, y antes de que se levantasen de la mesa llegaron unos indios para dar la noticia de que la carabela *Pinta* estaba anclada en un río de aquella costa, á varias leguas de distancia. Guanacaré despachó una canoa á su encuentro, instalándose en ella con los remeros indios un marinero de la confianza de Colón, encargado de buscar al señor Martín Alonso y contarle lo ocurrido.

En los días siguientes el Almirante vivió en tierra, dando prisa á los que trabajaban en la construcción del fuerte. Cada vez que se encontraba con el reyezuelo ó sus principales caciques cambiaban obsequios. Guanacaré le ponía en el pescuezo grandes placas de oro ó ca-

rátulas con las orejas y los ojos del mismo metal. Otras veces se quitaba una especie de corona de su cabeza, poniéndola en la del Almirante. Este se despojó de un collar de cuentas muy hermosas y de lindos colores para regalarlo al reyezuelo. Otro día se quitó el capuz de fina grana, que era el color de los almirantes, para vestírselo á Guanacará. Luego envió á Lucero por unos borceguíes de igual color, que le hizo calzar, y le puso en el dedo un gran anillo de plata que el monarca indio venía admirando desde algunos días antes.

Todos estos regalos exaltaban la generosidad del indio, más verbal que efectiva. Al saber que Colón tenía decidido marcharse tan pronto como se lo permitieran los vientos, le hizo decir por uno de sus privados que no se fuese, pues había mandado hacer una estatua de oro puro tan grande como su cuerpo, y no se la traerían hasta pasados diez días. También envió uno de sus allegados á la carabela para pedirle el bacín y el jarro de aguamanos, que tanto excitaban su admiración y su codicia, y el Almirante, creyendo que necesitaba dichos objetos para mandar hacer otros de oro puro, destinados á él, se los envió y no supo más de ellos.

Regresó la canoa que había ido en busca de la *Pinta*, sin que el marinero enviado de Colón hubiese podido avistar á dicha carabela. Luego se supo que la canoa se había detenido y vuelto atrás á muy corta distancia de la desembocadura fluvial donde estaba Martín Alonso.

Este viaje de veinte leguas sirvió para que el marino volviese haciéndose lenguas de la riqueza de aquellas costas, habiendo visto á un rey que traía en la cabeza dos grandes placas de oro y á otros indios con adornos del mismo metal.

Colón se dispuso á partir en la carabela de Vicente Yañez. Como despedida organizó el 2 de Enero, en honor de Guanacará, una especie de fiesta militar. Buscaba tal vez con ella rehacer un tanto la opinión de aquellas gentes sencillas, el prestigio celestial de los blancos.

Habían presenciado el naufragio de la *Santa María*, y esta desgracia amenguaba el concepto divino en que tenían á los hombres salidos del mar. Eran náufragos, y en muchos pueblos primitivos los náufragos estaban

dedicados á la muerte desde el momento que los salaba el agua del mar.

Adivinó Colón cierto peligro para los que iba á dejar en tierra, si se alejaba sin dejar fijo en aquellas mentalidades rudimentarias los poderes misteriosos de que disponían los hombres blancos. Mandó armar en tierra una bombardera de las que iban á defender el fuerte de la Navidad é hizo que disparase contra el casco de la nave encallada. Los indios vieron con asombro cómo la gran pelota de piedra atravesaba los costados del casco perdido, yendo á hundirse muy lejos en el mar. Hizo también que los que iban á quedarse en el fuerte, así como la gente de la carabela, todos con espadas, rodeles, espingardas, lanzas y vistiendo corazas los que la tenían, realizasen una especie de escaramuza, con abundantes tiros, saetazos al aire y toques de arma. Todo esto fué con el pretexto de mostrar á los naturales cómo los defenderían los blancos de sus enemigos los caníbales, si es que llegaba el caso, y al mismo tiempo «para que tuviesen por amigos á los cristianos que él dejaba y para que los temiesen».

Se había cerrado la lista de los que se quedaban en el fuerte de la Navidad. Eran cuarenta y uno. Como primer jefe fué designado Diego de Arana por el Almirante. Al fin el hidalgo cordobés iba á ver realizadas sus ambiciones de autoridad. Quedaba con un poder absoluto en tierras nuevas y desconocidas, pudiendo ejercer su gobierno sobre muchedumbres de hombres desnudos y sumisos, y realizando además el descubrimiento de minas portentosas, cuya proximidad presentían todos y nadie había visto nunca.

Iban á ser sus tenientes Pero Gutiérrez y Rodrigo de Escobedo, el escribano real. Gutiérrez había venido en este viaje deslumbrado por el oro del Gran Kan. Con ese deseo llevaba dado á Colón lo mejor de sus economías para que éste pudiese costear la octava parte de los gastos de la expedición y percibir la misma cantidad en las ganancias. El oro rescatado hasta entonces era poco. Resultaban infinitamente más grandes las esperanzas que la realidad. El necesitaba recobrar su dinero y con intereses enormemente usurarios, como era de uso en las

empresas de entonces. Y se quedaba allí para defender su negocio, creyendo tanto como el Almirante en inmediatas y fabulosas ganancias.

Amaba el oro lo mismo que Colón, pero sin sus entusiasmos líricos, de una manera egoísta y baja, no viendo en él un símbolo de gloria y de poder, sino un simple medio de saciar los apetitos de su vanidad. El escribano real se quedaba igualmente para que no sufriesen menoscabo los derechos de Sus Altezas en el reparto de aquellos tesoros que iban á descubrirse.

Quedábanse también en la fortaleza todos los amigos de Fernando Cuevas, gente brava, predispuesta á las aventuras, considerando con mayor atractivo la permanencia en aquel país misterioso, del cual sólo habían visto una pequeña parte de costa, á regresar á España, tierra conocida, donde no podía aguardarles nada extraordinario. Los marineros vizcaínos, antiguos pescadores de ballenas, se quedaban en la Navidad, primer pueblo cristiano de estas tierras nuevas, y también los andaluces, que habían comerciado con los reyes negros de Guinea, así como el inglés y el escocés.

Fernando se enteró por Lucero de que su nombre figuraba entre los que iban á instalarse en la Navidad. El paje del Almirante lo había descubierto por azar en la lista que su señor tenía sobre una mesa, mientras arreglaba la choza grande donde estaba alojado éste, cerca del fuerte, próximo á su terminación.

Cuevas no había pensado nunca quedarse allí ni hecho solicitud alguna, lo que le hizo temer inmediatamente que esto debía ser alguna trama urdida por Pero Gutiérrez. Luego, los dos jóvenes se fueron enterando de que el antiguo repostero pretendía quedárselo como paje á su servicio.

Una tarde se acercó Fernando Cuevas á su antiguo señor el Almirante, con la cabeza baja y dando vueltas al gorrillo rojo entre sus manos. Deseaba volver á España y á nadie había pedido quedarse en el fuerte de la Navidad.

Don Cristóbal se asombró de esta protesta, atribuyéndola á miedo.

—Siempre te tuve por mancebo arriscado y de muchos

hígados—siguió diciendo Colón—. De quedarte aquí, farías gran fortuna. Toneles van á llenar de oro hasta la boca.

Pero al ver á su paje Lucero que permanecía á corta distancia de ellos, fingiendo ocuparse del arreglo de los taburetes de palma trenzada, de las mantas de algodón con listas colorinescas y otras cosas remitidas por Guanacari para su alojamiento en tierra, se acordó de que este paje de escoba y su propio paje eran hermanos y no querían separarse.

La palidez de Lucero, sus miradas furtivas é inquietas, hicieron dar al Almirante una respuesta bondadosa. En la *Niña* faltaba espacio, é iba á ser penosa la vuelta á España; pero de todos modos, accedió á la petición de Cuevas.

En los días anteriores á la partida de la carabela vieron los dos jóvenes, repetidas veces, á su enemigo el repostero real.

Se había instalado ya en tierra, ocupando por entero una de las casas cedidas por Guanacari. Era el primer teniente y sucesor inmediato de Arana, gobernador del fuerte. Como hasta ahora había ido en la expedición como amigo del Almirante, sin cargo alguno, su nueva dignidad parecía haber aumentado su orgullo. Dos pajes de la nao eran sus servidores particulares. Tenía además cerca de él á varios indios que Guanacari le había regalado, atendiendo á sus instancias.

Cuevas lo vió algunas veces en las arboledas de tierra adentro llevado en hombros por sus esclavos. Fué el primero de los blancos que estableció esta servidumbre locomotiva. Los indios habían tomado en hombros voluntariamente á los hijos del cielo cuando en los viajes al interior era necesario vadear ríos, lagunas y barrizales. El antiguo repostero, para hacer constar de una manera indudable su nuevo señorío, quería que sus indios le llevasen en alto, como á los hermanos del rey del país, que marchaban del mismo modo en las ceremonias religiosas, detrás de las andas ocupadas por Guanacari.

El 2 de Enero se despidió el Almirante de su amigo el «rey virtuoso», y éste le rogó una vez más que se quedase—sabiendo que no podía hacerlo—, con la promesa

de que si se quedaba podría regalarle aquella quimérica estatua de oro que decía haber encargado.

Luego habló el Almirante con Diego de Arana y sus dos tenientes, Gutiérrez y Escobedo, haciendo constar todo lo que les había dejado para que se remediasen en su ausencia, durante la cual iba á caer una lluvia de oro sobre el fuerte de la Navidad. Les cedía todas las mercaderías que los reyes habían mandado comprar para los rescates, y que eran muchas, objetos brillantes, sonoros y de exiguo valor, que ellos podrían trocar con enorme ventaja. La barca de la nao perdida quedaba lista para hacer viajes por la costa. Podían, antes de que él regresase, buscar «un sitio más favorable para establecer una nueva población, porque aquél no era puerto á su voluntad, y ellos harían mejor designación, luego que hubiesen descubierto la mina de oro». Tenían bizcocho y vino en abundancia, y también podían contar con los alimentos propios del país que les proporcionarían los indígenas.

Además de los obreros de diversos oficios, también se quedaban en la Navidad el físico de la armada y el cirujano, para atender á su guarnición, así como maestro Diego el herborista, que haría exploraciones en la selva para encontrar las especias ricas, pues indudablemente había muchas en la tierra. El maestro bombardero, «muy hábil en toda clase de ingenios», atendería á todas las cosas necesarias para la defensa de la fortificación. Y en la misma noche del miércoles 2 de Enero se trasladó el Almirante á la *Niña*, no bajando más á tierra.

Al día siguiente, jueves, no le fué posible partir. El mar estaba algo alterado y la carabela se mantenía segura al abrigo de las restingas. Tenía además que esperar á los indios traídos de las primeras islas descubiertas, muchos de los cuales habían quedado en tierra con diversos pretextos.

Quería Colón llevarlos á España, especialmente las mujeres, y al ver que sólo venían á la nave unos cuantos indios varones, envió la barca á tierra para buscarlos, determinando no partir hasta el día siguiente, 4 de Enero.

Fernando Cuevas, que era amigo de los que remaban

en la barca, se metió en ella, y Lucero, cediendo á sus deseos, se entró también en dicho batel, protestando la necesidad de recoger algunas pequeñas cosas de su señor que fingió haber dejado olvidadas en la choza ocupada por éste. Los dos jóvenes, al llegar á tierra, pasaron disimuladamente por detrás de los bohíos inmediatos al fuerte recién construído, donde Guanacará instaló á los cristianos y sus objetos después del naufragio.

Cuevas había explorado ciertas arboledas de tierra adentro que le recordaban la selva de Cuba, siempre perenne en su recuerdo. Presentían los dos que ya no pisarían más tierras en este lado del Océano. Iban á vivir en la pequeña carabela hasta que descubriesen las costas de España.

Avanzaron, sintiendo igual embriaguez panteísta que en la selva de Cuba. Eran las mismas mariposas revoloteando en un aire verde, semejante al agua de las profundidades marinas; en las bóvedas del ramaje cantaban los mismos pájaros, pero no había ningún árbol comparable con el gigante que amparó bondadosamente los primeros estremecimientos de su posesión mutua. Tampoco existía aquel lago marino, cerrado por una cadena de peñascos casi invisibles, que les había permitido verse desnudos como las primeras parejas de la creación.

—¡Oh, Fernando!—suspiró ella, apoyando su cabeza en un hombro del mancebo, vencida sin duda por los recuerdos.

Y los dos, pensando en la otra selva lejana, acabaron por sentarse, y finalmente, por tenderse bajo uno de aquellos árboles de follaje tan verde y jugoso que sus hojas parecían negras, y cuyos frutos, todavía sin sazonar, habían preocupado tantas veces al Almirante, comparándolos con las especias asiáticas traídas de España.

Ahora mostrábase más desconfiados que en la otra selva, tal vez por ser menos inocentes.

Lucero sentíase miedosa al pensar que á un cuarto de legua de ellos, tal vez menos, había sido levantado el fuerte, y en torno se movían cuarenta cristianos ansiosos de reconocer, en este primer día de libertad, la tierra donde iban á vivir más de un año.

Mostrábase Cuevas más tranquilo y seguro, pues en

las exploraciones que llevaba hechas con los marineros se había acostumbrado á poner oído atento á todos los ruidos de arboledas y matorrales, para adivinar las pisadas casi imperceptibles de esta gente desnuda.

Volvieron á olvidarse los dos de cuanto les rodeaba, lo mismo que al pie del árbol gigantesco. Después de conocer la misma felicidad carnal, Fernando, incorporándose, acarició á Lucero con amoroso agradecimiento. Estaba sentado en el suelo, teniendo la cabeza de ella sobre sus propias rodillas, y la besaba en silencio.

De pronto repelió á la joven y se puso de pie bruscamente. Alguien se aproximaba, y sus pasos no eran de pies desnudos. Tal vez algún hombre de los del fuerte que iba á sorprenderles sin previa voluntad.

Cuando vió abrirse los matorrales y asomó entre ellos su rostro el señor Pero Gutiérrez, se dió cuenta el mancebo de que venía buscándolos por la selva hacía mucho tiempo. Acaso los había visto desde lejos, cuando se deslizaban por detrás de los bohíos cercanos al fuerte. También podía ser que alguno de los marineros le hubiese enterado por azar del desembarco de los dos pajes.

La sonrisa cruel y agresiva de este hombre hizo adivinar al mancebo lo que iba á ocurrir. Llevaba en su diestra dos de aquellas flechas de caña, largas y cimbreantes, del tamaño casi de un venablo, con punta de varilla dura, un diente de pez á guisa de hierro y una coronilla de hierba en torno á dicha punta para que emponzoñase la herida. Eran flechas de los caribes, guardadas por la gente del país, y que Gutiérrez se había hecho dar como armas exóticas merecedoras de interés.

Siguió adivinando Fernando que estas dos flechas se las iba á arrojar como venablos, y tal vez lo pasasen de parte á parte, por ser muy sutiles y corta la distancia. Luego caería sobre Lucero. Después de lo ocurrido cuando el encallamiento de la nao, ya no era un secreto para Cuevas que el antiguo repostero de los reyes conocía la verdadera personalidad del paje del Almirante. Y si su cadáver, atravesado por las dos flechas, lo encontraban luego en la selva, esta muerte sería atribuída por los cristianos de la Navidad á caribes recién desembarcados ó á un grupo de indígenas venidos del misterioso interior.

Todo esto lo pensó el paje en menos de un segundo, con la celeridad vertiginosa de los momentos angustiosos.

Gritó á Lucero, que estaba aún medio tendida en la hierba, recomendándole que no se levantase, y él dió un salto atrás casi en el mismo momento que pasaba junto á su rostro algo ondeante y silbador como las serpientes aladas que aparecen en los cuentos. Luego continuó saltando de un lado á otro para evitar aquella punta que le seguía amenazante en todas sus evoluciones. Con el brazo en alto movía Gutiérrez igualmente su segunda flecha, para asestar un golpe más certero.

«¡No haber traído cuchillo!» Esto era lo único que repetía en su pensamiento el joven, lamentándose de que los pajes no tuviesen derecho en las naves á poseer esta arma, y arrepentido también de no haberlo pedido prestado á cualquier marinero del batel antes de meterse en la arboleda.

Silbó la segunda flecha, y en vez de perderse, como la anterior, en la espesura, quedó clavada y vibrante en el tronco de un árbol.

Fernando corrió hacia ella, arrancándola con rabioso esfuerzo. Al verla en su mano, extraída del tronco y completamente suya, dió bufidos de alegría y marchó arrogante contra su enemigo.

—¡Ah, don traidor!—gritó el paje.

Pero el hombre llamado por él así avanzaba ahora con su espada en la diestra y empezó á tirarle tajos y estocadas.

Otra vez la agilidad juvenil reanudó su lucha con la fuerza pesada y arrolladora. Gutiérrez era más vigoroso que él, pero menos ligero de piernas, y al tirar una de sus cuchilladas inútiles quedó de perfil junto al mancebo, que acababa de ladearse en uno de sus saltos.

Entonces, Fernando, valiéndose de la flecha india como si fuese una lanza, la clavó en el cuello de su enemigo. Y después de esto quedó vacilando y pronto á saltar otra vez, como si aún se creyese en peligro.

Vió dos manos que se elevaban para agarrar la caña cimbrente, cuyos temblores parecían aumentar el dolor de la herida.

Algo cayó á los pies de Cuevas. Era la espada del otro. Vió también, en el breve espacio de uno de esos momentos que parecen en toda vida de una duración interminable, cómo se escapaba por debajo de la corona de hierbas de la flecha un hilillo rojo, cada vez más ancho en las crecientes tortuosidades de su descenso.

El herido gimió sordamente. Fué un rugido doloroso, semejante al que lanzan las grandes bestias en el matadero.

—¡Vámonos, vámonos!—dijo Fernando, dando una mano á la aterrada joven para que se levantase, pues se había mantenido hasta entonces encogida en la hierba por el asombro y el terror.

Corrieron los dos hacia el mar, creyendo en el primer instante que los perseguía el herido, pues seguían oyendo sus estertores. Luego tuvieron la convicción, sin saber por qué, de que no podía perseguirlos. Debía estar caído en tierra, siempre con las dos manos en aquella caña vibrante que intentaba arrancar de su cuello, desistiendo en seguida por los crueles dolores que se causaba con el tirón. Tal vez aquellos insectos de coraza metálica y vivos colores, tan abundantes en la selva, acudían ya en torno á él, atraídos por el humeo cálido y el olor de su sangre.

Permanecieron ambos jóvenes algunas horas junto al batel, mirando con disimulada inquietud hacia las arboledas de tierra adentro. Temían que alguien del fuerte descubriese á Gutiérrez, todavía vivo, y escuchara su confesión.

Los marineros de la barca no creían llegado el momento de volver á la carabela. De los indios que iban en la armada faltaban aún muchos. Todas las mujeres habían desaparecido, ocultándose en los bohíos de tierra adentro. Sólo podían contar con algunos hombres de las primeras islas descubiertas, los cuales preferían volver al «bosque flotante», ó sea á la carabela, mejor que seguir en una isla enorme, de cuyas gentes se veían diferenciados por una variación en el lenguaje y las costumbres que ellos solos podían apreciar y que pasaba inadvertida para los blancos.

Al fin, á la caída de la tarde, el patrón del batel se

decidió á volver á la carabela. Ya no recogería más indios. Era inútil esperar á las mujeres.

Pasaron una gran parte de la noche los dos pajes mirando con inquietud la línea negra de la costa. Temían aún que fuese descubierta por un azar extraordinario la muerte violenta de aquel teniente del gobernador de la Navidad, y que Diego de Arana viniera en el batel de la destruída nao para hacer saber al Almirante lo ocurrido.

Amaneció el viernes 4 de Enero, sin que nadie viniera de la costa hasta la *Niña*, y ésta levantó las anclas, á pesar de que el viento era escaso. La barca de la carabela, unida por un cable á su proa, la iba remolcando á fuerza de remos, sacándola de las restingas por un canal más ancho que el que había seguido en su entrada.

En la costa, cristianos é indios empezaron á saludar á la *Niña*, que lentamente se iba alejando, sus velas blandas, cual si fuesen alas caídas, hinchándose de tarde en tarde con lentas ondulaciones. Avanzaba su proa sin que se marcase á ambos lados de su filo mas que una leve arruga acuática, sin espumas, sin ondulaciones violentas.

Dos truenos vinieron desde el fuerte, dos disparos de bombardas con pólvora sola. Otras detonaciones más débiles resonaron en la orilla, precedidas por leves espirales de humo. Los marineros poseedores de espingardas las disparaban con un regocijo moruno.

Iban adivinando los dos pajes la identidad de todas las figurillas que se movían en la playa. Vieron al alguacil Arana convertido en gobernador, una mano en la empuñadura de su espada y moviendo la otra con un guante á su extremo, afable, protector y altivo al mismo tiempo, cual corresponde á un gobernante. A su lado el escribano real; y el otro teniente, el señor Pero Gutiérrez, faltaba junto á los dos.

Cuevas fué reconociendo igualmente á todos los hombres que había servido como paje hasta unos días antes: el inglés Tallarte de Lages, siempre silencioso, que había querido quedarse allí porque nada tenía que hacer en ninguna otra parte de la tierra y le placía la sociedad de tan alegres habladores, á los que podía escuchar, aprobándolos en silencio; los otros hombres vascongados y

andaluces; el carpintero, el calafate de la nao perdida, el tonelero, un sastre, que había remendado varias veces el único sayo de Fernando, y el platero de Sevilla, venido para ensayar el oro de las minas del Gran Kan, y que hasta la hora presente no había podido ejercer su oficio. ¡Adiós!... ¡Adiós á todos!

Los tripulantes de la *Niña* agitaban sus gorros dando alegres gritos, pero al mismo tiempo muchos de ellos tenían en sus rostros una expresión melancólica. ¡Quedarse aquellos cristianos perdidos en un mundo recién descubierto, del que sólo habían conocido, los que se iban y los que se quedaban, una breve cinta de costa!

Desde tierra continuaban gritando y haciendo disparos. ¡Adiós á los que se volvían á España! Cuando tornasen iban á encontrar lleno de oro hasta la boca aquel tonel que les había dejado el Almirante.

Nadie de ellos sospechaba que estaban todos señalados indefectiblemente para una próxima muerte, que ni uno solo existiría cuando volviesen en un segundo viaje los que ahora se alejaban.

Cuevas miró á un lado y á otro, extrañando la ausencia del irlandés. De pronto lo descubrió cerca de la carabela.

Había ido saltando los peñascos de las restingas hasta colocarse en uno más grande y avanzado, igual á un islote, y que tenía una diadema á ras del agua de hierbas marinas y conchas. Estaba sentado en lo alto de dicha roca con algo que apoyaba en sus rodillas y parecía acariciar con el movimiento de sus manos.

Adivinó el paje que era el arpa fabricada por él. Imposible oír su música, pero creyó adivinarla por el acompasado movimiento de sus dedos al pellizcar las cuerdas. ¡Adiós, Garbey!

El irlandés también saludaba á su modo á los que se iban, y esta despedida musical era el himno funerario de los que se quedaban en la Navidad.

En el que la Muerte enseña su rostro á los argonautas españoles, cansada de la felicidad de este viaje.

Una montaña de forma piramidal, que el Almirante comparó con un hermoso alfaneque, y que parecía isla por hallarse rodeada de tierras bajas, fué levantándose ante la proa de la *Niña*. Colón la llamó Montecristi, y estuvo dos días en sus alrededores á causa de que el viento era flojo.

Temiendo los bajos de esta costa, ordenaba con frecuencia á los marineros que subiesen al tope de los mástiles para poder reconocerlos de más lejos, y el domingo, 6 de Enero, uno de estos vigías vió venir á la carabela *Pinta* navegando con viento de popa. Como no había cerca ningún anclaje seguro, Colón hizo virar á la *Niña*, alcanzando otra vez las diez leguas que había hecho desde Montecristi, y la *Pinta* la siguió en su retroceso.

Cuando las dos carabelas hubieron fondeado en un lugar seguro, pasó Martín Alonso á la *Niña* para ver á su consocio, explicando con razones de navegante la causa de aquella separación involuntaria y expresando al mismo tiempo cierta extrañeza de que Colón no le hubiese seguido á Haití, volviéndose á Cuba, donde permaneció tantos días sin motivo.

Aceptó el Almirante sus razones con sonrisa bondadosa, para escribir luego en su Diario contra «la soberbia y las deshonestidades que Pinzón había usado con él», añadiendo que «le convenía disimular para no favorecer las malas obras de Satanás, deseoso de impedir el buen éxito de la expedición.

Oyendo al capitán de la *Pinta* se enteró de que ésta había llegado á quince leguas del lugar en que ahora estaba el fuerte de la Navidad, y que eran ciertas las noticias dadas por los indios de su presencia, resultando obra del azar el no haberla encontrado el marinero que fué en su busca.

Lo que más alteró el ánimo del Almirante al conocer los pormenores de dicha separación, fué que Martín Alonso había rescatado mayor cantidad de oro que él, por ser el lugar de su fondeadero muy propicio á este comercio ó por tener más habilidad Pinzón para los rescates. Por un cabo de agujeta ó por un cascabel había obtenido «buenos pedazos de oro del tamaño de dos dedos y á veces como la mano».

A su envidia uníase cierto remordimiento. Acostumbrado Pinzón á un trato familiar con sus marineros, se había mostrado generoso en la distribución de las ganancias, compartiéndolas con aquéllos. Del oro rescatado había hecho tres partes, entregando dos á las gentes de su carabela y quedándose con una para resarcirse ligeramente de sus gastos.

En cambio, Colón se había guardado todo el oro adquirido por sus gentes. El no admitía bondades ni favores tratándose del precioso metal. Los marineros, como una compensación de su trabajo, tenían el sueldo dado por los reyes.

Era ya manifiesta la enemistad entre los dos asociados, ocultándola Colón con sonrisas y bondadosas palabras, para desahogar su cólera poco después en las páginas de su Diario de navegación. Martín Alonso, menos disimulado, mostraba sus sentimientos con una franqueza de hombre de mar, tal vez demasiado ruda.

Se alegró el Almirante de haber encontrado á Pinzón el mayor, porque la presencia de la *Pinta* daba una nueva seguridad á su propio viaje de retorno, en una embarcación tan pequeña y débil como era la *Niña*. Se acordaba además, con cierto remordimiento, de las acusaciones ligeras é injustas que consignara semanas antes en su Diario. Pinzón no había partido para España como él se imaginó, ni se había lanzado tampoco á hacer descubrimientos por su cuenta. Se limitaba á esperarle y

repartía entre los suyos generosamente los beneficios del rescate, quitando con esto á sus acusaciones los principales fundamentos.

Temía además lo que este hombre pudiera decir al presentarse ante los reyes. Martín Alonso era simplemente un experto marino, de menos imaginación que el Almirante, un hombre «práctico», que veía la verdad de las cosas más claramente que su asociado, siempre predisuelto á fantasías delirantes. El único desorden imaginativo de su vida lo había mostrado al hablar de las tejas de oro de Cipango.

Ahora estaban en Cipango—según Colón—, y él no veía por ninguna parte techos de oro, ni ciudades, como tampoco los elefantes del Gran Kan, las muchedumbres vestidas de ricas telas, los navíos del comercio asiático y otras suntuosidades de las llamadas Indias. Sólo gente desnuda, de rudimentaria existencia, casi igual á la de los animales mansos que se juntan en manadas; oro muy poco, y las minas, si es que existían en alguna parte, no eran seguramente explotadas, por requerir ello gran trabajo. Y esta gente inconsciente, perezosa é infantil se limitaba á arañar el suelo, contentándose con la recolección de un poco de maíz que la permitiera seguir viviendo sin morir de hambre. En la parte montañosa de la Española era á veces muy vivo el frío, y estos hombres desnudos, sin más que unos manchones colorinescos sobre la piel, temblaban pacientemente, sin pensar en tejer el algodón, cosechado en cantidades enormes, para poder vestirse. El poco oro que usaban como adorno religioso lo habían recogido en las arenas de los ríos por obra del azar. Del Gran Kan no se tenía la menor noticia en dichas tierras. Habían descubierto tal vez un paraíso, pero un paraíso pobre.

Y Colón temía que, al comparecer todos ellos ante la corte, Pinzón, por su rudo amor á la verdad, presentase una versión del viaje muy contraria á la suya.

Existía además entre los dos un odio engendrado por la divergencia de caracteres. Colón sólo podía tolerar á su lado gentes que aceptasen á ciegas lo que él dijese. Y su asociado había vivido siempre en la áspera independencia del marino que es dueño de su barco y va adonde

quiere, no reconociendo sobre él otra superioridad que la de Dios y la del Océano, fuerzas de las cuales se puede vivir esclavo, sin mengua alguna, por ser eternamente superiores á las del hombre. De admitir Martín Alonso todo lo que dijese Colón, obedeciéndolo como un autómata, éste habría seguido creyéndole el mejor de los hombres, como en las primeras semanas del viaje.

Después que cambiaron explicaciones sobre la cubierta de la *Niña*, frente á la alta montaña de Montecristi, surgió entre ambos una nueva divergencia. Al enterarse Pinzón de que cuarenta y un hombres de la flotilla habían quedado en el llamado fuerte de la Naviidad, con los materiales, cañones y víveres de la naufragada *Santa María*, censuró tal disposición del Almirante, considerándola imprudente y de resultados fatales. Estos cristianos, perdidos en un país todavía misterioso, no existirían seguramente cuando volviese la segunda expedición en su busca. Todos iban á desaparecer absorbidos por un oleaje circular de hombres desnudos y cobrizos, que iría encrespándose en torno á ellos al perderse en el horizonte las «selvas flotantes» de los magos blancos.

Habían llorado ó reído los indios, como niños mientras las carabelas con sus truenos estaban en el mar, ancladas á corta distancia de sus chozas. Además habían visto romperse una de dichas islas movedizas, convencidos tal desgracia de que los hechiceros pálidos no esclavizaban enteramente el mar, el aire, la tierra, y eran mortales lo mismo que el hombre cobrizo.

Pinzón protestó de tal abandono, tildándolo casi de criminal, mientras Colón continuaba diciendo que el naufragio de la nao era un milagro de Nuestro Señor, y que él conocía que Dios lo había ordenado así, «porque era el mejor lugar de toda la isla para hacer asiento, más cerca de las minas de oro».

Emprendieron el viaje de regreso los dos jefes de la expedición, odiándose francamente. Tomaron leña y agua en el puerto de Montecristi, y los marineros se ocuparon en calafatear un poco la *Niña* para que no se inundase la bodega.

Las dos carabelas se hallaban en mal estado, y era

preciso volver á España cuanto antes, para evitar un naufragio. La permanencia en estos puertos tropicales les había hecho más daño que la navegación. Sus tablas estaban carcomidas por la broma. Las dos tenían á ambos lados de sus quillas vías de agua, que había que calafatear con frecuencia, obligando igualmente á las tripulaciones á un continuo manejo de las bombas.

Ahora que resultaba urgente el regreso á España, era cuando iban recibiendo en sus diversos anclajes noticias cada vez más interesantes de las tierras próximas. Unos indios hablaban de Yamaye, ó sea la verdadera Babeque, que años después fué Jamaica. Más lejos, á diez jornadas de canoa, que podían ser sesenta ó setenta leguas, vivían gentes vestidas y con barcos de numerosos remeros, indudablemente el Yucatán y Méjico, noticias que Colón aceptó como pruebas clarísimas de que andaba muy cerca de los ricos Estados del Gran Kan, señor de la China.

Más cerca tenían la isla de Carib, habitada por aquellos guerreros antropófagos que venían á cazar hombres en la Española. Esta Carib era unas veces Puerto Rico y otras la isla Guadalupe. Además, interesaba á todos conocer la isla de Matinino, toda ella poblada de mujeres, que recibían anualmente la visita de los hombres de la inmediata isla de Carib. Si después del encuentro anual «parían niños, enviábanlos á la isla de los hombres, y si eran niñas las dejaban con ellas para que fuesen amazonas».

Hasta el 16 de Enero navegaron las dos carabelas siguiendo la costa de la Española. Entraron sus barcas en un río para tomar agua dulce y se maravillaron los tripulantes de que su arena se compusiera en gran parte de granos de oro. En realidad, este oro era simplemente marcasita, que ya había engañado otras veces á los expedicionarios por estar sus granos adheridos á las rocas. Mas para Colón todo lo que relucía era oro, y después de explicar á los suyos cómo las aguas lo habían traído desmenuzado desde las riquísimas minas del interior, le puso el nombre de río de Oro.

Se fueron alejando de Montecristi, que dominaba el horizonte en muchísimas leguas á la redonda. Abunda-

ban en estas costas las tortugas, que venían á desovar en tierra y eran enormes.

Cerca del río de Oro vió el Almirante con sus ojos tres sirenas que «salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara».

Ver tres sirenas no era ningún episodio extraordinario en la vida de Colón. Estaba acostumbrado de larga fecha á estas particularidades de la geografía delirante. Declaraba haber visto otras en Guinea, al visitar de joven la costa portuguesa de la Manegueta. Lo que él sintió fué no poder capturar alguna de dichas sirenas, que eran en realidad manatíes ó vacas marinas, muy abundantes entonces en el mar de las Antillas. Le habría gustado poner en sal á una sirena para llevarla á España y que la vieses Sus Altezas.

Más adelante llamó monte de Plata á una altísima montaña que tenía su cumbre envuelta en nieblas blancas ó plateadas.

Durante esta última exploración de la isla Española, aprovechaba su autoridad de jefe para molestar á Martín Alonso, desautorizando cuanto hacía.

Pinzón había tomado en su carabela cuatro indios del país para llevarlos á España y que aprendiesen la lengua. El Almirante, indignado por esto, que consideró una tiranía, hizo regalos á los cuatro indios, ordenando que se volviesen á sus casas. Y él no había hecho otra cosa, en cuantas islas estuvo, que raptar indios, hombres y mujeres, muchos de los cuales se le habían fugado, pero todavía llevaba diez ó doce en su carabela para que los vieses los reyes de España.

En uno de sus anclajes frente á la costa vino á visitarle un reyezuelo del país con tres de los suyos, dándoles Colón, como era su costumbre, bizcocho y miel, un bonete colorado y ramalillos de cuentas. Estos indígenas y otros les hablaban de la isla de Carib y de la de Matinino, toda poblada de mujeres, sin hombres. Colón lamentó que el estado de sus dos carabelas, que seguían haciendo mucha agua por la quilla, no le permitiese realizar la exploración de dichas islas. Como siempre, situaban en ellas los naturales de la costa las más enormes

riquezas, mucho oro, mucha almáciga y mucho ají, pimienta del país, sin la cual la gente no podía comer. Pero las dos naves, quebrantadas por el viaje, no tenían ya «algún remedio, salvo el de Dios, y era preciso volver», lamentando el Almirante no llevarse unas cuantas de aquellas amazonas de la Matinino para presentarlas á los reyes.

Según iba siguiendo la costa de la Española hacia Oriente, le hablaban los indígenas con más frecuencia de unos hombres pálidos y con barbas, llevando armas iguales á las suyas y hablando la misma lengua, que habían pasado por allí en un bosque flotante. Esto había ocurrido cuando aún eran hombres vigorosos los ancianos venerados ahora por las tribus... Pero el Almirante no mostraba interés por tales noticias, apreciándolas en público como cuentos y embelecocos de indios.

Tampoco—en su segundo viaje en busca del Gran Kan, ocurrido muchos meses después—quiso dar importancia al hallazgo de una popa de nave española ó portuguesa, rota y podrida, que encontró en las playas de la isla Guadalupe. Y todos los panegiristas de Colón pasaron igualmente con ligereza sobre este hallazgo, como si fuese un detalle baladí.

Algunos de los próceres indios, al hablar con el Almirante, aludían á ciertas poblaciones del país, conocedoras de los «hijos del cielo» por tradición, y que mostraban contra ellos una decidida enemistad, fruto tal vez de los malos recuerdos que habían dejado.

El 13 de Enero, tres días antes de abandonar las dos carabelas la costa de la Española, lanzándose á través del Océano con las proas hacia España, un grupo de marineros, al ir á tierra, tuvo un mal encuentro, que fué la primera justificación de los temores de Martín Alonso por la gente que se quedaba en la Navidad.

Tropezaron los blancos con un grupo de más de cincuenta indios desnudos, con los cabellos muy largos, «como las mujeres los traen en Castilla, y con penachos de plumas de papagayos y otras aves. Todos ellos traían grandes arcos y flechas y un pedazo de palo duro á guisa de espada».

Después de recibir á los cristianos con fingida bon-

dad, echaron unos mano á sus armas, mientras otros sacaban cuerdas para atar á los blancos. Estos, que eran siete, al ver por primera vez que la gente desnuda se atrevía con ellos, hicieron uso de sus espadas y ballestas. A un indio le dieron una gran cuchillada en las nalgas y otro recibió un saetazo en el pecho. De no intervenir el piloto que iba al frente del grupo, los seis marineros, enfurecidos por esta agresión inesperada, hubiesen matado á muchos de los indígenas.

De tal modo fué el primer choque entre blancos y cobrizos en las nuevas tierras.

Al recibir el Almirante la noticia, creyó que eran caribes de los que venían en sus canoas á cazar hombres, y temió que los cristianos del fuerte de la Navidad, al llegar en su batel á esta parte de la costa, fuesen sorprendidos por dichos guerreros antropófagos. Pinzón pensó que bien podían pertenecer dichos indios á las tribus de la isla Española, enemigas de los misteriosos hombres blancos que pasaron por allí algunos años antes.

La víspera de emprender el viaje se vieron por última vez el Almirante y Martín Alonso. Al oír éste que el jefe de la expedición le ordenaba poner la proa al Norte, no pudo contener su extrañeza. Lo natural era regresar por donde vinieron, ó sea por el Nordeste, á través de un mar ya conocido.

Colón cortó sus objeciones con el tono de un hombre que está convencido de lo que dice:

—Gobernad al Norte, que es donde encontraremos buenos vientos. Sé bien lo que digo.

Estas últimas palabras hicieron reflexionar mucho al capitán de la *Pinta* durante los primeros días de la navegación.

¡Don Cristóbal «sabía»!... Por primera vez había navegado en estos mares, y se mostraba seguro de que era preciso ir en dirección Norte para encontrar vientos favorables.

Pinzón, cristiano ferviente, tenía la certeza de que jamás había enviado Dios uno de sus arcángeles á ningún piloto para revelarles los misterios del Océano y de la atmósfera. Eran los hombres de mar quienes habían ido descubriendo tales secretos á fuerza de dolorosos

errores y desorientados titubeos que ponían en continuo peligro sus vidas.

Otra vez volvieron á su memoria las noticias escuchadas en puertos de España y de Portugal sobre navegantes que habían hecho descubrimientos al otro lado del Océano, pereciendo al volver triunfadores. Recordó especialmente la historia de aquel piloto al que se atribuían diversos orígenes, y que los más llamaban Alonso Sánchez, hijo de Huelva, fallecido á consecuencia de sus penalidades al desembarcar en una isla portuguesa.

La aventura de este malogrado descubridor la rehacía él en nueva forma. Era absurdo que una tempestad le hubiese arrastrado hasta las tierras nuevas cuando iba navegando de las Canarias á Irlanda. Una tempestad no dura nunca meses enteros, ni un buque arrastrado por ella sigue siempre idéntico rumbo. Era más lógico pensar que el mencionado navegante se había sentido tentado en las Canarias ó las Azores por las brisas continuas del Este y del Nordeste, navegando con mar bonancible y temperatura suave, lo mismo que ellos, hasta llegar sin contratiempo alguno á dar vista á una tierra que era probablemente esta misma isla Española. Después de tomar, igual que ellos lo habían hecho, muestras de las producciones naturales y de la industria de los indígenas, sentía el ansia de regresar á su país con tan estupenda nueva, y trataba de desandar lo andado, siguiendo el mismo camino. Entonces las mismas brisas continuas, que con tanta facilidad le habían traído, resultaban un obstáculo invencible.

Pasaba semanas y semanas navegando contra el viento, y en un día entero no llegaba el buque á avanzar una legua. Así forcejeaban él y los suyos contra la muralla invisible de la atmósfera, hasta que el agua y los víveres se iban agotando y tenían que arribar otra vez á Haití ó la Española para proveerse por consentimiento ó por la fuerza con lo que poseían los indígenas. Tres ó cuatro veces repetían la misma tentativa, con variaciones de rumbo, hasta que al fin, prolongando la bordada hacia el Norte, salían por casualidad de la zona de los alisios y encontraban incidentalmente el verdadero camino para la vuelta. Pero como tan penosas tentativas habían con-

sumido mucho tiempo, destrozando los aparejos y enfermando á la tripulación, cuando los escasos supervivientes llegaban á las costas del viejo mundo era para morir.

Indudablemente, este empeño natural de regresar por el mismo camino del viaje de ida era lo que causaba la muerte de todos los exploradores que desde medio siglo antes habían navegado hacia el Oeste, sin volver nunca. El único piloto que conseguía regresar, descubriendo el rumbo al Norte, tal vez había comunicado á Colón directamente los resultados de su experiencia, y esto es lo que daba tal seguridad á sus palabras. También podía ser que lo comunicase á otros muchos, pero Colón era el único en aprovechar las revelaciones de este precursor que había pagado su descubrimiento con la propia vida. De todo cuanto pudo decir, lo más importante era la indicación del rumbo para la vuelta. Por no conocer dicho rumbo—seguido hasta los tiempos actuales por la navegación á vela—quedaron probablemente en el fondo del Océano, al volver á Europa, todos los descubridores que precedieron á Colón.

Se convenció Martín Alonso en los primeros días de viaje de la conveniencia de este rumbo al Norte. Las dos carabelas encontraban viento favorable y mar bonancible, avanzando sin ningún contratiempo. Bien necesitaban tal ayuda, á causa del pésimo estado de sus carenas. Además, la *Pinta*, que había sido siempre la más velera, navegaba ahora muy mal de bolina, por no poder ayudarse de la mesana, debido á que dicho mástil lo tenía rajado.

Esto último sirvió de pretexto á Colón para censurar nuevamente á Martín Alonso. Podía haberse proveído en las Indias de un buen mástil, «donde tantos y tan buenos los hay en las selvas de la costa, pero sólo había pensado en abandonarlo á él, para irse en busca de oro, con la esperanza de henchir su navío». Y al censurar agriamente esta imprevisión de su asociado—si es que hubo en realidad imprevisión grave, ya que Martín Alonso pudo llegar á España con su mástil roto más pronto y directamente que el Almirante—, olvidaba que él había cometido como marino una falta extraordinariamente más grave y que iba á ponerle en peligro mortal.

Colón había emprendido su viaje de regreso en la *Niña* sin lastrar esta pequeña carabela. La tripulación llevaba consumida la mayor parte de los víveres, así como del agua y del vino, quedando vacíos barriles y tinajas. El cargamento de objetos para rescates y otras cosas necesarias para la vida civilizada habían sido dejados igualmente en el fuerte de la Navidad. El casco del buque iba muy sobre el mar.

Hasta el último momento demoró el Almirante el dar á su carabela un lastre de piedras. Pensaba cargarlo en la isla de Matinino. Luego tuvo que desistir de tal visita á la tierra de las amazonas, y finalmente se había lanzado á través del Océano en un buque sin lastre.

Todo marchó bien del 16 de Enero al 12 de Febrero de 1493. En este último día empezaron á tener, según el Diario del Almirante, «grande mar y tormenta, y si no fuera la carabela muy buena y bien aderezada temiera perderse».

Durante veintiocho días habían tenido el mismo mar bonancible que en el viaje de ida, saliéndoles al paso idénticas señales. Vieron tan cuajadas las aguas de hierbas flotantes, que de no estar ya experimentados en los misterios del Océano, habrían temido navegar entre bajos. Los aires eran otra vez muy templados, «como en Abril en Castilla. La mar muy llana, y los peces que llaman dorados se aproximaban á las dos carabelas, dejándose pescar». Vieron los pájaros apodados rabos de junco, muchas pardelas, y algunos días parecía el Océano cubierto de atunes, que, según Colón, iban desde allí á morir en las almadrabas del duque de Cádiz y de Conil, cerca del estrecho de Gibraltar.

Pero esta navegación feliz se cortó el 12 de Febrero, y desde entonces las dos pequeñas naves avanzaron en perpetua tormenta. Tuvieron que ir navegando casi á árbol seco, con muy poca vela, por miedo á zozobrar bajo un viento huracanado. Este viento fué aumentando su violencia y el mar se hizo terrible, cruzándose las olas en encontradas direcciones y haciendo crujir los cascos entre sus fuerzas opuestas, como si fuesen á deshacerlos.

Llevaban las dos carabelas el papahigo mayor muy

bajo, para que sacase únicamente al buque de las olas y no se durmiera entre dos de estas montañas de agua, cada vez más grandes, quedando anegado.

La noche del 14 de Febrero fué la peor de todo el viaje. Creció mucho el mar y el huracán, siendo el peligro tan grande, que todos consideraron imprudente seguir un rumbo determinado. Era mejor dejarse arrastrar adonde el Océano los llevase presentando la popa al viento y á las olas, ya que no había otro remedio.

La *Pinta*, guiada por Martín Alonso, ya había realizado esta maniobra, y acabó por desaparecer, pero la mayor parte de la noche «hizo farol» y la *Niña* le contestaba con iguales luces.

Enternece la proximidad de la muerte á los que viven sumidos en la más terca obcecación y hace humanos á los más duros adversarios. Colón siguió desde su alcázar de popa las lucecitas de la *Pinta*, que se remontaban unos instantes sobre las montañas líquidas, quedando sumidas largo rato en sus valles obscurísimos. Esta carabela era la peor de las dos. Llevaba roto uno de sus mástiles, lo que impedía las maniobras completas de su velamen. Tenía las tablazonas quebrantadas, y sus mismas condiciones de agilidad y ligereza se volvían contra ella en esta interminable tormenta.

El Almirante, exageradamente sentimental en ciertos momentos, como todos los imaginativos, saludó con los ojos húmedos de lágrimas á la otra carabela, cuyas pequeñas luces sólo se dejaban ya ver como fuegos fatuos, lejanísimos. ¡Adiós, Martín Alonso! Iba de seguro á la muerte. Ya no le vería más. Y se acordó de sus primeras conversaciones con el famoso marino de Palos en la tertulia del viejo piloto Pero Vázquez.

No le engañaban sus pronósticos: jamás volvería á verlo; iba á la muerte, pero como un verdadero hijo de los mares, manteniéndose hasta en su agonía agarrado al gobernario de su carabela, sin cambiar de rumbo, llegando adonde se proponía llegar. Únicamente al ver la costa natal soltaba el timón, dejando caer su cuerpo sobre las tablas de la cubierta, escapándose de su envoltura terrena para comparecer ante Dios y saludarlo como único capitán.

Iba á llegar rota la *Pinta* por la tempestad á la costa Norte de España, pero recta como una flecha, sin perder rumbo, sin hacer escala en ninguno de los dominios de Portugal, pues así lo tenían prohibido desde que salieron de España por orden de sus reyes. En cambio, Colón, dirigiendo la *Niña*, iba á dar días después por dos veces contra la tierra portuguesa, provocando conflictos internacionales.

Pronto olvidó el Almirante la suerte del asociado, para pensar en la suya propia.

—¡Adiós, señor Martín Alonso!—repitió al apuntar el día, no viendo ya la arboladura de la *Pinta* sobre ninguna de las montañas lívidas del mar alborotado—. Nuestro Señor lleve á vuesa merced por buen camino y le salve.

Luego tuvo que ocuparse en su propia salvación. Salido el sol, fué mayor el viento, y el Océano cruzó las olas sobre la carabela con terrible violencia. Llevaba sólo un papahigo, y muy bajo, para que la nave saliese de entre estas masas de agua que la golpeaban por ambos lados, cubriendo su cubierta de espumas. Dicha vela única, á pesar de tenerla muy recogida, se hinchaba casi vertical, haciendo salir al buque de la doble cascada que caía incesantemente sobre él.

Seis horas después de salir el sol, creyó necesario el devoto Almirante impetrar las protecciones celestiales. Hizo traer tantos garbanzos como personas venían en la carabela, y señalar uno con una cruz hecha á cuchillo, metiéndolos todos revueltos en el bonete de un tripulante. Iban á «echar un romero» que hiciese voto de ir al monasterio de Santa María de Guadalupe, en Extremadura, llevando un cirio de cinco libras de cera. El que sacase el garbanzo señalado tendría que cumplir dicha promesa. El primero en meter la mano en el bonete fué Colón, y sacó el garbanzo de la cruz, comprometiéndose á ir como romero al mencionado monasterio si llegaba con vida á la costa española.

Continuó la tormenta, cada vez más furiosa, y en vista de ello echaron otra vez la suerte, por medio de los garbanzos revueltos en el bonete, para enviar otro romero á Santa María de Loreto.

Colón explicó á su gente la eficacia de dicha romería.

—Loreto está en la marca de Ancona, tierra del Papa, y allí existe la casa en que vivió la madre de Dios, la cual ha hecho y hace muchos y grandes milagros.

El garbanzo marcado lo sacó un marinero de Puerto de Santa María, llamado Pedro de Villa, y el Almirante le prometió darle dineros para que pudiera costear su viaje.

La tormenta seguía creciendo. Sintieron de nuevo todos la necesidad de implorar á la Virgen, pero en tierra de Andalucía, en el condado de Niebla, una Virgen que fuese verdaderamente suya, y apelaron de nuevo al sorteo para que aquel á quien tocase el garbanzo de la cruz velase una noche entera en la iglesia del convento de Santa Clara, situado en Moguer, haciendo decir á sus costas una misa. Y otra vez fué Colón á quien tocó la suerte de cumplir dicho voto.

La tempestad fué en aumento al cerrar la noche, y todos hicieron el voto común de que en llegando á la primera tierra irían procesionalmente descalzos y medio desnudos, conservando puesta solamente la camisa, á rezar en una iglesia que estuviese bajo la advocación de la Virgen.

Nadie esperaba escapar de la tormenta. Los buques de entonces eran una simple trabazón de maderos con grandes rendijas obstruídas únicamente por emplastos de estopa y brea. Cada golpe de las olas hacía crujir esta construcción primitiva, como si fuese á arrancar sus tablas, esparciéndolas á capricho.

Todos lamentaban, además, la imprevisión de haber salido sin lastre, con la carga peligrosamente aliviada por haber sido ya comidos la mayor parte de los bastimentos é igualmente bebidos el agua y el vino. Lo único que habían podido hacer era henchir las pipas vacías de agua del mar, pero tal expediente era flojo remedio para la falta de lastre.

Llevaban vistas los marineros viejos muchas tormentas en su vida parecidas á la presente, y se mantenían en un sereno fatalismo. Los que no habían navegado nunca, ó sea los pocos de la parte civil de la expedición que no quisieron quedarse en la Navidad, sentían el es-

panto de una extrañeza mortal ante esta tormenta siempre en aumento. El dulce viaje de ida y las excursiones por el mar antillano, azul y luminoso, les había hecho olvidar los temores del primer día del embarque, imaginándose que las tormentas de que hablaban los marineros viejos sólo podían desarrollarse en los mares de Europa. Se mantenían encogidos en los rincones más secos de la carabela, con expresión de bestias asustadas, oyendo el continuo martilleo de las olas sobre los costados, imaginándose que cada descenso á lo más profundo de los valles que se abrían entre las olas iba á ser el último, faltándole á la nave fuerzas para levantarse.

Gemían y lloraban al oír un crujido más grande que los anteriores. Ya había llegado el último momento. La espuma corría á cascadas entre los alcázares de proa y de popa. El fogón había sido barrido por el agua. Nadie pensaba en guisar: era empresa imposible. Los marineros comían para mantener sus fuerzas las duras tortas del bizcocho con pedazos de queso y bebían grandes tragos de vino. Todos habían sacado sus almocelas, largas esclavinas con capuchón, y la pequeña nao parecía dirigida por una comunidad de frailes.

Los dos pajes Lucero y Fernando permanecían horas y horas en un rincón de la popa, sentados en el suelo, mirando con ojos de cervatillo medroso cómo venían las grandes montañas lívidas al encuentro de la carabela, elevándola con una fuerza dislocante, para arrojarla por su pendiente opuesta con una rapidez que creaba el vacío en el pecho de los dos jóvenes. Se estremecían con angustia sus diafragmas, como si cayesen para siempre y esta caída no hubiese de encontrar otro término que el profundísimo fondo del mar.

Cuevas había perdido su audacia juvenil, su osado valor. Ahora veía por primera vez lo que era el Océano y sentíase inerte ante su furia. Deseaba proteger á su compañera y no sabía cómo hacerlo. Cada vez que la nave se acostaba, inclinándolos sobre el suelo de tablas, oprimía á la joven entre sus brazos y el miedo les hacía besarse.

Al cerrar la noche vieron pasar junto á ellos á un hombre encapuchado. Levantando los ojos lo reconoció-

ron. Era el Almirante, que había bajado unos momentos á la pequeña cámara del capitán de la *Niña*, su alojamiento ahora. Sin acordarse de su paje ni del maestra-sala Terreros, que debía estar gimoteando en algún escondrijo, había tomado como un simple tripulante el bizcocho, el queso y el vino, único alimento que se podía obtener en días de tormenta.

Miró bondadosamente á los dos pajes, indicándoles con un ademán que continuasen sentados, pues ambos, al reconocerle, habían intentado levantarse. Comprendía los besos que estos dos hermanos cambiaban instintivamente á impulsos del terror. ¡Pobres mancebos!

Volvió á instalarse en lo alto del alcázar de popa, ocupando la silla de madera del piloto y teniendo que agarrarse á sus brazos muchas veces, mientras el agua corría por sus pies.

El capitán de la carabela, Vicente Yáñez, los pilotos Pedro Alonso Niño y Sancho Ruiz y el marinero Roldán, que también era hábil en el manejo de cartas y naves, se relevaban en lo más alto de la popa, todos encapuchados, examinando el mar, dando órdenes á la marinería, que las más de las veces resultaban innecesarias, pues había que dejarse llevar por los elementos. El único trabajo eficaz era hacer funcionar incesantemente la bomba para achicar el agua que invadía la bodega. El Almirante lo veía todo desde su cadira de mando, con una serenidad fatalista é impotente, puesta su única confianza en la bondad de Dios.

La noche del jueves, 14 de Febrero, fué para él la más terrible de su vida.

¡Morir cuando volvía victorioso! ¡Morir teniendo ya en sus manos como esclavas sometidas á la Gloria y la Riqueza! Iba á repetirse una vez más la desgracia de aquellos pilotos misteriosos, de los que tanto hablaban en los puertos de mar, navegantes perdidos en el Océano que habían descubierto tierras nuevas, pero á la vuelta se los tragaba la inmensa y movediza llanura encrespada de furor, para que no revelasen su secreto.

Su destino iba á ser más triste que el de aquel misterioso piloto que había venido á morir, según contaban, en una isla portuguesa, dejando «á alguien» como pós-

tumo regalo las cartas y los rumbos de las misteriosas islas entrevistas. El no tendría siquiera á quien entregar el secreto de sus descubrimientos. ¡Perecer cuando veía ya con la imaginación el altísimo arco de su triunfo!

Su fe de iluminado le reanimaba de pronto, haciéndole confiar en la protección de Dios. Se creía escogido por él para dar cima á la gran hazaña del descubrimiento, y el Señor, después de distinguirle entre los demás, no podía abandonarlo.

Luego sentíase otra vez hombre, con una debilidad humana, necesitado de confesar sus angustias á los otros que se hallaban en igual estado.

El menor de los Pinzones era quien por su título de capitán de la carabela se encontraba en más íntima relación con el Almirante, y éste le habló largas horas.

—Vuesa merced, señor Vicente—dijo en el curso de esta terrible noche—, tiene mujer y tiene hijos. ¡Cómo pensará en ellos!

Pinzón, hombre de pocas palabras, como todos los solitarios del mar, contestó con vagas exclamaciones, reveladoras del estado de su ánimo. Don Cristóbal había adivinado lo que estaba él pensando.

—Yo también—prosiguió Colón—siento una flaqueza y una congoja que no me dejan asentar la ánima, porque me dan gran pena dos hijos que tengo en Córdoba puestos al estudio, y que dejaré, si muero, huérfanos de padre y en tierra extraña, sin tener quién los remedie, pues los reyes no sabrán las nuevas tan prósperas que les llevamos y los servicios que en este viaje les he hecho.

La consideración de que los monarcas de España y el mundo entero iban á quedarse sin saber que el Señor le había dado la victoria en todo lo buscado por él en las Indias le amargaba aún más que la orfandad y la miseria de sus hijos. El descubrimiento de una parte de las tierras del Gran Kan era para él á modo de un hijo espiritual, más querido que sus hijos carnales.

Vicente Yáñez oyó hablar en voz baja á este encapuchado que permanecía en su sillón marino, agitado por las olas, como un fraile de negra cogulla en el sitial de un coro sumido en la sombra.

—Señor, dame la muerte si esta es tu voluntad... Pero ¿también mi obra debe desaparecer? ¡Sálvala, Dios mío!

Con repentina decisión bajó á su camarote, tomando una hoja de pergamino y escribiendo en ella cuanto pudo.

Procuraba hacer la letra muy clara, luchando con la continua movilidad de la mesa, con la incertidumbre de las llamas rojizas de dos linternas. Se esforzó por incluir en tan reducido espacio la relación entera de lo que había visto en su viaje, rogando al descubridor del pergamino que lo llevase á los reyes de España.

Volvió á lo alto de la popa, envolviendo dicho pergamino en un paño encerado y atándolo muy bien. Un marinero, con un cable embreado que ardía como una antorcha, iluminaba estas operaciones.

Sobre el escrito cerrado y sellado colocó otro sobrescrito, en el que se prometían mil ducados á quien presentase este rollo á los reyes, pero con la condición de no abrirlo. Con tal precaución, digna de su carácter siempre receloso, esperaba evitar que los extranjeros se enterasen de su secreto, si es que el pergamino caía en sus manos. Fué encerrado éste finalmente en un pedazo de cera del tamaño de una hogaza, y lo colocaron en un barril, que, por orden del Almirante, arrojaron al mar.

Los marineros, al hacer esto, se imaginaban que era alguna devoción para obtener que amainase la tempestad. Jamás fué encontrado dicho tonel. El aviso de Colón, caso de morir éste, hubiese resultado inútil, quedando sus descubrimientos en el misterio.

Luego pensó que era más conveniente repetir el mismo aviso, pero de modo que cayese al mar lo más cerca posible de las costas de España. Y escribió otro pergamino, colocándolo en un envoltorio semejante, pero ordenó que el tonel lo dejaran en lo más alto de la popa, sin amarre alguno. De esta suerte, si la carabela se iba á pique, quedaría el barril sobre las olas á capricho de la fortuna, pero más cerca de tierra, ahorrándose en su flotación todo el camino que el buque pudiese hacer antes de su naufragio.

Al día siguiente el cielo se aclaró un poco. El mar, aunque menos encrespado, era todavía altísimo y peligroso.

Vieron una costa por la proa, y unos decían que era la isla de la Madera, otros la roca de Cintra, junto á Lisboa; pero todavía estuvieron tres días en el Océano dando bordos, sin poder encabalgár dicha tierra por la gran cerrazón y el mucho oleaje.

El sábado consiguió reposarse un poco el Almirante, pues desde el miércoles estaba sin dormir, por hallarse medio tullido de las piernas á causa del frío, el agua y el poco comer. El lunes, 18 de Febrero, día de Carnestolendas, logró á la salida del sol anclar cerca de la isla, enviando una barca á tierra.

Así supo Colón que estaba en la isla de Santa María, una de las del archipiélago de las Azores, y los habitantes de la costa le enseñaron el rumbo para entrar en el puerto de la ciudad.

Esta isla era del rey de Portugal, y su gobernador vió primero con sorpresa y luego con inquietud la llegada de una nave española que tal vez venía de comerciar ilegalmente en alguna posesión de su monarca. Sobre el caserío distinguieron los navegantes una ermita, y al enterarse de que estaba dedicada á la Virgen, se apresuraron á cumplir el voto colectivo que la habían hecho.

El mar seguía encrespado. Hacía quince días que duraba la tempestad, según manifestaron los isleños, y era conveniente cumplir en seguida los compromisos con el cielo para que éste siguiese protegiéndolos.

Decidió Colón que una mitad de su gente fuese en procesión y en camisa á dicho eremitorio de la Virgen. El iría después con la otra mitad de los tripulantes. Se consideraba en tierra segura, confiando en las ofertas que le había hecho el gobernador y en que España y Portugal no tenían ninguna guerra en aquel momento. Pero el devoto grupo de marineros, al frente del cual iba Vicente Yáñez Pinzón, cuando llegó en camisa al eremitorio y estaban todos orando á la Virgen, se vió rodeado por gran parte del vecindario y también por el gobernador, que iba á caballo con una escolta de jinetes, quedando presos en la cárcel de la ciudad.

Protestó el Almirante, hablando en nombre de los reyes de España, mencionando todos sus títulos, y amenazando á la isla entera con tomar venganza si no le de-

volvían su gente; mas los enviados del gobernador no hicieron caso de sus palabras, sabiendo que le faltaba gente para realizar un desembarco.

También se vió obligado á huir del fondeadero, por ser muchas las peñas submarinas y temer que le cortasen las amarras. Intentó irse á otra isla de las Azores, para mantenerse allí mientras pasaba el mal tiempo, pero tuvo que desistir del viaje, porque luego que los portugueses habían apresado la procesión de marineros en camisa, sólo le quedaban en la carabela tres hombres prácticos en las cosas del mar, ya que los otros, por ser de profesiones terrestres, no entendían de maniobras.

Esto le obligó á volver á la isla, y el gobernador, arrepentido de su conducta, se puso en relación con él, acabando por devolverle su gente. Pidió Colón que un clérigo portugués viniese á bordo para decir una misa, pues llevaban varios meses sin oír la; lastró la carabela con piedras, lo que la hizo más estable para resistir el mal tiempo, y después de tomar leña, lanzóse otra vez al Océano, navegando toda una semana sin ver tierra.

El tiempo continuaba siendo malo. No quiso compartir el Almirante la dirección de la carabela con nadie, seguro de llevarla en derechura á un puerto de España, especialmente al de Palos, de donde habían salido; pero menos práctico en las cosas del mar que los Pinzones, dió por segunda vez en tierra portuguesa.

Sufrió vientos contrarios y grandes oleajes; una turbonada le rompió todas las velas, quedando la *Niña* próxima á hundirse. De nuevo el peligro les hizo echar suertes para enviar un peregrino á Santa María de la Cinta, en Huelva, que fuese descalzo y en camisa á orar ante dicha Virgen, y el garbanzo de señal lo sacó el Almirante. También hicieron un voto colectivo, comprometiéndose todos los de á bordo á ayunar el primer sábado que llegasen á tierra, tomando solamente pan y agua.

Empujada por el huracán y por el mar, que parecían querer comérsela por ambos costados, fué navegando la carabela á árbol seco, y así llegó el 4 de Marzo ante una tierra alta, que unos creían isla y otros tierra firme, viniendo á resultar que era la roca de Cintra, junto á la entrada del río de Lisboa.

Rezaron muchos en tierra por esta pobre nave tan maltratada y que hubo de luchar varias horas antes de entrarse en el Tajo. Celebró Colón tal contratiempo, creyéndolo, como era costumbre en él, obra de Dios, gano de dar una gran satisfacción personal á su elegido. Aquella ciudad de Lisboa, donde había sufrido tantas miserias, era la primera en verle llegar Almirante del Océano y virrey de tantas islas cercanas á los Estados del Gran Kan.

El monarca portugués, que—según él—lo había despreciado aparentemente para robarle sus proyectos, se convencería ahora de su torpeza. Algunos de los cortesanos de dicho rey se sintieron tan ofendidos por el tono insolente con que se expresaba este antiguo aventurero, que propusieron al monarca el asesinarlo. Pero don Juan, á quien designaba Isabel la Católica por antonomasia con el título de «el hombre», reconociendo las cualidades de carácter de este difamador suyo, lo acogió con noble serenidad, invitándole á que le visitase con sus indios en un lugar donde se encontraba, tierra adentro, llamado Valparaíso.

Temió el monarca en el primer momento que Colón se hubiese equivocado, desembarcando en tierras africanas descubiertas antes por los portugueses. Pero al ver que los indígenas que traía no eran negros, sino de palidez metálica y tenían el cabello lacio y no crespo, se convenció de que no eran africanos y más bien se parecían á los habitantes de Asia. Indudablemente, Colón había llegado por el Oeste al extremo oriental de las Indias. Y con verdadera nobleza de alma lo felicitó, dispensándole varios agasajos en su palacio campestre. Además, dió orden á sus capitanes de Lisboa para que no molestasen al Almirante de los reyes de España, pues Colón andaba metido en cuestiones con las autoridades marítimas de Portugal, porque éstas pretendían llevarse presos á dos marineros portugueses tripulantes de la *Niña*.

Apenas fondeado en Lisboa, se preocupó de dar nuevas de su viaje á la corte de España, enviando por tierra una carta á su protector y amigo Luis de Santángel, que en los documentos oficiales gozaba el título de «Magní-

fico señor». Esta carta había venido escribiéndola desde las Azores, en plena tormenta, y al despacharla en Lisboa la añadió «un ánima», que así se llamaba el papel supletorio agregado á última hora.

También envió otra carta al señor Rafael Sánchez, tesorero de los reyes y «cristiano nuevo», lo mismo que Santángel.

A nadie más escribió, como si en aquel momento solamente le interesase dar la noticia de su triunfo á estos dos cortesanos de puro origen judío.

El 13 de Marzo partió de Lisboa, y el 15, poco después de salir el sol, se hallaba ante la barra de Saltes.

Al mediodía, con la marea montante, pasó la barra, llegando al puerto de Palos, de donde había salido el 3 de Agosto del año anterior.

En aquella misma tarde otro buque llegó al puerto de Palos. Era la *Pinta*, que no había perecido, como se imaginaba Colón en aquella noche triste.

La carabela, no obstante tener roto un palo de su arboladura, había sabido singlar derechamente hacia España, sin refugiarse en ninguna tierra extranjera ni correr el riesgo de que la capturasen, como le ocurrió á Colón en las Azores. A pesar de la continua tormenta, no había perdido el rumbo, arribando al puerto español de Bayona, en tierra de Galicia. Pero su capitán llegaba moribundo.

Las penalidades sufridas durante varias semanas, sin dormir, casi sin comer, junto al timón día y noche, examinando el mar á todas horas, habían agotado las energías de este atleta del mar.

Desde Galicia despachó á uno de sus hombres para que, atravesando España, fuese á Barcelona, donde estaban los reyes, y les diese noticia de todo lo ocurrido. Temía que su antiguo socio hubiese quedado para siempre en la inmensa sepultura del Océano con su propio hermano y todos los demás amigos y parientes que tripulaban la *Niña*.

Luego, sobreponiéndose á su debilidad mortal, se lanzó otra vez al mar, pasando ante las costas portuguesas sin hacer escala en ellas, y entró en Palos horas después que Colón.

Sus marineros tuvieron que sacarle en hombros, llevándolo primeramente á su casa, y luego, por orden suya, al monasterio de la Rábida. Quería morir cerca de sus amigos del convento, de aquellos frailes que se complacían en conversar con él sobre cosas del Océano.

Cuando llegó á Palos una carta de la reina Isabel contestando á la relación que le había enviado desde Galicia el gran marino, éste ya había muerto, quedando en impenetrable secreto el contrato puramente verbal, á uso de honrados marinos, que habían hecho él y Colón antes de emprender el viaje.

El muerto fué muerto segunda vez por el olvido. Las gentes únicamente se fijaron en el triunfador que vivía y que todos podían ver.

Vicente Yáñez y los otros navegantes de Palos amigos de los Pinzones se quedaron modestamente en el pequeño puerto andaluz. De vivir Martín Alonso, su hermano ó su pariente habrían ido con él á Barcelona, donde estaban los reyes. Sin él no osaban alejarse del mar. Sentíanse como huérfanos; estaban acostumbrados toda su vida á seguir sus direcciones. Había ejercido sobre ellos una autoridad patriarcal, y se veían ahora como los hombres de una tribu cuando pierden á su jefe, desorientados, sin saber qué hacer, hasta que se separasen y las iniciativas personales fuesen despertando en cada uno.

El Almirante se fué á Sevilla, y desde allí emprendía una marcha triunfal hasta Barcelona, llevando por delante los indios cautivos y una parte de su tripulación. Marineros, grumetes y pajes recibían la promesa de cobrar en Barcelona el resto de sus pagas.

Ya no tenía al lado quien osase discutir con él, quien pusiera freno á sus exageraciones imaginativas, quien insinuara dudas sobre si había llegado ó no á las tierras del Gran Kan.

¡Adiós, Martín Alonso!... ¡Adiós para siempre!

VI

Donde el Almirante derrama lágrimas al contar su llegada á las primeras tierras del Gran Kan, y los reyes lloran igualmente, hincados de rodillas, agradeciendo al cielo el descubrimiento de Asia por Occidente.

Mientras Colón preparaba en Sevilla su viaje á Barcelona, las gentes de aquella ciudad se agolpaban frente á una casa situada junto al llamado Arco de las Imágenes, en la iglesia de San Nicolás.

Allí estaban aposentados los hombres cobrizos que el descubridor había traído de las Indias. Sólo eran siete los que quedaban después del tempestuoso viaje de regreso. Los otros habían muerto en el mar.

Admiraban los curiosos igualmente la gran cantidad de papagayos verdes y rojos, y las *guaiacas*, carátulas hechas de huesos de pescado, á manera de pedrería de aljófar, con laminillas de oro en ojos y orejas. Algunos pedían ver el oro fino traído de Asia; pero no era mas que en cantidad reducida, á modo de muestra, resultando en esto las palabras del descubridor más brillantes que la realidad.

Partió Colón con su séquito á fines de Marzo. Iba jinete en una mula, y seguido de toda una recua de caballerías llevando á cuestras lo recogido en el viaje. Los marineros, grumetes y pajes que formaban su séquito en esta visita á los reyes marchaban á pie ó se repartían el disfrute de las mulas y rocines que iban facilitando por orden real las autoridades de las poblaciones.

Cuevas y Lucero siguieron al Almirante. ¿Adónde ir en este país que era el suyo, pero les inspiraba una continua inquietud á causa del origen religioso de ella?...

Sentíanse libres de toda sospecha y al amparo de la autoridad real manteniéndose junto á Colón. Separándose de él, quedaban, además, faltos de medios para vivir.

Experimentaban cierta satisfacción gloriosa por haber ido en aquel viaje del que hablaban las gentes con asombro. Por primera vez se percataban de que sus personas habían adquirido cierta importancia siguiendo á su señor en tan maravillosas aventuras.

Cuando salieron de Sevilla, en las primeras horas de la mañana, Cuevas dejó que el paje del Almirante marchase solo cerca de su amo. El se reuniría á la expedición en el curso de la jornada. Tenía que hacer algo en Sevilla en los últimos momentos.

Fué al mesón donde se había quedado Terreros, el maestresala del Almirante, y lo llamó fuera de la casa con pretexto de darle un recado de su antiguo señor. El joven era vengativo, más por las preocupaciones de aquella época que por imposiciones de su carácter. Toda ofensa debía ser devuelta, so pena de pasar por mal nacido.

Al verse solo, en una callejuela inmediata, con este hombre que por su edad casi podía ser su padre, le habló apresuradamente, teniendo del ronzal el mulo de la expedición que se había reservado para poder volver pronto á unirse con ella.

—Señor Pero Terreros—dijo con voz trémula y ojos brillantes de ira—: vuesa merced, por dar gusto á Pero Gutiérrez, que tal vez posa á estas horas en los infiernos, golpeó en mi presencia á mi hermano Lucero, y antes de que nos separemos, como hidalgo honrado, debo darle las tornas.

Y asestó un par de puñetazos en el rostro del maestresala que le dejaron tambaleante de dolor y de sorpresa.

Quedó el joven inmóvil un buen rato, en actitud defensiva, esperando que el adversario cayese sobre él; pero al ver que le volvía las espaldas é iba hacia el mesón pidiendo á gritos favor del rey y de la justicia, puso el pie en un poyo de piedra inmediato y saltó en su caballería, golpeándola con los talones para que emprendiese un vivo trote, impropio de un animal de recua.

Cuando el cortejo del Almirante llegó á Córdoba, desprendióse del gentío curioso Beatriz Enríquez con toda su parentela, llevando además por delante á los dos hijos de Colón.

La permanencia de éste en Córdoba fué breve. Necesitaba verse en Barcelona cuanto antes, para preparar un segundo viaje á las tierras descubiertas.

Besó, con ojos llorosos de emoción, á sus hijos Fernando y Diego. Este hombre, que concentraba todos sus afectos y deseos en sus empresas, adorándose á sí mismo al adorarlas á ellas, amaba sin embargo vehementemente á los dos niños. Eran de su sangre, y para él únicamente resultaba posible el amor acompañado de la consanguinidad. Semanas antes, en medio de la tormenta oceánica, sólo había pensado en ellos y llorado por ellos, dejando en el olvido á sus dos madres.

Para que él amase á alguien era preciso que se llamara Colón. Fuera de la tribu formada por hermanos é hijos, los demás seres inmediatos á él parecían haber nacido con el único destino de servir á su familia, sin merecer por esto gran recompensa.

Beatriz le miró con asombro al verle triunfador, y al mismo tiempo recordaba con melancolía amorosa los días de obscura felicidad, cuando este hombre aún no había realizado ninguna de sus ilusiones.

En vano intentó ella hablar á solas con su antiguo amante. Rehuyó bruscamente toda intimidad. Los tiempos habían cambiado. Su gloria no le permitía ser el mismo de antes. El «hombre de la capa raída» quedaba, como un fantasma, disuelto en el pasado... Y don Cristóbal, Almirante de la mar Océana, visorrey de las islas y tierra firme de Asia, habló á la pobre Beatriz como si fuese una criada fiel á la que había confiado sus hijos. Podía seguir guardándolos, en espera de las órdenes que él enviaría desde la corte. Era casi seguro, según noticias recibidas de sus amigos de allá, que los reyes iban á encargarse de estos dos niños, educados hasta el presente en una pobre escuela de Córdoba, para hacerlos pajes y amigos del príncipe don Juan, heredero de la corona.

—Adiós, Beatriz—dijo—, y que el Señor os tenga en

su santa guarda. El os pague lo que habéis hecho por mis hijos, y yo procuraré igualmente, por mi parte, daros algo de lo mucho que merecéis.

Y aconsejado por un regidor de la ciudad, la prometió poner unos dineros á nombre suyo sobre las carnicerías de Córdoba, con lo cual recibiría todos los años una pequeña renta.

También fué saludado por la mujer y los hijos de Diego de Arana, «su gobernador de la villa de la Navidad». Todos los Arana se mostraban orgullosos del honor que, al otro lado del Océano, había recibido uno de los suyos, imaginándosele vestido de oro y tratando al Gran Kan como un igual, sin imaginarse ni por un momento que bien podía haber sido asesinado á aquellas horas.

Se extrañó Colón de no recibir la visita del doctor Acosta. Necesitaba verlo, para gozarse en la confusión que mostraría el sabio físico ante su triunfo. Pero el doctor había sido llamado á Barcelona con gran urgencia, muchas semanas antes, para que asistiese al rey don Fernando.

Mientras navegaba la flotilla descubridora entre las islas vecinas al Imperio del Gran Kan, había ocurrido en España un suceso inaudito para aquellos tiempos de fervor monárquico.

La corte, siempre vagabunda, había tenido que trasladarse á Barcelona, y aún permanecía allá. El rey don Fernando necesitaba hallarse próximo á la frontera de Francia. Su padre, don Juan II de Aragón, con motivo del levantamiento de una parte de Cataluña, se había visto obligado á dejar en depósito á Luis XI, rey de Francia, la ciudad de Perpiñán y todo el Rosellón, que eran suyos. Ahora don Fernando exigía á Carlos VIII, actual rey francés, que devolviese el depósito recibido por su padre. El Papa exigía igualmente dicha devolución, y los reyes de España estaban en Barcelona para apresurar las negociaciones diplomáticas, que en aquella época eran muy lentas, ó preparar una guerra si resultaba necesario.

Una parte de Cataluña, aunque sometida, mostraba sorda hostilidad contra el rey don Fernando, hijo de un

monarca con el que había sostenido larga guerra civil. El y su esposa vivían en Barcelona rodeados de señores castellanos, aragoneses, valencianos y cierta parte de catalanes, pero el país se mantenía algo apartado de la corte, con la frialdad del vencido que obedece pero no ama.

Al salir un día de su palacio de Barcelona, don Fernando recibió una tremenda cuchillada en el pescuezo. Se imaginó en los primeros momentos una traición de los cortesanos que le rodeaban, y llevó la mano á su espada para defenderse. Fué un catalán, un campesino, llamado Juan de Cañamas, quien dió el golpe; en realidad un demente, pues dijo haber hecho esto porque, muerto don Fernando, á él le correspondía ceñirse la corona.

Hubiese acabado el loco con el rey á no ser por una gruesa cadena de oro que don Fernando llevaba al cuello, según la moda de entonces. La espada ancha y corta del regicida, semejante á un cuchillo de carnicero, no pudo penetrar más á causa de dicha cadena; pero aun así, la herida resultaba mortal, y durante muchas semanas estuvo el rey en gravísimo estado, causando dicho crimen enorme emoción en todo el país.

Cuando el herido se encontraba en estado más crítico, algunos señores de la corte se acordaron del doctor Acosta, que tantas veces había visitado á los reyes como médico cuando vivían en Córdoba, y doña Isabel lo hizo llamar por medio de un mensajero, que realizó su viaje á mataballo, trasladándose el físico con no menos celeridad á Barcelona.

Aún vivía allá, atendiendo á don Fernando. La herida estaba cicatrizada, pero el rey sentíase débil á causa de la mucha sangre perdida, y su médico no hablaba aún de volver á Córdoba.

Antes de que el cortejo de Colón saliese de dicha ciudad tuvo Lucero un encuentro inesperado. Se presentó una mujer en el mesón donde estaban alojadas las gentes del Almirante, preguntando por el paje Fernando Cuevas. Y mostró éste gran inquietud al reconocer á la recién llegada. Su rostro tenía una expresión de cansancio y de prematura vejez. Iba vestida á lo cristiano, toda de negro y con tocas de luto, á semejanza de las devotas

que pasaban la mayor parte del día en las iglesias. Mas á pesar de tal indumento y de sus estragos faciales, reconoció en ella á la bella judía madre de Lucero y esposa de don Isaac.

Tenía sabido por una carta que Fernando escribió á su madre antes de marcharse de España, que éste se había embarcado en Palos en la armada que iba á la India, lo que le hizo suponer que Lucero se había marchado con él, y como estaba en Córdoba, luego de la expulsión de los judíos, venía en busca del mancebo al enterarse de la llegada del Almirante. ¿Dónde estaba su hija?...

Cuevas, luego de recomendarle que no mostrase asombro por el nuevo aspecto de Lucero, la llevó adonde se hallaba el paje del Almirante.

La antigua judía, después de lo que había sufrido en los últimos meses, no estaba dispuesta á asombrarse de nada. Además, en aquellos tiempos era un recurso casi ordinario que las mujeres se disfrazasen de hombre en casos que exigían el ocultamiento.

Contó apresuradamente las terribles aventuras de ella y de los suyos. Se habían embarcado en una de aquellas flotas dolorosas que llevaban hasta la costa de Africa á los israelitas fugitivos. Tal vez iban en uno de los buques que se cruzaron con la armada descubridora de las Indias al salir ésta al Océano.

Su desembarque en la costa marroquí era el principio de una persecución infernal, con suplicios nunca concebidos por los desterrados. Avanzaban en rebaños hacia las ciudades interiores de Marruecos, y los musulmanes los trataban peor que los cristianos de la Inquisición.

Había circulado la noticia de que muchos judíos, para contravenir el decreto que les obligaba á dejar su oro en España, se habían tragado muchas monedas de tal especie, y los bárbaros marroquíes abrían el vientre á todos aquellos en cuyas entrañas creían encontrar tan rico escondrijo.

Sofaldaban con manos impúdicas á las mujeres, registrando las partes más íntimas de sus cuerpos por creer que también ocultaban en ellas cantidades de oro. La cruel lujuria oriental, mezclada con sangre y muerte, se

ensañaba en estas muchedumbres fugitivas. Mujeres y niños eran víctimas de ultrajes nefandos y antinaturales. Padres y hermanos, al intentar oponerse á tan inauditos atropellos, eran asesinados. Así había perecido don Isaac, defendiendo su familia y los restos de su fortuna.

Retrocedían los maltratados judíos hacia la costa, pidiendo volver á la tierra española. Se mostraban dispuestos á aceptar el bautismo, á reconocer cuantas creencias quisieran imponerles, á cambio de salir de tal infierno. El Señor no había obrado los prodigios que anunciaban los rabinos al salir los israelitas de España, y que debían ser iguales á los que hizo cuando los sacó de Egipto. La tierra que había sido su patria hasta unos meses antes, dominada ahora por la Inquisición, les parecía un lugar paradisíaco al escaparse de la tierra africana.

Había vuelto á Andalucía la madre de Lucero, implorando á voces el bautismo, como tantas otras infelices mujeres, después de los martirios sufridos en Marruecos, y se dirigió á Córdoba, buscando el amparo del doctor Acosta, al que había conocido muchos años antes. El célebre médico preparó todo lo necesario para su bautismo, aposentándola en casa de unos «conversos» y dando dinero á éstos para su mantenimiento. Así vivía en santa paz, yendo todos los días á la iglesia para que las gentes olvidasen su origen y estremeciéndose de horror al recordar las semanas pasadas entre los marroquíes.

—Ya que vas á Barcelona, hija mía, preséntate al doctor. El está allá curando al rey. Le dirás: «Soy la hija de Débora la de Andújar.» No necesitas añadir nada más. ¡Hemos hablado tantas veces de ti!...

Prosiguió su camino el cortejo del Almirante con toda su recua cargada de fardos. En los pueblos por donde pasaba le salía al paso el mismo gentío curioso, compuesto de sus habitantes y de otros vecindarios lejanos, acudidos para contemplar las maravillas propaladas y exageradas por la fama del viaje. Estos hombres de rostro curtido por el sol y el aire del mar venían de las Indias, de las tierras inmediatas al Ganges, trayendo riquezas iguales á las que se describían en los cuentos relatados junto al hogar durante las noches invernales.

Luego mostraban cierta desilusión al no ver mas que

papagayos, y fantaseaban sobre el contenido de los enormes fardos, cerrados y sellados, que iban á lomos de las caballerías, suponiendo que los vegetales, maderas y bestias puestas en sal eran enormes lingotes de oro.

A mediados de Abril llegaron á Barcelona. Las cartas enviadas por Colón desde Lisboa á sus poderosos amigos los « conversos » Luis de Santángel y Rafael Sánchez, describiendo las cosas vistas en su viaje, eran ya conocidas por las personas de la corte. La del tesorero Sánchez, que no era mas que una copia de la otra dirigida á Santángel, tuvo la suerte de adquirir universal celebridad. Un clérigo aragonés, Leandro de Cosco, residente en Roma, la tradujo al latín, poniendo su obra bajo la protección de Alejandro VI, el segundo papa Borgia, que estaba entonces en el primer año de su pontificado, y el documento pudo circular en tal forma por Europa entera, leyéndolo todas las personas cultas.

El recibimiento de Colón en Barcelona fué brillante, pero únicamente la corte intervino en él.

Don Fernando, el hijo segundo de Colón, que no pudo verlo, lo contó á su modo muchísimos años después. Numerosos historiadores, á cuatro siglos de distancia, cuando la América asombra con sus progresos, han descrito dicho recibimiento con no menos exuberancia, influenciados por la consideración, de lo que es en nuestros días dicho Nuevo Mundo. Pero el hombre que llegó á Barcelona en 1493 con unos cuantos marineros y unas docenas de fardos no sabía nada del descubrimiento de América, y murió sin querer reconocer su existencia. Era simplemente un navegante que había descubierto algunas islas de la India asiática, más allá del Ganges, no pudiendo verlas todas por falta de tiempo. Traía más esperanzas que realidades, é iba á volver al otro lado del Océano, tan pronto como le fuese posible, hasta dar con los dominios del Gran Kan y hacer una visita solemne al « rey de los reyes ».

Existen relatos de la llegada de Colón á Barcelona, pero son de cortesanos y se refieren únicamente al recibimiento hecho por los reyes. Se conocen también de dicha época *Dietarios* del municipio de Barcelona, en los que se consigna, día por día, todo lo que iba ocurriendo

en dicha ciudad, hasta las cosas más insignificantes, y en ninguno de ellos se encuentra una palabra sobre la llegada y el recibimiento de Colón.

Es indudable que hubo una recepción solemne en el palacio de los reyes, pero no existió un recibimiento popular, ni las autoridades municipales se ocuparon para nada de la presencia de este viajero.

Barcelona vivía, como ya se ha dicho, despegada de la corte. Su puerto, uno de los más famosos del Mediterráneo, estaba ahora casi desierto, pues los reyes, para castigar la antigua rebeldía de la ciudad, habían favorecido el puerto de Valencia, convirtiéndolo en núcleo del comercio con Italia. Además, la gran ciudad de Cataluña sufría en aquel momento las consecuencias de la persecución iniciada por los inquisidores. Muchos de sus comerciantes, á pesar de que eran «conversos», habían tenido que huir al extranjero por su origen judío, paralizándose los negocios. Su Banco, uno de los más poderosos de Europa, llamado *Taula* (mesa) *de Barcelona*, estaba próximo á quebrar, á causa también de la crisis comercial provocada por la Inquisición. Y como eran los dos reyes quienes habían impuesto el llamado Santo Tribunal en Cataluña, una parte del país protestaba con su alejamiento de ellos, ya que no podía hacer otra cosa.

Además, Barcelona, patria de grandes marineros, había sido rival durante siglos de Génova y aliada de Venecia, compartiendo con esta última república el monopolio de embarcar las especias en los puertos de Egipto para venderlas en Europa.

Cuando llegó Colón á Barcelona, acababa de ser demolida, para ensanche del puerto, una pequeña colina situada entre éste y la iglesia de Santa María del Mar, á la que todos llamaban el *Puig de les falsies*, la «Colina de las mentiras». En dicho punto seguían reuniéndose pilotos y marineros para hablar de las cosas del mar y las maravillas de los descubrimientos oceánicos. Bastaba pasar el estrecho de Gibraltar, navegando hacia el Sur de Africa, para ver gentes y tierras asombrosas, y esto es lo que había hecho que los vecinos de Barcelona llamasen «Colina de las mentiras» al punto de reunión de los marinos.

De aquí había salido el audaz capitán que en un frágil *luxor* descubría el Río de Oro en la Guinea muchos años antes que los portugueses; por aquí habían pasado los cartógrafos catalanes y mallorquines que dibujaban en sus mapas las Canarias y las Azores cuando aún eran ignoradas por las otras marinas de Europa.

Estos catalanes del mar, enérgicos y positivos, que navegaban por su negocio, tenían forzosamente que reír de un almirante que encontraba sirenas. Había ido al Asia por el camino de Occidente, buscando especias, el comercio más rico y lucrativo de aquella época, ¿y dónde estaban las especias?... ¿Traía en sus fardos una muestra de todas ellas, iguales á las que los marinos de Barcelona habían ido á cargar durante dos siglos en el puerto de Alejandría con los genoveses y los venecianos?...

Señores de la corte montados á caballo salieron á recibir á Colón en las puertas de la ciudad.

Era el Almirante, como hombre imaginativo, muy aficionado á las pompas escénicas, y se cuidó de organizar su séquito como un cortejo teatral.

Los transeuntes se detenían en las calles al ver el grupo de pajes de mar y de grumetes llevando al extremo de largas pértigas los papagayos rojos y azules, de ruidosa charla. Luego, los marineros traían en andas los diversos peces de formas raras cogidos en el mar de las Antillas y conservados en sal. Otros llevaban sobre almohadones las carátulas y otros objetos de oro trabajados rudamente, lo único valioso de este botín oceánico. Pero lo que atraía más la atención era el grupo de hombres descalzos, de piel cobriza, y pintarrajeados, que llevaban en sus hombros una simple manta de algodón para defenderse del frío de la tierra de los dioses blancos.

Para mayor solemnidad y pompa, los reyes habían hecho colocar su solio en un salón del piso bajo de su palacio, cercano á la catedral. Los jinetes que escoltaban al Almirante quedaron en la plaza, en torno á una fuente gótica, y el héroe, con todos sus compañeros de navegación y sus exóticas muestras, entró en la vivienda de los monarcas.

Los dos tenían á su lado al príncipe don Juan, y ante las gradas del trono muchos grandes señores de Castilla

y Aragón. Se arrodilló el Almirante al pie del solio real, y don Fernando, á pesar de que aún se sentía débil á causa de su herida, se apresuró á bajar las gradas, yendo hacia Colón para que abandonase cuanto antes su humilde postura. Luego mandó que trajesen una silla rasa ó taburete para que pudiese sentarse ante las reales personas, honor que muy pocos alcanzaban en aquel tiempo.

En presencia de los magnates de la corte y bajo las miradas afables de los dos monarcas, este navegante visionario, que era de palabra fácil é imaginación pronta, empezó el relato de las mercedes que le había hecho Dios en su viaje y de todo lo ocurrido en el camino del descubrimiento.

Nadie tenía autoridad para contradecirle, atajando sus fantasías. Podía correr cuanto quisiera por los campos de su imaginación, sin que un testigo de lo que decía le llamase á la prudencia.

Lo que no había podido ver, á causa de la falta de tiempo, lo daba por seguro, prometiendo encontrarlo en un nuevo viaje.

Habló de Cuba, tierra firme, cabo avanzado de Asia, extremo de la rica provincia de Quinsay en los opulentos dominios del Gran Kan, país que sólo había podido explorar rápidamente, y también de Cipango, isla que él había bautizado «la Española», y que guardaba en su interior enormes yacimientos de oro, escapándose su riqueza por los veneros líquidos de los ríos como si las montañas no pudieran contenerlos: tan exuberantes eran.

Fué mostrando las plantas que había traído de allá, la purgativa cañafistula, el lináloe aceitoso, la almáciga, igual á la de las islas griegas, el ruibarbo, del que se podían cargar buques enteros. Y si no traía la pimienta, el clavo, la nuez moscada y la canela, era por no haber estado allá en los meses propicios á su recolección; pero mostrábase seguro de que en el segundo viaje podría traer flotas enteras de los ricos condimentos, tan buscados por el comercio.

Lo mismo podía decir del oro. Y fué mostrando con orgullo aquellas piezas labradas por los indígenas, faltas de pulimento, y muchos granos auríferos, gruesos ó me-

nudos, que estaban por fundir, tal como se sacaban de la tierra. La cantidad no era mucha. Colón se apresuraba á afirmar que estas carátulas adornadas con sutiles chapas de oro y los demás objetos tan delgados que consistían en una sola hoja, llamados «guanines» por los indígenas, no eran mas que una simple muestra de las enormes masas de oro que él había visto en Cipango, y que se irían extrayendo en el nuevo viaje, con más tiempo y tranquilidad.

El rey ó cualquiera de los señores de su corte llevaban tal vez en el macizo collar que adornaba su pecho y en la empuñadura de la espada de gala tanto oro como el traído por el descubridor; pero tal era la elocuencia inflamada de éste al ponderar los tesoros de aquellas islas vecinas al Ganges, y el poder misterioso de los «guanines» fabricados por los indígenas, que los oyentes, despreciando la realidad, veían en su imaginación los tesoros futuros descritos por el Almirante.

Cuando más se conmovieron los oyentes, empezando por la devota reina, fué al señalar el descubridor el grupo de hombres desnudos y cobrizos, que miraban á un lado y á otro, deslumbrados por la solemne ceremonia, por el lujo de los trajes, por el brillo de las pedrerías femeniles y las armas de los hombres.

Esta corte, predispuesta á las aventuras románticas para el triunfo de la fe cristiana, y que había dado fin á una guerra religiosa de siete siglos con la toma de Granada, se conmovió al oír cómo el descubridor iba describiendo las costumbres de aquellas tribus inocentes y su disposición para aceptar la santa doctrina católica. Gracias á los reyes españoles, Jesucristo iba á contar con millones y millones de nuevos creyentes.

Lloró Colón, sugestionado por sus propias palabras, sintiéndose en aquel momento un enviado de Dios. La reina, maquinalmente, se hincó de rodillas, el rey y el príncipe don Juan hicieron lo mismo, y todos los de la corte les imitaron, alzando al cielo sus manos y sus ojos llenos de lágrimas. Los cantores de la capilla real, que habían sido convocados para la ceremonia, empezaron á entonar, sin orden alguna, el *Te Deum laudamus*. Los ministriles altos y otros instrumentistas acompañaron

su canto, y todos creyeron ver abrirse el cielo sobre sus cabezas y que las voces de querubines y santos saludaban este gran suceso, de inmensas consecuencias para España y para la religión.

Los mismos reyes, que se habían sonreído muchas veces al oír que el iluso navegante soñaba con la conquista de la Casa Santa de Jerusalén gracias al oro que encontraría en las tierras del Gran Kan, empezaron ya á considerar factible este plan de profeta exaltado.

A partir de tal día, Colón se vió confirmado por los monarcas en todos sus honores de almirante y visorrey de cuanto descubriese en Asia. Muchos días volvió al palacio para relatar á solas á los monarcas los episodios de su navegación y sus planes sobre el nuevo viaje.

La confianza en el antiguo «hombre de la capa raída» adquirió una solidez semejante á la de un dogma religioso. Nadie se atrevía á discutir lo que él dijese.

En las primeras semanas de su permanencia en Barcelona todavía parecían dudar de él y de la importancia de su descubrimiento las gentes más cultas de la corte.

Pedro Mártir de Anglería, el gran humanista italiano, muy apreciado en la Universidad de Salamanca y capellán de la reina Isabel, al dar noticias de España á sus grandes amigos de la corte pontificia, sin tener en cuenta que Colón se decía compatriota suyo, se expresaba así en Mayo, después de ser recibido por los reyes: «...Ha vuelto de los antípodas occidentales cierto Cristóbal Colón de la Luguria...» Dedicaba tres líneas más á su viaje, y pasaba á hablar de otra cosa, como si el suceso careciese de importancia.

Sólo cuatro meses después empezaba á darse cuenta Pedro Mártir de la valía de tal descubrimiento, reflejando en sus palabras la reacción que había venido realizándose en las gentes cultas.

Tal vez este movimiento de confianza hacia Colón no se había originado en la corte, y venía del Sur de la península, de Sevilla y los puertos costeros de Andalucía, donde quedaron los Pinzones y otros pilotos que habían ido en dicho viaje. Las relaciones precisas, medidas y prudentes de estos hombres de mar sirvieron para infundir confianza á los que habían dudado siem-

pre de Colón, por las exageraciones imaginativas de sus discursos.

Pedro Mártir se hizo amigo del Almirante y le interrogó luego varias veces; pero al igual de muchos hombres cultos de su época, aunque aceptaba la realidad del descubrimiento de unas islas, dudaba de que éstas fuesen—como afirmaba Colón—vecinas al Ganges y á las provincias de tierra firme gobernadas por el Gran Kan, por creer la tierra mucho mayor que la suponía este marino.

Daba prisa á los reyes el Almirante de la mar Océana para que le permitiesen emprender un segundo viaje.

Le placían los grandes honores que iba recibiendo en Barcelona. El rey paseaba por las calles, llevando á un lado al príncipe don Juan y al otro á don Cristóbal Colón. Sus hermanos Bartolomé y Diego recibían títulos de caballero, con derecho á colocar el honorífico «don» ante su nombre. Le daban los monarcas un escudo de armas, glorificando sus cuarteles el reciente descubrimiento. Sus dos hijos Fernando y Diego estaban ya camino de la corte, por ser pajes del príncipe don Juan, educándose con el heredero de la corona, honor que sólo disfrutaban los vástagos de la más alta nobleza.

Hasta los indios que habían acompañado al Almirante eran objeto de paternales cuidados y de honores.

La reina doña Isabel se preocupó inmediatamente de bautizarlos, y todos ellos se mostraban dóciles y atentos para imitar lo que veían, repitiendo como ceremonias mágicas los signos de la cruz con la mano, y las genuflexiones. Por ser los espíritus de los blancos más poderosos que los suyos, lógico les parecía contestar con gestos de aprobación á las palabras de unos hechiceros vestidos de negro, obedecidos reverentemente por los demás, que llevaban ropas de brillantes colores y armas relucientes como el cristal, cuyo filo quemaba lo mismo que el fuego.

Les preguntaban á todos ellos si deseaban el bautismo y respondían afirmativamente. Sus Altezas los reyes y el Serenísimo príncipe don Juan, su primogénito y heredero, fueron sus padrinos. A un indio, el más principal de ellos por ser pariente del cacique Guanacari, lo llamaron don Fernando de Aragón, haciéndolo noble. A

otro lo bautizaron don Juan de Castilla, y así fueron recibiendo nombres los demás.

El don Juan de Castilla se quedó en la casa de los reyes, tratado como si fuese hijo de un caballero principal, muy allegado á los monarcas, mientras los demás indios bautizados se marchaban con el Almirante en su segundo viaje. Un mayordomo de palacio, llamado Patiño, recibió el encargo de enseñar la lengua castellana á don Juan de Castilla; pero cuando ya empezaba á saberla, murió á causa tal vez de los rudos cambios de temperatura sufridos por él en esta corte andariega, que iba de un lado á otro de España, según las necesidades del gobierno.

En medio de todos estos agasajos dispensados por los reyes á Colón y á los que le habían seguido del otro lado del Océano, pensaba el Almirante muchas veces con secreta tristeza en los hombres que había dejado en el fuerte de la Navidad. Esto le hacía hablar con frecuencia á los reyes de «la villa que poseían en las nuevas tierras», y propenso siempre á la amplificación, la pobre cerca de tablas conteniendo algunas chozas en la tierra del reyezuelo Guanacará tomaba importancia de gran ciudad al ser recordada por él.

Para ganar tiempo, habían ordenado los reyes, por diversos mensajes enviados á Sevilla, que don Juan Rodríguez de Fonseca, arcediano de dicha catedral, trabajase en la preparación de una gran flota, que el Almirante iría á revistar cuando estuviese casi completa.

Este arcediano Fonseca, que después fué obispo, era muy aficionado á las cosas del mar, y aunque la preparación de armadas parecía en aquellos tiempos «más oficio de vizcaínos que de obispos», los Reyes Católicos siempre que necesitaban crear una flota se dirigían á él. Hasta su muerte fué el obispo Fonseca algo así como ministro de Marina y ministro de Colonias á un mismo tiempo, organizando todas las expediciones que salieran para el Nuevo Mundo y consiguiendo licencias reales para otros descubridores que prosiguieron la obra de Colón.

El primer viaje había sido una empresa romántica, falta de sentido práctico y de preparación, muy medio-

cre en sus medios: algo dispuesto á la ventura, que había salido bien por una armonía maravillosa de los hechos, como si la Naturaleza lo ayudase, sin sufrir otra perturbación que las tormentas del regreso.

Este segundo viaje iba á ser, entre todos los cuatro realizados por el Almirante, el que reuniría mayores elementos. Pero tales faltas cometió durante su transcurso, que en el tercer viaje iba á iniciarse su desprestigio, y el cuarto y último, emprendido con un deseo de rehabilitación, acabaría en formidable fracaso.

Al día siguiente de ser recibidos el Almirante y su marinería en el palacio real, Cuevas y Lucero se dedicaron á averiguar el alojamiento del doctor Acosta, uno de los médicos del rey.

Los tripulantes de las carabelas descubridoras habían sido aposentados en las Atarazanas del puerto, y allí esperaban á que los contadores reales quisieran pagar la segunda mitad de los sueldos que les debían por su expedición. El pago se efectuó, pero con alguna tardanza, pues la corte andaba, como siempre, escasa de dinero.

Hablaron los dos pajes al fin con el célebre físico de Córdoba. Este miró amorosamente á Lucero, no extrañándose de que fuese vestida como paje de carabela.

—Mi madre me ha dicho que me presente á vuesa merced y le obedezca en todo como á un padre.

Creyó leer el doctor una afirmación en los ojos de la muchacha, que habían empezado por mostrarse interrogantes, cuando dijo la palabra final. Tal vez la hermosa judía de Andújar había hablado excesivamente á su hija acerca de la vida pasada de los dos. Y como Fernando Cuevas estaba presente, contestó con una gravedad que no admitía réplica:

—Te quiero como á una hija, aunque no lo seas, y te ayudaré mientras viva, lo mismo que á tu madre.

Su existencia de marineros había terminado. Iban á licenciar á la gente del Almirante. Los que quisieran ir en el segundo viaje debían volver á Sevilla. El arcediano Fonseca iba á «poner mesa» para tripular diez y ocho ó veinte naves. ¿Qué pensaban hacer ahora los dos jóvenes?

Cuevas habló con entusiasmo de la expedición que se

preparaba. Había cobrado amor á las nuevas tierras al otro lado del Océano. Quería ver las ricas ciudades del Gran Kan, ya que había vagado cerca de ellas, sin percibir nada que revelase su existencia. Además, no habiendo guerras, éste era el mejor oficio para un mancebo que apreciaba la espada como la única herramienta noble.

Lucero mostró deseos de volver al lado de su madre, cambiando de ropas, siendo otra vez mujer.

Algo empezaba á crearse dentro de ella, aconsejándole una pronta vuelta á su antiguo estado. Imposible continuar vestida de hombre. Si Fernando deseaba seguir otra vez á don Cristóbal, debían casarse antes, y ella se quedaría en Córdoba.

Para esto era preciso recibir el bautismo, y como aún persistía en su ánimo la animadversión contra los perseguidores de su familia, inculcada por su madre y por don Isaac, preguntó al célebre físico en voz muy queda, procurando que Fernando no la oyese:

—¿Vuesa merced cree que debo bautizarme?

Acosta hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, sonriendo al mismo tiempo bondadoso y tolerante: ¿por qué no?... Su madre se había bautizado para salvar su vida. Bien podía ella hacer lo mismo para asegurar la tranquilidad de su amor.

—Yo arreglaré bautizo y casamiento cuando volvamos á Córdoba.

Al día siguiente encontró en una calle estrecha inmediata á la catedral al famoso Almirante del Océano, cuando salía de comer en el magnífico alojamiento de don Pedro de Mendoza, Gran Cardenal de España y «tercer rey».

Este magnate de la Iglesia tenía cuarenta cuentos ó millones de renta al año, cantidad para aquellos tiempos de una magnitud inaudita.

Su mesa era la más suntuosa manifestación de su opulencia. No había señor de la corte, por grande que fuera, que no se mostrase alegre el día que lo convidaba á comer el cardenal, no sólo por la valía de sus manjares, sino también por gozar de su presencia.

Según decían los cronistas de entonces, «el cardenal traía la corte consigo». Cuando estaba junto á los reyes

había corte verdaderamente, y si se marchaba la corte dejaba de existir, extinguiéndose su riqueza.

Colón salía contento y orgulloso del alojamiento de Mendoza. Este había dado una comida en su honor, sentándolo en el lugar más preeminente de la mesa, en un sitial tan elevado como el suyo, y propincuo á él, mandando que le sirviesen los manjares en «plato cubierto» y que le hiciesen «salva», honores reservados á las personas reales y á ciertos altísimos personajes allegados á ellos. Era una costumbre establecida en los banquetes de corte, para evitar que los reyes pudiesen ser envenenados. Los platos venían cubiertos desde las cocinas con una caparazón metálica y rico paño, y el acto de «hacer la salva» consistía en que un personaje probase parte de las viandas antes de que éstas les fueran servidas, para convencerse por este medio de que podían comerlas sin peligro.

Por primera vez el Almirante del Océano se vió servido con solemnidad y fausto iguales á los que gozaban los reyes.

Prócer tan famoso como lo era el cardenal Mendoza, «uno de los más hermosos y abultados varones que había en toda España y personaje de tanto poder como amabilidad», lo había tratado públicamente con todos los miramientos que se deben á un amigo íntimo, para que todos los de la corte le imitasen y nadie dudara de que lo tenía por un igual.

Al reconocer al físico de Córdoba, vestido de negra garnacha y sin espada, con cierto porte á la vez modesto y aseñorado de hombre de estudios, el Almirante del Océano, que llevaba traje de grana y una espada con funda de cuero rojo y puño de oro, se apartó de los señores que venían acompañándole, para saludar á este antiguo conocido.

Hablaron de Córdoba y de su pasado con una afabilidad de varones que se vigilan mutuamente y dudan un poco antes de decir lo que tienen en su pensamiento.

Colón, al fin, recordó aquella junta de Córdoba que había rechazado su plan de navegar hacia Asia por Occidente. Su irónica sonrisa dió á entender el desprecio que le inspiraban ahora los que fueron sus competidores.

—Reconocerá vuesa merced, doctor Acosta—añadió—, que no era plan flaco buscar Cipango y el Catay por el Poniente. De allá vengo con victoria por la voluntad de Dios.

Sonrió Acosta con una expresión tan irónica como la del descubridor... ¿Estaba seguro de que las tierras vistas por él eran de Asia?... ¿Había encontrado al Gran Kan ó á cualquiera de sus gobernadores?... ¿Qué ciudades de las descritas por Marco Polo y Mandeville había visitado?

Como si hubiese oído otras veces estas mismas objeciones, Colón se encogió de hombros.

—Todo ha sido muy rápido en este viaje, y con la ayuda de Dios se irá viendo luego, con mayor reposo.

A su regreso de la segunda expedición, que estaba preparando con gran abundancia de medios, ya hablarían, si el Señor los mantenía vivos, del Gran Kan y de sus opulentos reinos. Iban á traer sus buques repletos de oro y de especias hasta las escotillas, como volvían en remotos siglos las flotas del rey Salomón.

Se despidió el Almirante de Acosta, no queriendo hacer aguardar más á los señores que le acompañaban; mas antes de partir, le lanzó el médico una última objeción:

—Sigo creyendo el Asia muy lejos por el Occidente. ¿No podría ser, Almirante, que esas islas perteneciesen á un mundo completamente nuevo, á una parte de la tierra que ha estado esperando siglos y siglos á que alguien la descubriese?

Le pareció á don Cristóbal tan absurda esta hipótesis, hija de la envidia y el despecho, que no se tomó el trabajo de dar contestación.

Y sonriendo lastimeramente, volvió la espalda al doctor Acosta, yendo á juntarse con el grupo de nobles caballeros que le aguardaban, corteses y admirativos, séquito honorífico de su orgullo de triunfador.

Acosta se alejó en dirección opuesta, con aire pensativo, continuando mentalmente el desarrollo de su hipótesis.

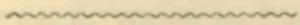
Si las tierras encontradas por el Almirante no eran de Asia y pertenecían á un continente desconocido hasta

entonces, en tal caso este hombre tan festejado y admirado ahora, no las había descubierto.

Colón quería ir á las Indias, á la costa oriental asiática, y estas tierras de un mundo nuevo, ignorado por todos, salían á su encuentro por obra de la casualidad ó de la suerte, sin que el Almirante las buscara.

Era un hallazgo ó «invención», como se decía entonces; no un descubrimiento.

Y hallazgo y descubrimiento son dos acciones muy distintas.



El presente informe tiene como objeto el estudio de los aspectos económicos y sociales de la agricultura en la zona de estudio, durante el período comprendido entre 1950 y 1960. Para ello se han recopilado y analizado los datos estadísticos correspondientes a los cultivos principales, así como los datos demográficos y de infraestructura de la zona.

Los resultados obtenidos muestran un crecimiento sostenido de la producción agrícola, así como una mejora en las condiciones de vida de la población rural.

En consecuencia, se puede afirmar que la agricultura ha sido el sector dinamizador de la economía de la zona durante el período analizado.

El estudio de los cultivos principales, como el trigo y el maíz, muestra un aumento constante de la superficie sembrada y de los rendimientos por hectárea. Esto se debe a la aplicación de técnicas modernas de cultivo y al uso de fertilizantes y pesticidas.

Además, se ha observado un aumento de la mecanización agrícola, lo que ha permitido reducir los costos de producción y aumentar la productividad. Sin embargo, persisten algunos problemas, como la falta de agua para riego en ciertas zonas.

En cuanto a la población rural, se ha observado un crecimiento demográfico sostenido, lo que ha generado una mayor demanda de servicios básicos como salud, educación e infraestructura. Por otro lado, se ha producido una migración estacional de la fuerza de trabajo hacia otras zonas.

En conclusión, el sector agrícola ha experimentado un desarrollo significativo durante el período analizado, lo que ha contribuido al bienestar de la población rural.

Este estudio forma parte de un programa de investigación más amplio sobre el desarrollo rural en la zona de estudio, cuyo objetivo es identificar las estrategias más adecuadas para mejorar las condiciones de vida de la población rural.

Los datos utilizados en este informe fueron obtenidos de los censos nacionales de agricultura y población, así como de los registros de la oficina de estadística local.

El presente informe fue elaborado por el equipo de investigadores del Instituto de Investigaciones y Estadísticas, bajo la dirección del Sr. [Nombre].

EL MISTERIO DE COLÓN

EL NOVELISTA AL LECTOR

Desde 1910, ó sea hace diez y ocho años, que vengo estudiando la personalidad enigmática de Colón, pudiendo afirmar que he leído todo lo que escribieron sobre él los cronistas de su época y los autores modernos más importantes. Cuanto aparece en esta novela impreso entre comillas es fragmento exacto de algo que escribió Colón ó dijeron sus contemporáneos, y en mi próxima novela, *El nacimiento de América*, haré lo mismo al describir los últimos años del famoso Almirante.

Este sólo empieza á existir para la Historia, de un modo indudable, en 1486, al aparecer en España. De los años anteriores, cuando reside en Portugal, se sabe muy poco y con cierta vaguedad. Antes de su llegada á Portugal no se conoce otra cosa que lo que él ha querido decir ó lo que se le escapó en cartas y conversaciones, tal vez contra su deseo. Y es todo tan contradictorio, tan confuso, que hace dudar de la veracidad de Colón hasta á aquellos que lo admiran como un hombre sobrehumano.

Pocos personajes de la Historia pueden compararse con Colón por el misterio que le envuelve hasta la edad madura, misterio que se restablece después de su muerte. A estas horas nadie puede probar con una certeza indubitable dónde nació, y lo que es más raro, cuál es su verdadera tumba.

En pasadas edades hubo grandes hombres á los que atribuyeron diversas cunas, y aún se viene discutiendo sobre ellas. Pero Colón, además de la variedad de sus diversos nacimientos, ofrece la particularidad de tener

dos tumbas y haber dejado después de muerto dos cadáveres, lo que no creo haya ocurrido nunca á ningún personaje histórico.

Solamente en Italia, pretenden ser su pueblo natal Génova, Saona, Cuccaro, Nervi, Prudello, Oneglia, Finale, Quinto, Palestrella, Albisoli y Coceria.

La ciudad de Calvi, en la isla de Córcega, lo tiene igualmente por hijo suyo, y los historiadores corsos ofrecen numerosos argumentos como prueba de dicha afirmación.

Además, en España numerosos autores lo suponen español. Unos lo creen nacido en Extremadura, descendiente del famoso rabino de Cartagena, don Pablo de Santa María, que se convirtió al catolicismo, fué amigo del papa Luna—protagonista de mi novela *El Papa del mar*—y llegó á ser arzobispo de Burgos, ocupando sus hijos diversos obispados. Otros españoles, los más, le creen nacido en Galicia, en la provincia de Pontevedra, y dicen que su madre fué judía.

Es digno de mencionarse que todos los que creen á Colón español le dan un origen judío, explicando así su deseo de envolverse en el misterio para evitar de tal modo las persecuciones ó la malquerencia de que eran objeto en aquel tiempo todas las personas de sangre judía.

Tenemos con todo esto once cunas italianas de Colón, una corsa y dos españolas; total, catorce.

Cuando murió en España, su cadáver fué llevado años después al Nuevo Mundo, á la que se llamaba entonces isla Española (Haití y Santo Domingo), enterrándolo en la catedral de la ciudad de Santo Domingo.

En 1795, al abandonar España á la República francesa, por el tratado de Basilea, la parte española de dicha isla, ó sea la actual República de Santo Domingo, creyó oportuno llevarse el cadáver de Colón, y después de numerosas investigaciones, actas notariales y demás ceremonias lo trasladaron con gran pompa á la catedral de la Habana. A fines del siglo XIX, cuando reconoció España la independencia de Cuba, se llevó de nuevo el cadáver á Sevilla, y allí reposa actualmente, en la catedral de dicha ciudad.

Este es el cadáver de Colón número uno.

En 1877, cerca de un siglo después de haber abandonado los restos de don Cristóbal la catedral de Santo Domingo, un obispo de dicha ciudad que se llamaba Cochia y un canónigo Bellini, los dos italianos, á juzgar por sus apellidos, para consolarse sin duda de tal soledad, encontraron un segundo cadáver de Colón, dando á entender que los comisionados españoles del siglo XVIII se habían equivocado al hacer el traslado de los restos, y en vez de llevarse el cadáver del Almirante habían cargado con el de su hijo ó su nieto, pues los tres estaban enterrados en el mismo altar.

Para que nadie dudase de la autenticidad de dicho hallazgo el féretro tenía dentro una inscripción en la que se da al muerto el título de descubridor de... América, y todo el mundo sabe que la palabra «América» sólo llegó á generalizarse más de doscientos años después de la muerte de dicho personaje, cuando los Estados Unidos iniciaron su independencia. Hasta mediados del siglo XVIII la América actual fué llamada siempre por los españoles Indias Occidentales.

Además, como los inventores del segundo cadáver de Colón conocían mal el español antiguo, tradujeron defectuosamente un escrito del célebre navegante en el que describe éste los apuros pasados en una terrible tempestad y se vale para ello de una imagen, diciendo: «se me ha abierto la llaga», en estilo figurado. Y por esto tal vez apareció en el féretro una bala ó «pelota de hierro», atribuyéndola á cierta herida de Colón que no existió jamás, pues el Almirante no habla de ella en ninguna parte.

Pero dejemos á un lado tales detalles, ya que para mí es de interés secundario que los restos de Colón estén en Sevilla ó en Santo Domingo. Reconozco, sin embargo, que existen dos tumbas de Colón, y tengo por muy natural y humano que la República de Santo Domingo considere siempre que su tumba es la auténtica y que muchos hombres nacidos en el Nuevo Mundo, por patriotía continental, se muestren inclinados á creer que el segundo cadáver de Colón, el de 1877, es el legítimo, por ser el único que ha quedado en América.

Tampoco me inspira un interés vehemente lo de la

cuna de Colón. Lo mismo me da que sea italiano, corso ó español.

El sólo se acordó de decir que era genovés al sentirse viejo y andar en pleitos con el rey de España para que éste lo reconociese como propietario de todo el Nuevo Mundo. En su juventud y su edad madura fué «un aventurero—como dice Pereira, el historiador de América más moderno y claro en sus juicios—, un hombre sin otra patria que la de sus conveniencias».

En realidad, sólo creía en él mismo y sólo sintió interés por los consanguíneos que llevaban su nombre. En cuanto á su obra—sea su patria la que sea—, sólo pudo realizarla gracias al auxilio de los españoles.

España y Portugal eran entonces los únicos pueblos de Europa donde podía encontrar ayuda. Llegó en la hora precisa para utilizar la fuerza descubridora que venían incubando estas dos naciones durante el siglo XV. Sin Colón, sólo se hubiese retardado el descubrimiento de la actual América unos pocos años.

Los marinos portugueses y españoles hablaban á todas horas de este viaje á las Indias por el Occidente. La navegación hasta el cabo de Buena Esperanza hacía inevitable el encuentro casual del Nuevo Mundo un día ú otro. Seis años después del primer viaje de Colón, el portugués Cabral, que navegaba hacia el Asia empujado por los vientos, fué á dar sin saberlo con la costa del Brasil.

Repito que para mí no es de enorme importancia decirme por una de las numerosas patrias de Colón. Cuanto hizo fué apoyándose en España, que le dió dinero, buques y hombres.

La mayoría de los autores le creen italiano, porque así lo dice él al hacer testamento en los últimos años de su vida, y así lo manifestó á los que le rodeaban. En los primeros tiempos de su aparición en España sólo figura como extranjero, sin precisarse su nacionalidad de un modo determinado.

En la historia de este hombre célebre es muy poco lo que se ve claro y sin inspirar dudas. Su hijo ilegítimo don Fernando, que le acompañó en su último viaje, poseyó todos los papeles de la familia y pudo oír además á su tío don Bartolomé Colón, aún hizo más grande el

misterio al escribir la historia de su padre, absteniéndose de marcar con claridad dónde y cuándo había nacido.

El famoso Almirante mostró especial empeño en dejar envuelto en sombra y misterio los orígenes de su nacimiento, y sus contemporáneos—entre ellos el padre Las Casas, que tuvo en sus manos todos los documentos de Colón—no fueron más claros.

La confusión empieza por el nombre. Cristóbal Colón se llamó siempre así. Jamás Cristóforo Colombo, como escriben los italianos, ni Colombus, como le llaman en los países de lengua inglesa. No existe un solo documento en su verdadera época histórica, ó sea desde que aparece en España, realiza su primer viaje y se hace célebre, que no sea firmado siempre en español: Cristóbal Colón.

Conocía indudablemente varias lenguas, pero todas mal, como les ocurre á muchos navegantes. El castellano era la que hablaba mejor, y escribía en ella admirablemente, con una frescura de poeta ingenuo. Yo lo admiro como uno de los escritores más atractivos de aquella época. Tal vez digan algunos que las cartas á sus amigos y los memoriales á los reyes de España que han llegado hasta nosotros se los retocaba algún español allegado á él. Esto no es verosímil, pues no podía llevar tal maestro á su lado á todas horas, y menos en sus viajes, cuando redactaba los dramáticos incidentes de éstos en sus Diarios de navegación.

En cambio, no existe de este «italiano» mas que un pequeño y único papel escrito en dicho idioma, y abundan en cada línea faltas gramaticales y disparates inconcebibles en un hombre que, de ser genovés, debió aprender la lengua italiana de pequeño.

Siempre emplea la lengua española, hasta cuando se dirige al embajador de Génova en España y á otros extranjeros. Y la única vez que escribe en italiano se expresa de un modo torpe é incomprensible, á pesar de que el primer idioma aprendido en la niñez nunca se olvida. ¿Cómo explicar este misterio?...

En los últimos escritos de su vida se acuerda de Génova y declara que es su patria. Esta declaración no ofrece ninguna duda de autenticidad. Hay también en apoyo de su genovesismo el haberse encontrado en Gé-

nova últimamente escrituras notariales que hablan de un Domenico Colombo, tabernero y cardador de lana, hombre pobre y además algo manirroto, que tuvo muchas deudas y apuros financieros. Domenico Colombo aparece con tres hijos: Cristóforo, Bartolomé y Diego. Efectivamente, los mismos hermanos que tuvo el Almirante.

Los sostenedores del origen italiano de Cristóbal Colón afirman que éste se llamaba en realidad Cristóforo Colombo y al pasar á España españolizó su apellido, llamándose Colón. Pero es raro que ni una sola vez llame Colombos á los parientes que dejó en Génova. En su testamento, cuando alude á su familia de Génova, la llama simplemente de «los Colones», y era natural que añadiese una aclaración poniendo al margen «Colones que allá llaman Colombos», tanto más cuanto que en España abundaban las gentes de apellido Colón, y parecía natural y lógico que separase á unos de otros.

Pero, en fin, vamos á lo más esencial de la obscura historia de este Cristóforo Colombo nacido en Génova, hijo de un tabernero y cardador de lana, y á su vez humilde traficante en vinos y lanas como su padre.

Estas escrituras notariales encontradas en Génova no ofrecen duda para mí. Creo en ellas por la confianza que me inspiran los historiadores italianos que las encontraron. Y debo advertir que dicha confianza no resulta extemporánea, pues no ha sido raro en Génova fraguar falsificaciones históricas para probar que Colón fué genovés, siendo la más escandalosa de dichas imposturas el llamado «Testamento militar» que le atribuyeron, sólo para hacerle decir en él: «Génova mi amada patria», falsificación histórica de las más indecentes que se han conocido, y olvidada ya ahora en el mismo país donde la fabricaron.

Todas las piezas notariales del tabernero Domenico Colombo y de sus hijos son exactas; pero ocurre con ellas lo que con ciertos documentos de identidad que presentan los caminantes desconocidos á los agentes de policía cuando les piden los papeles. Los documentos están en regla, ninguno es falso, pero la fotografía que figura en ellos no concuerda con el personaje que los lleva.

El Cristóforo Colombo nacido en Génova aparece en

dichos documentos notariales como tabernero y traficante en lanas, más allá de sus veinte años de edad; y en dicha época ya hacía varios años que navegaba por el mundo el Cristóbal Colón que encontró después América. Este mismo Colón, el de España, ó sea el navegante, declara en sus cartas á los reyes que entró en el oficio del mar «antes de los catorce años» y desde entonces ha estado navegando. ¿Cuándo pudo hacerse hombre de mar el joven Cristóforo de Génova que pasados los veinte años era aún tabernero y lanero? ¿Cuándo pudo mandar una nave de Renato de Anjou, si tenía diez ó doce años en la época que el Colón navegante declara haber sido capitán de dicho buque? ¿Cuándo pudo guerrear á las órdenes de los almirantes piratas llamados Coullones, apodo que las gentes convirtieron en Colones? ¿Cómo le fué posible al pobre menestral de Génova hacer estudios de cosmógrafo y de marino?

Colón no fué el sabio universal que se imaginan los ignorantes y los idólatras. Sus conocimientos estaban muy por debajo de lo que sabían otros hombres de su época; pero de todos modos había leído los libros científicos más populares de entonces, había aprendido á dibujar mapas, conocía la astronomía, hablaba y escribía el latín, aunque fuese imperfectamente. ¿Cómo pudo procurarse esta educación científica y marinera el hijo del tabernero Domenico Colombo, que todavía figura en las actas notariales al lado de su padre en 1471, ó sea cuando el otro, el que se llamó siempre Cristóbal Colón, era ya capitán ó piloto de nave?

Algunos, para poder juntar dos cosas tan opuestas, emiten la hipótesis de que el Cristóforo Colombo tabernero bien pudo navegar algunas veces en su juventud, bajando luego á tierra para ayudar á su padre en el modesto negocio de vinos y lanas. Para el que haya estudiado un poco la vida marinera de aquella época esto no puede resultar más absurdo. En aquellos tiempos no había escuelas de navegación. El marinero necesitaba toda una vida para formarse. Entraba de grumete en los buques, aprendiendo oralmente las lecciones de los marinos viejos y observando directamente los misterios del mar y de la atmósfera en el curso de los años.

El verdadero Cristóbal Colón, el que apareció en Portugal, desarrollándose luego en España, demostró ser un navegante de gran experiencia al emprender su primer viaje de descubrimiento, menos práctico que los Pinzones, pero de todos modos digno compañero de estos lobos de mar. ¿Cómo pudo adquirir tanta experiencia el joven genovés Cristóforo Colombo navegando á ratos perdidos, cuando su padre no lo necesitaba en la taberna?

Además, este tarbernerillo que tiene veinte años en 1473 resulta mucho más joven que el marino Cristóbal Colón, el cual, á juzgar por los biógrafos que le conocieron personalmente, debía tener entonces más de treinta y llevaba ya más de diez y seis navegando.

¿Cómo convertir en una misma persona al Cristóforo Colombo tabernero é ignorante que aparece en las escrituras notariales de Génova y al Cristóbal Colón marino desde los catorce años?... Misterio.

Hay también un detalle psicológico que echa abajo las tales escrituras, con todas sus firmas notariales, más aún que los detalles biográficos. En una de dichas escrituras se menciona al Cristóforo Colombo con la calidad de tabernero y lanero de profesión lo mismo que su padre. En las restantes no le dan profesión determinada, pero figura entre modestos menestrales, algunos de ellos sastres, oficio que, como diré más adelante, era menospreciado, especialmente por el marino Colón.

Nunca figura en dichas escrituras el Cristóforo Colombo hijo de Domenico con el carácter de maestro de nave, de piloto ó de simple marinero, y bien sabido es que los hombres que arrostran las cóleras del mar muestran cierta vanidad por su arriesgada profesión, y aprovechan todas las ocasiones para hacer constar su diferencia con las gentes que viven tranquilamente tierra adentro. Lo natural era que el hijo del tabernero Domenico se enorgulleciese de ser marino, entre los cardadores de lana, albañiles, sastres, etc., amigos de su padre. ¿Por qué no dice ni una sola vez que es marino?... Misterio.

El otro, el Cristóbal Colón que encontró á América, personalidad compleja, abundante en cualidades geniales y defectos enormes, era vanidoso: el primero en admirar su propia grandeza. Amaba los honores como na-

die, discutió con los reyes de España sus títulos tanto como sus ganancias, y lo primero que exigió fué el privilegio de que todos añadiesen el tratamiento de «don» á su nombre de Cristóbal. De ser don Cristóbal Colón verdaderamente hijo de Domenico, el tabernero de Génova, y hallarse navegando desde los catorce años, ¿cómo pudo comparecer varias veces ante los notarios de dicha ciudad rodeado de una caterva de pobres gentes, sin exigir que detrás de su nombre pusieran «maestre de nave» ó cuando menos «marinero»? ¿Cómo iba á tolerar que lo dejaran sin esta denominación honrosa, al lado de taberneros y sastres, cuando años después, al dar quejas á los Reyes Católicos por la gran abundancia de gentes que salían á navegar siguiendo sus huellas, decía con tono despectivo: «Hasta los sastres se meten ahora á descubrir»?...

Y si Cristóforo Colombo el de Génova, en 1473, cuando tenía más de veinte años, sólo pudo comparecer como tabernero y lanero, y no se había embarcado nunca ni había aprendido lo que luego demostró saber Cristóbal Colón, ¿cómo diablos pudo improvisarse navegante experto y educarse científicamente en los poquísimos años que restan entre su comparecencia ante los notarios de Génova y la aparición del ya experto marinero Colón en la corte de Portugal?... Misterio.

Tal vez transcurran siglos y siglos sin que el nacimiento y la verdadera nacionalidad del Almirante queden probados de un modo indiscutible y para siempre. Es indudable que quiso ocultar su origen, y antes de morir pudo alabarse de haberlo conseguido, tan embrollado dejó todo lo concerniente á su vida. Su hijo don Fernando, que podía haber puesto las cosas en claro, aún agravó más la confusión y el misterio de la primera parte de su existencia.

Como toda acción humana obedece á un deseo ó una necesidad, se han forjado tres hipótesis para explicar el motivo de que Colón se esforzase por envolver su origen en una obscuridad que da lugar á tantas contradicciones y eternas dudas.

Unos creen que hizo esto por vanidad ó, empleando un neologismo corriente, por «snobismo». Como los reyes

de España le confirieron altísimos honores que hacían de él el segundo personaje de la nación, y su primogénito iba á casarse con una hija del duque de Alba, sintió vergüenza de su origen modesto y mintió descaradamente en los últimos años de su vida.

Otros explican este embrollo por sus mocedades de pirata y de negrero. Indudablemente fué pirata. El mismo, por unir su nombre obscuro con el de los falsos Colones ó Coullones, dió á entender que había navegado á las órdenes de estos bandidos del mar, los cuales cometieron grandes atrocidades en las costas del Noroeste de España. Un cronista de la época dijo que el nombre de dichos piratas, llamados Colones por el vulgo, «hacía llorar en sus cunas á los niños de Galicia». Además, según parece, también navegó Colón de joven en galeras piratas de Túnez que saqueaban las costas españolas de Levante. Se comprendé que procurase ocultar su origen en España, para que nadie sospechase las fechorías de sus mocedades.

También navegó en buques portugueses de los que iban á las costas de Guinea, y bien sabido es la finalidad de tales navegaciones en aquella época. Los productos del mencionado país—oro en polvo y especias—ocupaban poco espacio y la parte mayor del buque se llenaba con ébano vivo, ó sea con negros, para venderlos en Lisboa.

La tercera explicación del misterio es el judaísmo. Muchos han visto en este vidente la exaltación de los profetas y los guerreros del antiguo pueblo de Israel. Además, mostró en sus tratos una predilección especial por los judíos conversos de España y éstos le protegieron no menos. En su época, que fué la del establecimiento de la nueva Inquisición y la expulsión de los judíos de España, muchos hombres ocultaron su origen y cambiaron su nombre.

La apreciación de su valor histórico resulta tan diversa y contradictoria como sus misteriosos orígenes.

Para muchos, Cristóbal Colón es un santo y debía figurar en los altares de la Iglesia católica.

Tal disparate es obra de cierto escritor francés, el conde Roselly de Lorgues, quien lo describió como un personaje caído del cielo, todo de una pieza, para des-

cubrir América tal como la vemos actualmente, dándole el título de «el embajador de Dios».

Como el tal conde sabía mal el español y peor aún el que se hablaba en el siglo XV, se basó en grandes errores de su traducción para decir las cosas más disparatadas. Tales fueron sus enormidades, que el célebre escritor español Menéndez y Pelayo, una de las eminencias más altas del catolicismo intelectual, no obstante las ideas religiosas de dicho conde, iguales á las suyas, le llamó indignado «fanático charlatán».

No; el amante de la abandonada Beatriz Enríquez, el que se quedó con el premio del primer marinero que descubriese tierra, el que habló mal de todos, absolutamente de todos los hombres que le acompañaron en sus viajes y se mostró olvidadizo con los contados que le siguieron fieles á pesar de su ingratitude y su aspereza notorias, no puede ser un santo. De ser un enviado de Dios, como quiere el conde Roselly, resultaría que el Dios de este «fanático charlatán» sabía menos que sabe hoy un niño de la escuela, pues Colón «su embajador» vivió y murió ignorando la existencia de América, convencido de que había llegado cerca del Asia oriental, y todavía, seis años después de su muerte, su hermano don Bartolomé y otros allegados á él declaraban que el nuevo mundo recién descubierto era un extremo del continente asiático.

Otros se imaginan á Colón como un hombre superior á su época, un ser de inmensa sabiduría, un luminoso precursor, al que no pudieron entender sus ignorantes contemporáneos y que á causa de ello se vió perseguido.

El error de Colón sabio es tan enorme como el de Colón santo. Como hombre de ciencia no conoció mas que lo que en su época era del dominio vulgar. Basaba sus teorías en manuales enciclopédicos al alcance de todo el mundo y en novelas de viajes. Muchos de los que escuchaban sus planes sabían más que él.

Su hijo don Fernando fué hombre de estudios, y al escribir la vida de su padre, muchos años después de la muerte de éste, se avergonzó de su ignorancia, y para disimularla atribuyó á los jueces que le habían juzgado algunos de los disparates de la geografía delirante de

Colón. No es admisible que los que escucharon á Colón en Córdoba creyesen, como dice don Fernando, que los buques navegaban cuesta arriba ó cuesta abajo á causa de la redondez de la tierra. En aquel tiempo los portugueses habían ya pasado el Ecuador, avanzando muchísimo en el hemisferio austral y volviendo á su punto de partida, sin todos estos inconvenientes ilusorios de navegar hacia arriba ó hacia abajo. En cambio, Colón, muchos años después, en la última parte de su vida, seguía afirmando que el mundo no es redondo, sino «en forma de pera» ó de «teta de mujer», y que en el pezón, ó sea en la parte más alta del mundo, está el paraíso terrenal. Y como el mundo es en forma de pera, al llegar los navíos, según él, á su parte más alta, «navegaban cuesta arriba». También hizo el descubrimiento en 1501 de que á nuestro planeta sólo le quedaban ciento cincuenta y cinco años de vida, y que el fin del mundo iba á llegar exactamente el año 1656.

No fué Colón un Copérnico ni un Galileo. Estos realizaron sus descubrimientos sobre las deducciones lógicas de su razón, sin ayuda de la suerte. Tampoco se vió perseguido por la ignorancia y el fanatismo, como aquellos sabios indiscutibles, equivocándose en esto racionalistas y librepensadores. La doctrina científica de Colón—llamémosla así—consistió simplemente en ir al Asia navegando por el Oeste, y esto le parecía sumamente fácil, ya que se imaginaba, como algunos de su tiempo, basándose en ciertos profetas bíblicos, que «de las siete partes de la tierra seis eran enjutas y una sola ocupada por el mar».

Jamás tuvo la sospecha de que pudiera existir un nuevo mundo no mencionado por los libros santos. Cuanto se ha dicho de juntas científicas celebradas en Salamanca ante obispos y frailes ignorantes que le persiguieron, todo es fábula; una escena amañada de gran ópera ó de cuadro de historia que tiene por protagonista al sabio Colón perseguido por el fanatismo porque hablaba de la redondez del mundo, admitida desde siglos antes, y de ir á la India por Occidente, que á muchos les parecía camino muy largo.

Colón no fué sabio ni santo. Fué simplemente un hombre extraordinario, dotado de gran imaginación y firmí-

sima voluntad, con alma de poeta y avaricias de mercader, audaz unas veces y otras prudente en exceso, hasta el punto de dejar sin terminación las más de sus exploraciones, genial en muchas de sus concepciones y en otras obcecado y testarudo de un modo incomprensible. En resumen, un hombre de enormes cualidades y grandes defectos, favorecido extraordinariamente por la suerte en su primer viaje y maltratado por ella en los siguientes, que encontró un nuevo mundo sin saberlo nunca, tropiezo el más famoso y trascendental de la historia humana.

El misterio que envuelve su origen tal vez se aclare algún día ó tal vez sea eterno.

Bien puede ser que transcurran siglos y siglos sin que los humanos lleguen á ponerse de acuerdo sobre quién fué verdaderamente el hombre de las catorce cunas y de las dos tumbas.

«Fontana Rosa»
Mentón (Alpes Marítimos)

Fray Diego de Jexa - Maestro del Príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos

Fray Hernando de Talavera, confesor de la

Reina Isabel - Primer arzobispo de Granada

Elipha Moris de Perestrelo portugués

primera mujer de Colón (casó en Lisboa al hijo de esta fue Diego

Mis de Santangel Secretario del Rey

Diego de Arana (primero de la segunda mujer

alguacil de la armada

Beatriz Enriquez de Arana, de Córdoba

segunda mujer de Colón. El hijo de esta fue Hernando

Martin Alonso Pinzon mandaba la

Pinza. Viente Yanez la Niña. Las

dos eran carabelas, tipo de barco

La Santa Maria era nao (más grande)

de más de 200 toneladas; La Pinza 115

y La Niña 100. - Primera expedición: 120;

90 marineros y 30 otros cargos

El 3 agosto era viernes; el 12 octubre también era

ÍNDICE

Págs.

PARTE PRIMERA

EL HOMBRE DE LA CAPA RAÍDA

- I.—Lo que pasó, hace cuatrocientos treinta y seis años, en el camino de Granada á Córdoba. 9
- II.—El físico Gabriel de Acosta. 27
- III.—En el que se demuestra que «donde hay negros hay oro», se empieza á hablar del Preste Juan de las Indias y del Gran Kan, y aparece el enigmático Maestre Cristóbal. 46
- IV.—De cómo el amor se fué abriendo paso á través de la geografía delirante. 74
- V.—Donde Maestre Cristóbal y Beatriz empiezan á vivir «en pecado mortal», y es abandonado por dos veces el viaje á las tierras del «rey de los reyes», arreglándose todo finalmente gracias á un judío que demuestra la inmoralidad de prestar dinero sin réditos. 95
- VI.—En el que el Almirante de la mar Océana huye del amor, y acoge con risas la herética y disparatada hipótesis de que pueda descubrir un mundo nuevo antes de llegar á las costas de Asia. 122

PARTE SEGUNDA

EL SEÑOR MARTÍN ALONSO

- I.—En el que se habla de la famosa isla de las Siete Ciudades y del peligro que corrió el futuro Almirante de quedarse en tierra para siempre, no pudiendo juntar otros marineros que cuatro fugitivos del pueblo de Palos condenados á muerte. 135

II.—En el que don Cristóbal logra al fin «poner mesa» gracias á Pinzón el Mayor, recibe de éste medio cuento de maravedises, y el futuro viaje, iniciado por los reyes, se transforma en empresa colectiva y popular.	151
III.—«En el nombre de Dios... ¡larguen!».. . . .	167
IV.—Donde el paje de escoba Fernando Cuevas ve curado rápidamente su mareo, aprende á cantar las horas, escucha interesantes historias y promete matar á alguien.	186
V.—En el que se cuenta cómo las carabelas fueron pasando entre islas que no han existido nunca, cómo Colón se mostró desorientado al enterarse de que su mapa y el Océano no estaban de acuerdo, y cómo se vió próximo á morir en una terrible sublevación de sus marineros, inventada muchos años después.	204
VI.—En el que se cuenta de qué modo Rodríguez Bermejo dió el grito de «¡Tierra!», y el Almirante se quedó injustamente con su premio, y cómo las gentes desnudas de una pequeña isla vieron salir del mar tres bosques llenos de hechiceros blancos, color de la muerte, llevando su cara sembrada de algodón.	223

PARTE TERCERA

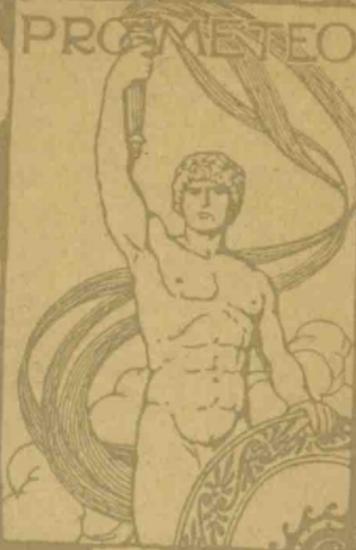
EL PARAÍSO POBRE

I.—En el que se cuenta cómo el Almirante fué pasando entre islas siempre hermosas y de escaso provecho, cómo empezó á enemistarse con Pinzón, y cómo llegó á la tierra firme gobernada por el Gran Kan, enviando á éste dos embajadores con una carta escrita en latín.	237
II.—De cómo Lucero se mareó en tierra tomando sahumeros por la boca con un tizón encendido, y ella y Fernando repitieron los primeros gestos de Adán y Eva.	255
III.—En donde se habla de la gran traición que el mayor de los Pinzones hizo al Almirante, y del fervor místico de éste al verse cerca del dios amarillo, señor del mundo, hijo del Sol y de la Tierra.	274

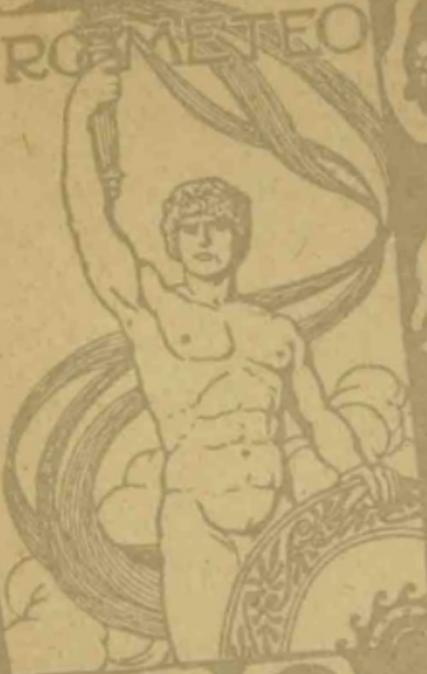
IV.—Lo que ocurrió en la Nochebuena de 1492, y las terribles consecuencias de tal suceso.	297
V.—En el que la Muerte enseña su rostro á los argonautas españoles, cansada de la felicidad de este viaje.	323
VI.—Donde el Almirante derrama lágrimas al contar su llegada á las primeras tierras del Gran Kan, y los reyes lloran igualmente, hincados de rodillas, agradeciendo al cielo el descubrimiento de Asia por Occidente.	346
EL MISTERIO DE COLÓN.	367



PROMETEO



PROMETEO





R28842